

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO**

PROGRAMA DE POSGRADO EN LETRAS

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS

**LA REPRESENTACIÓN DE LA COLONIA EN TRES NOVELAS
HISTÓRICAS DEL SIGLO XIX MEXICANO**

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE

MAESTRA EN LETRAS

(LETRAS MEXICANAS)

PRESENTA

Verónica Hernández Landa Valencia

Asesora: Dra. Mariana Ozuna Castañeda

Septiembre 2009



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Durante la elaboración de esta tesis conté con el invaluable el apoyo que me brindó la doctora Mariana Ozuna Castañeda, a quien van dirigidas las primeras palabras de agradecimiento, porque su asesoría fue sumamente generosa y constante, colmada de sugerencias que iluminaron mi camino cuando éste se tornaba oscuro, de palabras de aliento cuando el ánimo decaía.

También fueron verdaderamente enriquecedores los comentarios de todos mis sinodales, los doctores Jorge Ruedas de la Serna, Gustavo Jiménez Aguirre y José María Villarías, y el maestro Israel Ramírez Cruz, quienes aportaron valiosas sugerencias e invirtieron tiempo y esfuerzo para conversar conmigo y señalarme errores y aciertos.

Al doctor José Mohedano Barceló le agradezco las sugerencias bibliográficas y los comentarios en torno a mi tesis, los cuales enriquecieron mi punto de vista.

Finalmente, pero no por ello menos importante, mi más profundo reconocimiento a la Universidad Nacional Autónoma de México, como fuente inagotable de enseñanzas de la más diversa índole, y en especial a la Coordinación de Estudios de Posgrado, cuyo programa de becas hizo posible la realización de esta tesis.

Introducción

Para obtener el título de licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas en esta misma Facultad elaboré la tesis “Una novela de la Historia: *La hija del judío*. Una aproximación”, que estudia dicha novela de Justo Sierra O’Reilly (1814-1861). Durante la investigación mostré que las características de esta obra, comúnmente tipificada como histórica romántica, no corresponden totalmente a estos paradigmas, sino que se refuncionalizan: los modelos europeos y sus tópicos pasan por un proceso de selección y adaptación para ser resignificados de acuerdo con una postura ideológica y una situación espacio-temporal diferente.

Así, en *La hija del judío* la Historia se reelabora a partir de una función social e ideológica, en la medida en que el pasado no es relevante por sí mismo —como lo era para el romanticismo europeo—, sino que es un medio para entender y justificar el presente. De acuerdo con mi investigación, el resultado es una novela de la Historia cuya veracidad se asume durante el siglo XIX,¹ e incluso posteriormente, y contribuye a la elaboración de tratados históricos como *México a través de los siglos* (1886-1889) de Vicente Riva Palacio (1832-1896).²

De aquel trabajo partió mi interés por conocer, desde una visión panorámica, cómo y con qué finalidad los novelistas del siglo XIX construyeron sus representaciones del mundo colonial novohispano. Sin embargo, resulta imposible, para una tesis de maestría, abarcar un gran número de textos con la finalidad de emitir afirmaciones generales en torno

¹ Cfr. Verónica Hernández Landa Valencia “Una novela de la Historia: *La hija del judío*. Una aproximación”, tesis de licenciatura, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 2006.

² Cfr. Leticia ALGABA, “ ‘La novela y la historia’ *La hija del judío* de Justo Sierra O’Reilly” en *Tema y variaciones de Literatura 2*, Coord. Antonio Marquet, México, UAM: Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, 1993, p. 137.

a la novela histórica mexicana decimonónica de tema colonial. De manera que decidí retomar *La hija del judío*, estudiarla enfocándome en la recreación colonial, y contrastarla con el análisis de las novelas de otros dos autores.

Cabe aclarar que la concepción de literatura que guía este trabajo —la cual se fundamentará y desarrollará ampliamente en el primer apartado, siguiendo principalmente las reflexiones de Paul Ricoeur en *Tiempo y narración*— considera a la obra como un fenómeno social, una forma significativa de comunicación, que suspende la realidad referencial para resignificar el mundo por medio de la ficción, y asume además que las novelas mexicanas del siglo XIX tenían una función social que no debe ser negada o ignorada, sino comprendida y explicada.

En este sentido, el presente estudio procura adherirse a las tendencias revisionistas de historiadores como Edmundo O’Gorman, Tomás Pérez Vejo y Erika Pani, quienes ponen en tela de juicio las grandes generalizaciones y dicotomías de la historia del siglo XIX no para eliminarlas, sino para comprenderlas desde una perspectiva más profunda, destacando los vasos comunicantes que unen a las posturas en conflicto, así como las paradojas que encierra cada una. Sigo también los ejemplos de José Ortiz Monasterio y Jorge Ruedas de la Serna, quienes observan la especificidad de la obra literaria decimonónica sin dejar de dar el salto para vincularla con el contexto histórico y la realidad social.

La elección de autores y novelas para esta investigación estuvo determinada por el distanciamiento de los paradigmas, por encontrar aquello que se sale de nuestra concepción y conocimientos ordinarios acerca del siglo XIX, esto es, partir no de lo general y abstracto, sino de lo específico y diferente. La razón es que estamos acostumbrados a percibir el siglo XIX en bloque y a partir de dicotomías que a veces generalizan demasiado, nos hacen perder

los detalles y matices que son determinantes para la comprensión de nosotros mismos, de nuestro pasado; porque simplificar, generalizar, a veces significa trivializar.

De manera que elegí novelas de escritores que se encontraban en la periferia del poder político en el momento en que redactaron y publicaron sus novelas, por lo que pueden ser considerados, hasta cierto punto, marginales. Así, su planteamiento no repetirá la visión canónica representada por las novelas históricas de Vicente Riva Palacio, las cuales ya han sido amplia y lúcidamente estudiadas por José Ortiz Monasterio y Marco Antonio Chavarín González.

Las novelas de la “periferia” —tanto por lo desconocidas, como por el hecho de que no repiten la visión canónica— que estudiaré son *La hija del judío* (1848-1849) de Justo Sierra O’Reilly, cuyo proyecto estatal fracasó en 1848; *El pecado del siglo* (1869) de José Tomás de Cuéllar (1830-1894), quien vivía exiliado en San Luis Potosí desde 1868; y *Un hereje y un musulmán* (1870) de Pascual Almazán (1813-1885), exiliado en Puebla, su estado natal, desde 1867.

Las diferencias entre ellas son fundamentales y constituyen la hipótesis de esta investigación: cada novela fue configurada a partir de una concepción de la Historia y una ideología diferente —liberal moderada, positivista radical y conservadora, respectivamente—, que inciden en las diversas formas de imaginar la Colonia, así como en la elección de un determinado siglo —XVII, XVIII y XVI respectivamente—, pues la importancia del pasado consiste no en su valor arqueológico, sino en su capacidad para representar, explicar y justificar las problemáticas del presente en el que se escribieron esas creaciones artísticas, comúnmente consideradas novelas históricas, así como para proyectar el ideal de sociedad de la élite letrada. Asimismo, la adopción de una poética estará estrechamente vinculada con la ideología que configura la obra.

En este estudio podremos observar que, aunque las tres novelas fueron publicadas durante el periodo que canónicamente se ha considerado romántico, dos de ellas ya presentan numerosos elementos realistas, acordes con la postura ideológica que desarrollan. Sin embargo, ninguna de estas novelas adoptará servilmente ni el romanticismo ni el realismo, sino que serán refuncionalizados de acuerdo con la tradición literaria mexicana, así como la postura ideológica y las concepciones de Historia y sociedad desarrolladas en cada obra.

Cabe aclarar que las novelas por analizar recrean una Colonia ya constituida y pacificada, por lo que no se estudiará el tema de la Conquista y el pasado indígena, pues ése ya sería otro tema de investigación. A causa de la complejidad que implica —y la extensión que requiere— un estudio comparativo, es imprescindible no dispersarse demasiado, de manera que tampoco se realizarán comparaciones con otras novelas que aborden el mismo tema, ni se harán señalamientos de carácter literario que no se relacionen directamente con la recreación de la Colonia. Es necesario insistir en que lo que se pretende es dar una visión panorámica de la recreación de la Colonia en estas tres novelas, atar las diferentes visiones, no hacer un análisis exhaustivo de cada una —el cual requeriría estudios independientes—, de manera que lo que se perderá en el detalle se ganará en el conjunto.

Debido a que este tipo de textos llamados novelas históricas se mueven en arenas movedizas, puesto que son producto de la mixtura de Historia y ficción, es necesario partir de cuestiones básicas y definir, apoyándome en los estudios de Paul Ricoeur —*Tiempo y narración* e *Historia y narratividad*—, qué es un relato histórico y cuales son las diferencias con el relato de ficción, de manera que los límites de mi campo de análisis queden perfectamente delimitados.

Antes de definir el concepto novela histórica, es importante tomar conciencia de las condiciones de su surgimiento, porque no se puede comprender este género sin hablar de la nueva concepción de la Historia que introdujo el romanticismo, con el que la novela histórica estará ligada durante gran parte del siglo XIX. Explicar esta corriente de pensamiento, y sobre todo la forma que tomó en México, nos abre una ventana para comprender la poética de una de las tres novelas aquí analizadas, así como el parámetro a partir del cual se distancian dos de ellas. Para acercar y comprender el romanticismo europeo, las fuentes principales han sido: *Las raíces del romanticismo* de Isaiah Berlin; *El Héroe y el Único* de Rafael Argullol; *El principio romántico* de Manuel Ballester; *Historia social de la literatura y el arte* de Arnold Hauser; y *Romanticismo y modernidad* de Esteban Tollinchi. Para el caso del romanticismo mexicano, *México eternamente* de José Ortiz Monasterio y “La visión paradisíaca de la naturaleza mexicana (tópicos del romanticismo mexicano)” de Jorge Ruedas de la Serna.

Igualmente será necesario dejar asentado lo que entiendo por novela —para ello me apoyaré en *Hacia una teoría general de la novela*, de Miguel Ángel García Peinado— pero sobre todo, en qué consiste el subgénero novela histórica, porque si aceptamos, con Georg Lukács, que el rasgo particular de la novela histórica “consiste en derivar de la singularidad histórica de su época la excepcionalidad en la actuación de cada uno de sus personajes”,³ entonces queda en duda la pertenencia de las novelas aquí analizadas a este subgénero pues la mayoría abusa de los anacronismos en cuanto a la caracterización de los personajes; sin embargo, el objeto de esos anacronismos, según mi hipótesis, tiene una relación directa con las necesidades de explicar y justificar el presente en que se escribieron las novelas y, por lo tanto, tienen una función histórica. Por ello me propongo revisar las características del

³ Georg LUKÁCS, *La novela histórica*, tr. Jaime Reuter, 3ª ed. en español, México, Era, 1977, p. 15.

paradigma de novela histórica basándome en estudios más recientes, como los de Noé Jitrik (*Historia e imaginación literaria*), María Cristina Pons (*Memorias del olvido*) y Celia Fernández Prieto (*Historia y novela: poética de la novela histórica*).

De esta manera, en el primer capítulo se conformará el marco teórico que delimitará el campo de estudio y aportará algunas nociones útiles para el análisis. Posteriormente se dedicará un capítulo a cada novela, en el que se realizará el análisis literario propiamente dicho. Las herramientas para dicho análisis serán, básicamente, la narratología de Gérard Genette (*Figures III*) y las aportaciones a este mismo campo de Luz Aurora Pimentel en *El relato en perspectiva*; igualmente serán útiles las nociones de prefiguración, configuración, refiguración y mimesis de la hermenéutica de Paul Ricoeur. Asimismo, para poder vincular las estructuras narrativas analizadas con una propuesta ideológica serán necesarios amplios conocimientos en Historia: del momento en que cada novela fue escrita, de aspectos biográficos del autor, así como de historia colonial, numerosos textos que sería muy difícil mencionar aquí, pero que el lector puede consultar en la bibliografía.

El último capítulo tiene la función de retomar el marco teórico y recapitular los aspectos que más destacan en cada novela para realizar comparaciones: 1) en cuanto a los aspectos románticos y realistas de las novelas; 2) como novelas históricas: la concepción del tiempo y de la Historia que desarrolla cada una —para ello serán sumamente útiles los planteamientos de Hayden White en su introducción a la *Metahistoria*, así como los mencionados anteriormente de Paul Ricoeur y Noé Jitrik—; 3) en cuanto al tipo de Colonia que recrean y el ideal de sociedad que proyectan. En el cuarto apartado de este capítulo se reflexionará en torno a las paradojas que encierra el tipo de recreación colonial que llevan a cabo esas novelas.

Finalmente, la justificación para realizar este estudio radica en dos posibles utilidades: se contribuirá a la historia literaria en la medida en que se darán a conocer obras casi olvidadas, restituyéndoles parte de su fuerza ideológica, y vinculándolas con las poéticas romántica y realista que estaban en boga en el momento en que fueron escritas, descubriendo sus alcances en la configuración del pasado, de la trama y de la dimensión ideológica de la novela. Por otra parte, esta investigación es también una contribución a la historiografía, en la medida en que puede integrarse al estudio sobre el imaginario del siglo XIX mexicano, por la forma en que las novelas recrean la Colonia —y porque la literatura refleja y contribuye a forjar imaginarios colectivos—, o a uno que se aboque al análisis de las diversas propuestas ideológicas que se desarrollaron a lo largo de este siglo.

Consideraciones en torno a la novela histórica decimonónica

1. Historia y ficción: dos formas de narrar

Como ya se mencionó en la introducción, partiré de cuestiones básicas con el fin de comprender la manera en que opera la representación de la Colonia en las novelas que se estudiarán en los siguientes apartados. La primera que se presenta es considerar qué es una novela histórica, y de ésta se derivan otras acerca de qué es un relato histórico, qué es el relato de ficción, y en qué consiste su estatuto de verdad y verosimilitud.

Al hablar de novela histórica entramos en un terreno sumamente movedizo, no sólo por el problema que presenta definir cualquier género de ficción, sino por el hecho de que la novela histórica, en particular, ha invadido y se ha alimentado del campo de la Historia.¹ Durante el siglo XIX, este género se valió de las estrategias expositivas propias de la historiografía para ir más allá de lo verosímil y darle una apariencia de “verdad” a sus narraciones.

Y no es viable pensar que los escritores de este periodo emplearon este recurso de la Historia de manera inocente. La novela histórica había alcanzado una gran difusión desde que comenzó a publicarse como folletín y se convirtió en un instrumento de propaganda ideológica que empleó el romanticismo literario a partir de una “nueva manera de comprender el pasado”.² A raíz de las revoluciones que se dieron en diferentes regiones a

¹ La distinción “Historia” (conjunto de acontecimientos que tienen una base documental), e “historia” (conjunto de acontecimientos de carácter narrativo) se adoptará desde el principio y en este marco teórico se explicará el origen de esta distinción.

² José ORTIZ MONASTERIO, *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora / Universidad Iberoamericana: Departamento de Historia, 1993, p. 179. En el caso mexicano en particular, los liberales emplearon la novela histórica como un medio de difusión ideológica y hubo conservadores que la consideraron tan peligrosa que, como en el caso de Mariano Dávila respecto a *Monja y casada, virgen y mártir* de Vicente Riva Palacio, dedicaron numerosos artículos para desmentir los que consideraban falacias históricas con otros datos históricos acompañados de duras

finales del siglo XVIII y principios del siguiente y del surgimiento de la conciencia nacionalista,³ la Historia dejó de pertenecer por exclusividad a los “grandes hombres”, comenzó a percibirse como una experiencia de masas y el individuo se percibió *en*, e *influido por* ella. Entonces, la novela histórica fue concebida como un “medio genuino para la difusión del conocimiento histórico objetivo”.⁴ Asimismo, se constituyó en una evidencia empírica del carácter narrativo de la explicación histórica.

Este hecho representó un serio problema para la historiografía, al que se sumaron diversas observaciones que dieron lugar a la crisis del pensamiento historiográfico del siglo XX: a partir de la existencia de documentos que diferían en su visión de los hechos, se hizo evidente que su capacidad de contar “verdad” era sólo parcial y estaba condicionada por la ideología del autor. Así, el historiador se veía obligado a elegir entre las versiones de diversos textos, lo cual implicaba un ejercicio interpretativo, a pesar de que pretendiera acercarse directamente a la verdad de los acontecimientos por medio de juicios racionales, o de su conocimiento de la época. También se observó que esta mediación interpretativa estaba condicionada por la postura ideológica del historiador que, a su vez, implicaba la elección de una forma de expresión narrativa o estilo historiográfico.⁵ Bajo estas consideraciones, surgieron diversos cuestionamientos: ¿Cómo podía alcanzar la explicación

críticas literarias (Cfr. *idem*, así como Leticia ALGABA MARTÍNEZ, “Las licencias del novelista y las máscaras del crítico. Una polémica en torno a *Monja y casada, virgen y mártir*, de Vicente Riva Palacio”, tesis de maestría, México, UNAM, 1996).

³ Georg, LUKÁCS, “La forma clásica de la novela histórica”, *La novela histórica*, 3ª ed. en español, tr. Jasmin Reuter, México, Era (Biblioteca Era. Ensayo), 1977, pp. 15-102. Este autor, clásico en cuanto a sus reflexiones sobre este género, considera que el periodo de las revoluciones abarca de 1789 y 1814 y obviamente se refiere a la historia europea. Si consideráramos la historia de Latinoamérica, se ampliaría considerablemente.

⁴ José ORTIZ MONASTERIO, *Historia y ficción...*, *op. cit.*, p. 179.

⁵ Véase Hayden WHITE, “Introducción” en *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. 1ª. ed. en español, 2ª. reimp., tr.de Stella Mastrangelo, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 2002, pp. 13-50.

histórica el estatus de ciencia y de verdad? ¿Podía diferenciarse de la Literatura o acaso era simplemente una rama más de ésta, un género literario?

Ante esta situación hubo diversas reacciones, una de las más extremas fue la *inquiry* de los epistemólogos de lengua inglesa que, para afirmar el estatus de ciencia, tendieron a diluir la especificidad narrativa de la Historia, “en la medida en que la trama se reduce a la conclusión de un razonamiento en el que una de sus premisas enuncia una ley, comparable en cuanto a tal a las leyes físicas, mientras que la otra enuncia las condiciones iniciales de las que se deriva la supresión de la diferencia que existe entre el acontecimiento histórico y el físico”.⁶ De ahí surge también la distinción entre Historia e historia con la que se alude claramente al carácter científico de la primera y el narrativo-ficcional de la segunda. Pero la principal aportación de estos epistemólogos fue resaltar el carácter de indagación (*inquiry*) de la explicación histórica. De él partirá Paul Ricoeur para encontrar las diferencias y similitudes entre ambos campos, las cuales se explicarán más adelante.

En el polo opuesto, está la postura que terminó por enfatizar el carácter de mediación interpretativa de la historiografía, al considerar a la obra histórica como una estructura narrativa “que dice ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de explicar *lo que fueron representándolos*”.⁷

Esta última postura, encabezada por Hayden White, estudia la configuración narrativa de la historia o estilo historiográfico (modos de tramar, de argumentación y de

⁶ Paul RICOEUR, *Historia y narrativa*, Introd. Ángel Gabilondo y Gabriel Aranzueque [traductor], Buenos Aires, Paidós / Universidad Autónoma de Barcelona: Instituto de Ciencias de la Educación, 1999, p. 157.

⁷ Hayden WHITE, *op. cit.*, p. 14. Respecto al carácter interpretativo que menciono arriba, este estudioso señala que “la obra histórica representa un intento de mediar entre [...] el campo histórico, el registro histórico sin pulir, otras narraciones históricas y un público” (p. 16). La postura más extrema de desacralización puede representarse con las afirmaciones de Paul Veyne (*Comment on écrit l'histoire*) respecto a la Historia, a la que considera como “una actividad intelectual que, a través de las formas literarias consagradas, sirve para fines de simple curiosidad”. Citado en Paul RICOEUR, *Tiempo y narración 1. Configuración del tiempo en el relato histórico*, 5ª ed. en español, tr. Agustín Neira, México, Siglo XXI, 2004, p. 282.

implicación ideológica), así como los modos de prefiguración a partir de cuatro tropos (metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía), y cuestiona la pretensión científica de la labor historiográfica.⁸

Todo esto ha dado lugar a profundas reflexiones en torno a los límites que separan la labor historiográfica de la creación literaria,⁹ pues si la Historia es interpretación de documentos y redacción de una historia, y ésta se encuentra mediatizada por condicionamientos espaciotemporales del historiador,¹⁰ ¿en dónde queda la verdad?, ¿en dónde la ciencia?, ¿si existe, cuál es la diferencia entre un relato histórico y uno de ficción?

Por su parte, también los estudiosos de literatura, formalistas y estructuralistas, se han resistido a asumir semejante intersección entre Historia y Literatura, y abogan por modelos y presupuestos críticos de análisis que no consideran la dimensión temporal del relato, el cual se reduce entonces a funciones o papeles que se suceden de manera lineal.¹¹ Al mismo tiempo, existen estudios que analizan las obras literarias, en particular la novela histórica, a partir de la manera en que ésta reproduce la Historia, o que consideran la veracidad en la novela como un valor.¹² Es decir, en muchas ocasiones los valores de la

⁸ Cfr. Hayden White “Introducción” en *op. cit.*, pp. 13-50.

⁹ Son una evidencia palpable de semejante confusión conceptos un tanto paradójicos como el de “novela verídica” que emplea Andrew ROTH SENEFF (“La novela verídica y las pruebas” en Conrado HERNÁNDEZ LÓPEZ, coord., *Historia y novela histórica: coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, Zamora, Michoacán, México, El Colegio de Michoacán, 2004, pp. 79-88).

¹⁰ “La escritura de la historia dependerá principalmente del lugar que ocupe el historiador con respecto al Estado [...] no existe nadie fuera del Estado [...] De acuerdo con la doctrina de Michel de Certeau, la mejor opción del historiador es posicionarse en los márgenes del Estado (dado que es imposible salir de su esfera de influencia), allí es donde relativamente tendrá mayor libertad de pensamiento [...] pero no en calidad de marginales, sino intercambiando con la institución insumos y productos”. (José ORTIZ MONASTERIO, *México eternamente: Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora / FCE, 2004, p. 18)

¹¹ Cfr. Paul RICOEUR, *Historia y narrativa*, *op. cit.*, p. 190.

¹² Así lo hace Antonio CASTRO LEAL en el “Prólogo” a *La hija del judío* (SIERRA O’REILLY, Justo, *La hija del judío*, 2 t., 2a. ed., edición y prólogo de Antonio CASTRO LEAL, México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos, 79-80), 1982) y en sus observaciones a las diversas novelas que reúne en *La novela del México colonial* (2 t., 4ª. ed. 1ª reimp., estudio preliminar, selección y notas preliminares de Antonio Castro Leal, México, Aguilar, 1964.) No es difícil encontrar en los estudios sobre novela histórica comentarios acerca de si las novelas se apegan o no a la Historia, y llama la atención que existan aseveraciones acerca de que la

obra se confunden con su capacidad de reproducir fielmente o de distorsionar la realidad, olvidando, de cierto modo, que la literatura responde a sus propias reglas, que transfigura la realidad por medio de la invención y crea algo distinto a la primera: el mundo del texto, del que se tiene que partir primero para después relacionarlo con el mundo real en el que fue configurado.¹³

Finalmente la novela histórica, por su carácter híbrido, es un campo que permite estudiar esta problemática teórica, de ella se extraerán algunos conceptos para el análisis literario y al mismo tiempo ayudará a delimitarlo, gracias, sobre todo, a las reflexiones de Paul Ricoeur que se expondrán a continuación.

1.1 ¿Qué es un relato?

Es una narración que consta de una secuencia elemental: “posibilidad, actualización y conclusión”¹⁴ (motivos inaugurales, de transición y finales), que se organiza en la trama. Según Paul Ricoeur, el relato responde a una lógica que está estrechamente relacionada con la “comprensión ordinaria y habitual de la acción humana”, la cual parte de ciertos principios: “Para hacer algo, hay que tener la oportunidad de hacerlo, comenzar, continuar y llegar hasta el final, corriendo el riesgo de lograrlo o de fracasar”.¹⁵ Así es como comprendemos las acciones y así es como las narramos de manera ordinaria (en forma de relatos). Esta lógica del relato funciona como una especie de gramática de los papeles narrativos, el grado cero, del que la *praxis* se alejará en mayor (la novela moderna, por

Historia, tal y como ha evolucionado en su escritura, puede aportar “mayores dosis de verdad a los novelistas” (GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, “La historia como novela verídica” en Conrado HERNÁNDEZ LÓPEZ, coord., *Historia y novela histórica: coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, Zamora, Michoacán, México, El Colegio de Michoacán, 2004, pp. 25-30), como si la veracidad fuera relevante en la literatura.

¹³ Esta premisa quedará justificada y ampliada en los siguientes apartados, cuando revise las aportaciones de Paul Ricoeur acerca de la relación entre Historia y ficción.

¹⁴ Paul RICOEUR, *Historia y narratividad*, *op cit.*, p. 173.

¹⁵ *Idem.*

ejemplo) o menor medida (el cuento popular y la fábula didáctica), hasta ciertos límites que le impone la misma lógica para asegurar su capacidad comunicativa. Y las separaciones se pueden dar en dos direcciones opuestas: la ficción y la Historia.

En este sentido, la trama es “el objeto específico de la actividad narrativa” en la que se articulan “una dimensión cronológica y otra configurativa”,¹⁶ cuya función “consiste en imbricar la lógica de las posibilidades de la *praxis* con la lógica de las posibilidades narrativas”.¹⁷ En otras palabras, la trama se vincula con la lógica del relato y sus papeles narrativos, de la misma manera que lo hace el habla con respecto de la gramática de la lengua y las funciones sintácticas: es una realización específica y, al mismo tiempo, el punto a partir del cual se realiza la sistematización (ya sea en esquemas lógicos o gramaticales).

1.1.1 Relato de ficción

En este tipo de relato la actividad imaginativa tiene un papel predominante, de ella surge el juego con los elementos de la narración; aquí cabe incluir la secuencia lógica de principio, medio y fin, cuyo orden puede ser modificado de varias maneras en el momento de la enunciación.

Así, el relato de ficción se separa de la lógica del relato por medio de la invención de la trama (que no implica solamente la invención de papeles). Además, la ficción “trabaja con algunas distinciones que no tiene en cuenta la lógica del relato: en primer lugar, con la diferencia que existe entre el enunciado narrativo y la historia contada, y, en segundo lugar,

¹⁶ *Ibid.*, p. 157.

¹⁷ *Ibid.*, p. 165.

con la que existe entre dicho enunciado y su narración o enunciación propiamente dicha”.¹⁸ Pues la lógica del relato es una lógica de la historia contada e ignora la invención de estos tres niveles —enunciado narrativo, historia contada y narración— que sí son relevantes para la poética del relato ya que su interrelación es la que produce la separación. De ahí que no sean equivalentes el tiempo del asunto y el tiempo del relato, que existan distorsiones en el orden secuencial o en la duración con respecto de la diégesis. También esta distinción queda constatada por el indicio de la voz narrativa y sus posibles desdoblamientos. Así, estos tres niveles son los que “posibilitan jugar con el tiempo, con el modo o con la voz”,¹⁹ que son fundamentales para crear la impresión de realidad (el “como si”)²⁰ de los acontecimientos narrados, ya sea en pasado o en presente.

1.1.2 Relato histórico

Se llama relato histórico a aquel en que “la historia imita en su escritura los tipos de construcción de la trama recibidos de la tradición literaria”,²¹ y “supera la comprensión habitual de la lógica del relato [...] mediante la indagación”.²² El historiador pretende contar la verdad y se somete a los acontecimientos reales, ocurridos en el pasado, consignados en archivos, que a veces se confunden con la ficción en la medida que superan o sobrepasan nuestra comprensión habitual y ponen de manifiesto el carácter erróneo de esta última. Por más creativo que quiera ser un historiador al momento de narrar los

¹⁸ *Ibid.*, p. 176. Enunciado narrativo es equivalente a relato que, en términos de Gérard Genette, consiste en: “le signifiant, énoncé, discours ou texte narratif lui-même” (*Figures III*, Paris, Éditions du Seuil (Poétique), 1972, p. 72), y la historia contada, a la diégesis: “l’univers spatio-temporel désigné par le récit” (*ibid.*, p. 280).

¹⁹ Paul RICOEUR, *Historia y narratividad*, *op. cit.*, p. 176.

²⁰ Paul RICOEUR, “El entrecruzamiento de la historia y de la ficción” en *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, tr. Agustín Neira, 1ª ed. en español, México, Siglo XXI, 1996, p. 908.

²¹ Cfr. *ibid.*, p. 905.

²² Paul RICOEUR, *Historia y narratividad*, p. 179.

acontecimientos, y aunque su labor sea una mediación interpretativa, no puede soslayar el documento, que será el sustento de la narración y la interpretación.

El relato histórico se configura a partir de los niveles tropológico e ideológico, términos empleados por Hayden White, y que Ricoeur equipara a “modo” y “voz” narrativa de la imaginación novelística de Gérard Genette. En este sentido, hay una distancia con respecto de los acontecimientos, así como una *perspectiva* a partir de la cual se narran (“modo”), y existe una “voz” narrativa en la medida en que hay un narrador distinto al autor real.

1.2 Intersecciones y diferencias entre relato histórico y relato de ficción

Las observaciones de Paul Ricoeur en *Tiempo y narración* e *Historia y narratividad* clarifican en gran medida los puntos de intersección y las diferencias entre Historia y ficción. En ambas obras, el hermeneuta considera que la trama es el punto de imbricación entre Historia y ficción. Y más específicamente, esta intersección se da en los niveles tropológico e ideológico, así como en la configuración y la refiguración del tiempo²³ en los niveles de intratemporalidad e historicidad.²⁴ Esto es, ambas se valen del lenguaje, y específicamente de la narración, para ilustrar secuencias de acontecimientos organizados en una trama. El modo, la voz, la configuración del tiempo son aspectos de la trama que se emplean (aunque no exclusivamente), para crear la impresión de realidad, aunque en diversas direcciones.

²³ En cuanto al entrecruzamiento de la Historia y la ficción en la refiguración del tiempo, “La historia es cuasi ficción porque la cuasi presencia de los acontecimientos colocados ‘ante los ojos’ del lector por un relato animado suple, gracias a su intuitividad y a su viveza, el carácter evasivo de la dimensión pasada [...]”.

El relato de ficción es cuasi histórico en la medida en que los acontecimientos irreales que relata son hechos pasados para la voz narrativa que se dirige al lector; por eso, se asemejan a los acontecimientos pasados, y por eso, la ficción se asemeja a la historia”. En Paul RICOEUR “El entrecruzamiento de la historia y de la ficción”, *op. cit.*, p. 914.

²⁴ Cfr. Paul RICOEUR, *Historia y narratividad*, pp. 183-214.

La diferencia radica en la forma en que Historia y ficción se separan de la lógica del relato. El relato histórico se separa por medio de la *indagación*, la cual debe amoldarse a la exigencia específica del archivo y mantenerse apegada a la sobreabundancia de lo real, que “pone de manifiesto el carácter erróneo de nuestra comprensión habitual”.²⁵ En cambio, el relato de ficción, se separa por medio de la invención, de los juegos imaginativos.

Podemos considerar entonces que la narración es un instrumento de la Historia, que pretende contar “lo que sucedió realmente”. En cambio, la narración es la esencia misma de la literatura, la que permite la invención y el juego con las probabilidades; no aspira a la verdad, sino a lo verosímil.

Esta diferenciación teórica nos permite establecer un primer marco conceptual de acercamiento a la novela histórica, que si bien parte de lo que sucedió realmente y se distancia de la lógica de la acción y de la lógica del relato, no lo hace en el mismo sentido de la Historia puesto que la indagación es secundaria. En la novela histórica prevalece el juego y la invención; ella cuenta, no “lo que sucedió realmente”, sino “lo que pudo haber ocurrido”. Y con esto queda dirimido el estatuto de “verdad” de la novela histórica.

Independientemente de que las novelas estén precedidas por títulos como “Historia de...” o “Memorias de...”, y de que el narrador insista en que su historia proviene de datos fidedignos o en su papel de investigador que cuenta hechos verídicos, no debemos olvidar que es un narrador de ficción.

A partir de todo lo expuesto, puedo finalmente señalar, y justificar, que el objetivo de mi investigación no consistirá en saber qué tanto se apegó el escritor o no a la Historia en su narración. El relato de ficción, incluyendo la novela histórica, crea un mundo particular que responde a leyes propias cuyo objetivo es la verosimilitud, mas no la

²⁵ *Ibid.*, p. 180.

veracidad. En mi investigación pretendo analizar la representación de la Colonia en algunas novelas del siglo XIX, pero no en la medida de su parecido con el periodo histórico real, sino como creaciones individuales que responden a ciertas tendencias estéticas y preocupaciones ideológicas e identitarias, las cuales van a determinar una configuración particular. Todo ello partiendo del texto, sin tratar de encasillar a las novelas en esquemas forzados, porque —como advierte Antonio Cándido— “lo externo [...] importa, no como causa, ni como significado, sino como elemento que desempeña un cierto papel en la constitución de la estructura, tornándose, por tanto, interno”.²⁶

Y después de ver cómo se comportan los textos, qué relaciones se crean entre los personajes, el narrador, el tiempo y el espacio, para configurar diferentes mundos que representan la Colonia (pero no la reproducen), podremos quizá aproximarnos a los sentidos que evocaron para los receptores inmediatos a los que estaban destinadas, pero, sobre todo, a lo que pueden significar estas novelas después.

2. Ecos en las paredes... La Historia en la concepción romántica

Es imposible hacer un análisis de novelas históricas del siglo XIX mexicano sin antes hablar de romanticismo. Hay que considerar que éste fue “el mayor movimiento reciente destinado a transformar la vida y el pensamiento del mundo occidental”²⁷ y que todas las expresiones literarias de la época están ligadas a él de una u otra manera.

No se pretende hacer aquí un tratado sobre romanticismo, ni siquiera plantear una definición —grandes conocedores del tema como Isaiah Berlin y Albert Béguin no lo han

²⁶ Antonio CÁNDIDO, *Literatura y sociedad, estudios de teoría e historia literaria*, tr., presentación y notas de Jorge Ruedas de la Serna, México, UNAM: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (Literatura y Ensayo en América Latina y el Caribe, 4), 2007, p. 26.

²⁷ Isaiah BERLIN, *Las raíces del romanticismo*, tr. Silvina Marí, ed. de Henry Ardí, Madrid, Taurus (Pensamiento), 2000. p. 39.

intentado por la complejidad que presenta este movimiento—, sino dar un panorama general que ayude o ilumine acerca de la injerencia de dicho movimiento en la percepción de lo histórico; por su interés en el pasado, los mitos y las ruinas, temas que abordaré en el transcurso de mi estudio.

Del romanticismo se han señalado características aparentemente contradictorias que a veces impulsan a los estudiosos a calificar ciertos aspectos de románticos y a rechazar otros, cuando en realidad no era necesaria ni posible una delimitación y esquematización tan tajante. Más bien, habría que afirmar que romanticismo es “unidad y multiplicidad [...] Es la belleza y la fealdad. El arte por el arte mismo, y el arte como instrumento de salvación social. Es fuerza y debilidad, individualismo y colectivismo, pureza y corrupción, revolución y reacción, paz y guerra, amor por la vida y amor por la muerte”.²⁸

Esta corriente surge en Europa como reacción a una época que quiso abarcarlo todo por medio del pensamiento racionalista y científico, que terminó por fragmentar la realidad, por tender a un materialismo cada vez más alejado de lo sagrado, y por imponer reglas al arte. Responde afirmando la relatividad de las cosas, promoviendo una nueva sensibilidad y un nuevo arte en el que Apolo y Dioniso van de la mano,²⁹ en donde la razón deja de concebirse como universal y pasa al ámbito de la individualidad para constituirse como una

²⁸ *Ibid.*, p. 53. Es interesante observar las ambivalencias que presenta el romanticismo en la obra de Arnold HAUSER (“Rococó, clasicismo y romanticismo” en *Historia social de la literatura y el arte II. Desde el rococó hasta el época del cine*, tr. A. Tovar y F. P. Varas Reyes, introd. Valeriano BOZAL, México, Mondadori (de Bolsillo), 2005, pp. 9-244), a tal grado que por momentos pareciera que el autor se contradice, cuando en realidad sólo está expresando la complejidad de esta corriente de pensamiento en el transcurso de su estudio.

²⁹ Véase Rafael ARGULLOL, *El Héroe y el Único. El espíritu trágico del romanticismo*, Madrid, Taurus, 1999, p. 30. La nueva sensibilidad y el nuevo arte, según este autor, “crecen y se desarrollan tanto en la desconfianza, entre escéptica y dramática, hacia su época, cuanto en el cultivo de un individualismo radical” en el que “el artista genial adquiere una consciencia de su total independencia de las reglas y de las normas. Un arte que deberá basarse no en la *imitación*, sino en la *inspiración*, deja de considerar la realidad exterior como el único modelo digno de reproducir y se vuelca, en busca de materia prima, hacia la única fuente que merece credibilidad: su interior, su Yo” (*ibid.*, pp. 27 y 28).

de las formas de acceder al conocimiento, a ella se suman, y en muchas ocasiones se superponen, las emociones, la magia y el mito.³⁰ Así, según Albert Béguin:

los románticos ya no creerán que una suma de hechos debidamente comprobados conduzca al saber supremo; pero conservarán la esperanza del conocimiento absoluto, que para él representará algo más y mejor que un simple ‘saber’ [...] Para ellos se tratará de un conocimiento en el cual no sólo participe el intelecto, con sus más oscuras regiones y con las aún ignoradas, pero que le serán reveladas por la poesía y otros sortilegios.³¹

Y todavía más:

Si en un primer momento, la subjetividad absoluta aparecía como desestabilización universal, ahora se presenta como una ventana que da a la nada; de ahí que no preserve ni las teorías estéticas que descubre en su arrojio; las desvirtúa o sobrevuela por *la ironía*. Condenada al perpetuo movimiento de reflexión y de crítica liberadora, orientada a la impresencia, la subjetividad romántica ni se instala ni se detiene; su más íntima fibra es arisca: fuga, impugnación permanente.³²

2.1 Romanticismos: el tiempo en la conciencia y actuación individual

Después de un periodo en que las naciones cobran conciencia de sí mismas y de lo que las distancia de las otras, el número de revoluciones y el hecho de que éstas se conviertan en una experiencia de masas crean una conciencia de la Historia como un proceso y el individuo se percibe condicionado históricamente. Según Georg Lukács, “La racionalidad del progreso humano se explica cada vez más por las oposiciones internas de las fuerzas sociales en la historia misma, es decir, la propia historia ha de ser portadora y realizadora del progreso humano”.³³ Y —a pesar del propio Lukács— este descubrimiento, “el reconocimiento de que hay una especie de destino histórico y de que ‘nosotros somos

³⁰ Cfr. Isaiah BERLIN, *op. cit.*, pp. 73-76.

³¹ Albert BÉGUIN, *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*, tr. Mario Monterforte Toledo, México, FCE, 1981, p. 27.

³² Manuel BALLESTERO, *El principio romántico*, Barcelona, Antrophos (Pensamiento Crítico / Pensamiento Utópico, 54), 1990, p. 22.

³³ Georg LUKÁCS, *op. cit.*, pp. 25-26.

precisamente lo que somos porque tenemos detrás un determinado curso vital' es una conquista del romanticismo", pues "ninguna generación tuvo tan agudamente el sentimiento de ser heredera y descendiente de periodos anteriores".³⁴

Sin embargo, las luchas sociales de la segunda mitad del siglo XVIII no habían dado el fruto esperado y las masas no se habían beneficiado por participar en las contiendas armadas, de manera que el romanticismo se dividió en numerosas vertientes, y mientras unos dejaron de creer en la lucha social y se retrajeron en sí mismos, evadiendo la realidad, otros pelearon más encarnizadamente, con la palabra o con las armas, y algunos más creyeron, a pesar de todo, en la nueva sociedad, y le cantaron alabanzas. En estos momentos el ascenso en el poder de la burguesía necesitaba una justificación ideológica a partir de la nueva cosmovisión, y quienes no alcanzaban ese ascenso a pesar de sus esfuerzos buscaban un medio para expresar su frustración.³⁵

Así, "El romanticismo era la ideología de una nueva sociedad y expresaba la concepción del mundo de una generación que no creía ya en ningún valor absoluto, que no quería creer ya en ningún valor sin acordarse de su relatividad y de su determinación histórica".³⁶ Y esta concepción adquirió tal fuerza que las posturas conservadoras, al no poder ya negar la historicidad, tuvieron que oponer la idea de desarrollo orgánico como

³⁴ Arnold Hauser, *op. cit.*, pp. 184 y 182. Este estudio es particularmente enriquecedor en cuanto a las diversas formas, políticas y estéticas, en que se manifestó el romanticismo. Las afirmaciones de Hayden White nos ayudan a redondear las ideas expuestas en los últimos párrafos con la siguiente aseveración: "El pensamiento histórico romántico puede ser concebido como un intento de repensar el problema del conocimiento histórico en el modo de la metáfora y el problema del proceso histórico en términos de voluntad individual concebida como único agente de eficacia causal en ese proceso" (*op. cit.*, p. 85).

³⁵ Al mismo tiempo en que el romanticismo exalta los principios del *laissez-faire* del liberalismo, es "una propuesta contra aquella nivelación y aquella despersonalización de la vida que está ligada con la economía, abandonada de sí misma. El individualismo traslada el *laissez-faire* a la vida moral, pero protesta al mismo tiempo contra el orden social en el que el hombre, separado de sus inclinaciones personales, se convierte en el soporte de funciones anónimas, en comprador de mercancías estandarizadas y en comparsa de un mundo que se hace cada vez más uniforme. Las dos formas fundamentales de la causalidad social, la imitación y la oposición, se alían ahora para hacer aparecer la actitud romántica" (Arnold HAUSER, *op. cit.*, p. 70).

³⁶ *Ibid.*, p. 187.

motivación de desarrollo y cambio a la de capricho individual promovida por los románticos.

El azar se convierte en un factor determinante en la conciencia romántica, pues “no sólo rompe la conexión sistemático-racional para introducir la yuxtaposición desordenada del flujo de fragmentos del mundo; la potencia del concepto del azar es más profunda: se abre a todo excepto a la objetividad o sólo a una *objetividad mítica y poética*”.³⁷

El desencanto de muchos hombres con una época que inició con las esperanzas del progreso y de una vida mejor, pero que con el paso del tiempo sólo demostró que el beneficio seguiría siendo para unos cuantos, motivó diversas reacciones: el individualismo, el irracionalismo, el egotismo y la evasión, por mencionar sólo algunas. Entonces, dice Arnold Hauser, “La historia se convierte en el refugio de todos los elementos sociales desavenidos con su propio tiempo, amenazados en su existencia espiritual o material; en refugio [...] de la intelectualidad que [...] se siente defraudada en sus esperanzas y burlada en sus derechos”.³⁸ Escritores y pensadores concibieron el pasado como “el lugar donde se cumplían todos sus anhelos y todos sus sueños, y excluyeron de él toda tensión entre idea y realidad, yo y mundo, individuo y sociedad”.³⁹

Y el mito, por su carácter fundacional y atemporal, representa otro tipo de objetividad, vital y trascendente, que facilita la fuga hacia un espacio en el que la vida fluye como una continuidad ininterrumpida en la que la escisión aún no ha tenido lugar.⁴⁰

³⁷ Manuel Ballester, *op. cit.*, pp. 64-65. Las cursivas son del original. De aquí en adelante sólo se usará alguna indicación cuando las cursivas sean más.

³⁸ Arnold HAUSER, *op. cit.*, p. 188.

³⁹ *Ibid.*, p. 189.

⁴⁰ “La objetividad mítica, también la poética, llevan en su índole interna el sello de lo que no está sometido al lento crecer de la historia real [...] tales ‘fenómenos’, estos puros aparecidos, emergen gratuitos y aislados, densos de su cristalización instantánea; objetos de intuición (!) que exhiben sus conexiones internas, la red de su forma; esta es la única legalidad que conocen y pueden aceptar” (Manuel BALLESTER, *op. cit.*, p. 66).

La ironía romántica —lo que Rafael Argullol llama la conciencia trágica— surge a partir del convencimiento de que la fuga es solamente una ilusión, de que el acceso a la utopía —según Hauser—, la fusión con lo sagrado o con el Único —nuevamente en términos de Argullol—, sólo podrá ser momentánea y fugaz en la medida en que el hombre está consciente de la escisión.⁴¹ La interiorización, la reflexión estética en que se fusionan sujeto y objeto se sobrepasa a sí misma, gracias a la crítica, y revela aspectos profundos del mundo.⁴² El romántico “estetiza la tensión ético-política, pero hasta en medio de esa evasión descubre nuevos dominios y nuevas formas de existencia”.⁴³

Así, Arnold Hauser asegura que “La innovación sociológica del romanticismo es la politización del arte, y no sólo en el sentido de que artistas y escritores se adhieran a partidos políticos, sino en que desarrollaron una política artística de partido”.⁴⁴ Y, según Celia Fernández Prieto, “El paso de la historia política a la social va acompañado de un replanteamiento de los ‘sujetos’ de la historia” donde los protagonistas ya no son las grandes figuras públicas, “sino los grupos, los pueblos, las gentes burguesas, que encarnan las fuerzas o las ideas que mueven las historia”.⁴⁵

Los románticos no siempre estuvieron vinculados con las mismas tendencias ideológicas, de hecho, “no parece existir una teoría ni praxis política que se puedan llamar específicamente románticas”.⁴⁶ Por ello podemos encontrar, según las observaciones de

⁴¹ Véase Arnold HAUSER, *op. cit.* 189-196 y Rafael ARGULLOL, *op. cit.*

⁴² Véase Manuel BALLESTERO, *op. cit.*, pp. 69-87. La evasión romántica es “resultado de la dialéctica interna de la totalidad histórica, en la que el *momento objetivo* se degrada y pierde cualquier relación con la ‘idea’, por lo que la fantasía reemplaza a la razón en lo que se refiere a dibujar un horizonte ‘utópico’ desaparecido” (*ibid.*, p. 86).

⁴³ *Idem.*

⁴⁴ Arnold HAUSER, *op. cit.*, p. 204. La obra estudia además las contradicciones ideológicas del romanticismo, así como las diferentes tendencias políticas: monarquismo, liberalismo conservadurismo, etcétera.

⁴⁵ Celia FERNÁNDEZ PRIETO, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, 2ª ed., Navarra, España, Universidad de Navarra, 2003, pp. 87 y 88.

⁴⁶ Esteban TOLLINCHI, *Romanticismo y modernidad. Ideas fundamentales del siglo XIX*, 2 vols., Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1989, vol. II, p. 930.

Hauser, un Lamartine monárquico y un Víctor Hugo que, a partir de la publicación de su “Prólogo” a *Cromwell*, es completamente liberalista.⁴⁷ Por su parte, Hayden White afirma que “el anarquismo es la implicación ideológica del romanticismo”,⁴⁸ y Georg Lukács considera reaccionarios a los románticos por su tendencia a glorificar tiempos pasados.⁴⁹ Y muchos románticos se volvieron conservadores ante el desencanto por el fracaso de la Revolución francesa y las consecuencias de la Revolución Industrial.⁵⁰

Estas tendencias no se excluyen necesariamente. Después de estudiar los textos citados, que analizan de forma sumamente lúcida el romanticismo desde diversas perspectivas, y a veces parecen contradecirse unos a otros, incluso internamente cuando abarcan la amplia gama de expresiones románticas, podemos concluir que no se excluyen, sino que se complementan:

El principio románico tiene en su interior un movimiento doble: de rebeldía y de capitulación, de irrupción crítica y de aceptación no conciente de lo que está impugnando. Sacudido de indignación ante las mutilaciones de una estructuración histórico-social muy

⁴⁷ Cfr. Celia FERNÁNDEZ PRIETO, *op. cit.*, pp. 204-214.

⁴⁸ Hyden WHITE, *op. cit.* Este autor considera que romanticismo y conservadurismo no se vinculan, sino que simplemente son contemporáneos, pues “la filosofía de la historia generada por el *mythos* romántico no contempla esa noción de comunidad plenamente integrada realizable en el tiempo histórico que inspira a los conservadores sus himnos de alabanza del *statu quo* social. Lo que es propio del romanticismo es su momento individualista” (p. 33n). Afirma que el romanticismo sólo puede aparecer en los conservadores como una “trampa ideológica” pero, a partir de lo desarrollado en este trabajo, yo me pregunto: ¿de que otra manera se puede intentar comprender el romanticismo si no es a partir de sus contradicciones? Lo que sí se puede afirmar es que el romanticismo fue preferentemente la expresión de tendencias renovadoras como el liberalismo y el anarquismo.

⁴⁹ Georg LUKÁKS, *op. cit.*, pp. 60-81. Es importante señalar la gran contribución de este estudioso al conocimiento y análisis de la novela histórica, pero también el hecho de que al rechazar la relación de Scott con el romanticismo fue un tanto incomprensivo con esta corriente. Actualmente nuevas ideas están completando su visión: Celia FERNÁNDEZ PRIETO (*op. cit.* pp. 74-111) advierte sobre la filiación romántica de Scott y señala que los acontecimientos relatados por Scott no pueden ser considerados verídicos, como lo afirmaba Lukács.

⁵⁰ Véase Esteban TOLLINCHI, *op. cit.*, pp. 930-944. Según este autor, “En los primeros lustros después de Waterloo el nacionalismo se asoció a la causa liberal y constitucionalista, pero, con el tiempo, el culto a la libertad perdió fuerza frente al nacionalismo cada vez más apremiante. Esto puede haberse debido a que casi todos los países en que prosperaron las conjuras nacionalistas carecían de una clase media fuerte como también de tradición política liberal que acostumbra al debate, la divergencia y la oposición” (*ibid.*, p. 957). Sin embargo, “El romanticismo puede verse como una eterna y continua revolución, siempre dispuesto a batallar contra la autoridad tradicional, contra las fuerzas opresoras o represoras (fueran éstas monárquicas, aristocráticas o burguesas), siempre soñando con una comunidad libre, justa e igualitaria” (*ibid.*, p. 974).

bien determinada —la burguesía—, lo romántico trata de sobrepasar por ahondamiento los sofocantes límites de la grosera cosificación; su radicalismo es testimonio de su intención subversiva. Pero lleva a cabo el combate con las mismas armas y en el *mismo terreno que ha escogido el adversario*; por eso en su proceso de crítica y de negación lo romántico potencia aquello mismo contra lo que lucha.

Ahora bien, ese movimiento de insurrección no se salda en una simple restauración de lo que se critica; lo romántico, por su desplazamiento ideal, revela zonas y formas de existencia que, aunque ocasionalmente puedan constituir un manto encubridor de las miserias de lo burgués, son, no obstante, *nuevos contenidos* de civilización y de espíritu.⁵¹

Entonces se puede afirmar que el romanticismo es una corriente abierta que busca contenidos trascendentes, que critica los principios de jerarquía y subordinación en pro de la integración al principio vital, y éstas son sólo algunas de las razones por las que ha trascendido hasta nuestros días.

Su gran aportación a la comprensión histórica —en esto sí coinciden los autores citados— consistió en demostrar que no existen esencias inmutables ni valores universales y remarcar la participación del individuo, de los grupos sociales —la heroicidad es un valor indiscutible para los románticos— y/o de fuerzas abstractas —la Providencia, por ejemplo—⁵² en el devenir histórico, ya fuese concebido de manera diacrónica como un proceso, o sincrónica como conjunto de hechos aislados sin relación causal lógica; los románticos descubrieron el pasado en el presente, lo encontraron en las ruinas, las tradiciones, las canciones populares y lo prefiguraron metafóricamente.⁵³ Dicho de otra manera, los románticos

⁵¹ Manuel BALLESTERO, *op. cit.*, p. 99.

⁵² Para Celia FERNÁNDEZ PRIETO, en la novela histórica no predomina la lucha entre individuos sino la tensión entre fuerzas abstractas cuyo develamiento permite “restablecer la continuidad entre el pasado y el presente de la nación” (*op. cit.*, pp. 90-91).

⁵³ Los documentos y cada manifestación de lo histórico aparecen de manera inconexa y la labor del historiador, o, en este caso, del romántico que lanza su mirada al pasado, para poder lograr una visión del conjunto: “tiene que prefigurar como posible objeto de conocimiento todo el conjunto de sucesos [...] Este acto prefigurativo es *poético* en la medida en que es precognoscitivo y precrítico [...] También es poético en la medida en que es constitutivo de la estructura que posteriormente será imaginado en el modelo verbal ofrecido [...] como representación y explicación” del pasado (Hayden WHITE, “Introducción” en *op. cit.*, p.

no rompen con la tradición, sino que se apropian de ella. Se asumen como los legítimos herederos y como los verdaderos intérpretes del legado cultural de la humanidad. Oponen a la visión estetizadora y absolutista de los neoclásicos, una visión histórica, dinámica y relativista; pero no renuncian al arte clásico.⁵⁴

Y fue tal el impacto de esta nueva manera de percibir la historia en el mundo de las ideas que los grupos sociales más diversos se vieron en la necesidad de adoptarlo, ya fuera para justificar y conservar su *statu quo* social, o para rechazar un orden del que se sentían excluidos, atacándolo o evadiéndose de él, con el consiguiente aislamiento social.

Entonces, ¿de qué manera los románticos expresan su visión del pasado? Por medio de la creación y reapropiación de los mitos, su apego a las ruinas, las narraciones históricas, elementos que se tratarán a continuación.

2.2 Una mirada al pasado

El romanticismo estudió y se acercó a diferentes etapas del pasado: la Grecia antigua y la Edad Media fueron sus principales fuentes. ¿Por qué estas dos?, ¿qué recuperaron de cada una?

Según Isaiah Berlin, el racionalismo bloqueó el sentimiento humano, por lo que éste buscó una salida: “Cuando los dioses olímpicos se vuelven demasiado mansos, racionales, normales, la gente comienza, bastante naturalmente, a inclinarse por dioses más oscuros, más subterráneos”.⁵⁵ Para el romántico, el mito “Es parte de la pasión por ampararse bajo un principio supraindividual en donde se palpe inmediatamente el origen de toda vida y en

40). Y la prefiguración metafórica consiste precisamente en percibir poéticamente la relación de los objetos de la realidad en términos de identidad y diferencia (cfr. *ibid.*, p. 43).

⁵⁴ Jorge RUEDAS DE LA SERNA, “Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana (tópicos del romanticismo mexicano)”, tesis de maestría, México, UNAM, 1986, p. 1.

⁵⁵ Isaiah BERLIN, *op. cit.*, pp. 73.

el que, de paso, quede resuelto el conflicto entre los sentidos y el espíritu, entre la finitud y la infinitud, entre la libertad y la necesidad”.⁵⁶

El mito de la caída es al que más acuden los románticos pues explica su insatisfacción con el mundo que los rodea. Conciben que existió una unidad primordial entre el hombre y el mundo, o el Único, que la caída marcó una escisión y explican las acciones heroicas a partir de un esfuerzo de reintegración con el Todo, que siempre será parcial y no del todo lograda en la medida en que el héroe será portador de la conciencia trágica de la escisión.⁵⁷

Este mito se liga directamente con la concepción romántica de la naturaleza, “la caída original fue provocada por la voluntad humana, y desde entonces la criatura dejó de comprender la naturaleza; el precio de su independencia es la pérdida del conocimiento inmediato”.⁵⁸ Así, el contacto visual y físico con la naturaleza implica un reencuentro momentáneo con lo sagrado y al mismo tiempo es un recordatorio de la caída original. Ella le revela al hombre su identidad y su situación de aislamiento en el mundo. El romanticismo, al concebir la naturaleza como el espacio donde mejor se expresan las contradicciones del mundo —entre lo oscuro y lo luminoso, el rechazo y la atracción—, como el reflejo de su propia alma, termina con la visión arcádica de la naturaleza. Pues ya no es sólo Apolo, sino también, y sobre todo, Dioniso.⁵⁹

Los mitos de origen aristocrático, que surgen en la tragedia griega y de ninguna manera pretenden romper con el orden establecido, son reinterpretados o sustituidos en el

⁵⁶ Esteban TOLLINCHI, *op. cit.*, p. 1011.

⁵⁷ Véase también Rafael ARGULLOL, *op. cit.*, su obra se centra particularmente en este tema de la caída y la conciencia trágica.

⁵⁸ Albert Béguin, *op. cit.*, p. 141.

⁵⁹ Para el romántico, “el paisaje que mejor podía simbolizar la compleja alma del ser humano, con sus profundidades tónicas, era precisamente la selva umbría, los bosque oscuros y misteriosos”. Jorge RUEDAS DE LA SERNA, *op.cit.*, p. 37. Para completar esta idea de mundo contradictorio donde la ley interna es el azar véase también Manuel BALLESTERO, *op. cit.*, pp. 154-161.

romance novelesco en el que la lucha del hombre con sus semejantes tiene un lugar preponderante en su deseo de elevarse a las alturas, en una *legítima* rebelión contra un destino injusto. Así, dice Jorge Ruedas de la Serna:

el héroe romántico ama las alturas, a las cuales asciende desde el averno de su miseria y su anonimato. Las fuerzas clásicas desaparecieron de la naturaleza exterior, pero renacieron en el alma del romántico, deformándolo, condenándolo o consagrándolo como el nuevo soberano.⁶⁰

El hombre quiere elevarse al mismo nivel que Dios. Para ello se alía con el Demonio y atribuye a la Providencia su poder. Su relación con la naturaleza adquiere un carácter mágico.⁶¹

El mito se convierte en la forma en que el romántico expresa sus deseos e inquietudes más profundas, se explica a sí mismo y su relación con el mundo que lo rodea. Los mitos del origen le dan un fundamento a su ser-presente. En su búsqueda de identidad individual, hostil a su propia época que concibe desprovista de grandeza, vio en las épocas anteriores, la Edad Media y la Grecia antigua —la más cabal aproximación a la “Edad de Oro”—,⁶² unidad y armonía de las que deseaban apropiarse al sentirse escindidos del mundo.

Con la introducción de elementos intemporales, ajenos a la concepción cronológica sucesiva del tiempo,

la historia pudo concebirse también como un desarrollo incesante, como superación de contradicciones y conflictos. Si la época se deshace en la nostalgia del pasado y del primitivo, es también la época en que soñó con cambiar o perfeccionar la condición humana, pero no es una simple contradicción [...] sino que ahora los hombres parecen darse cuenta de que es sólo a través de la conciencia del pasado que es posible el progreso del pasado al presente; que uno no se puede separar del otro pues, en cuanto añoran el pasado,

⁶⁰ Jorge RUEDAS DE LA SERNA, *op. cit.*, p. 67.

⁶¹ Sobre la mitificación de la naturaleza véase Rafael ARGULLOL, *op. cit.*, pp. 17-25.

⁶² Véase *ibid.*, p. 180.

no hacen más que añorar el hombre arquetípico, auténtico, el hombre que es también el futuro. Y por otra parte, la conciencia del presente, tan aguda en el momento, depende de la conciencia simultánea del pasado; una está en función de la otra.⁶³

Y en esta búsqueda de identidad, el individuo se reconoce como parte de un pueblo, al que está ligado por mitos, costumbres, leyendas, símbolos, por un devenir histórico, y en ellos abreva para descubrir y explicar la identidad nacional.⁶⁴ Y la Edad Media, en el caso europeo, es la fuente primordial para semejante indagación.

Celia Fernández Prieto señala que hay dos tipos de medievalismo: el positivo, que consiste en una idealización que opone el orden social y religioso medieval contra el desorden contemporáneo, y el negativo, que desaprueba las instituciones de ese periodo, pero admira los aspectos relacionados con el arte y la cultura que coinciden con sus valores estéticos. Ambas posturas eligen periodos de crisis para la representación de una época.⁶⁵ Según Esteban Tollinchi, “La nostalgia por el pasado no sólo llevó al lamento por la desaparición del feudalismo o de la caballería [...] sino también a fijar la atención en el periodo germinal de cada nación [...] o bien en el periodo de esplendor político o cultural”.⁶⁶

Ahora bien, el recurso predominante a partir del cual se recrea el pasado es la descripción.⁶⁷ El narrador histórico debe crear su mundo ficcional de tal manera que provoque el efecto de un mundo o un espacio histórico.⁶⁸ “La descripción pone ante los ojos del lector [...] el inventario de un tiempo ya caducado”.⁶⁹ De ahí la importancia de las ruinas en la refiguración del tiempo por los románticos. Ellas actualizan el pasado, dan

⁶³ Esteban TOLLINCHI, *op. cit.*, p. 600.

⁶⁴ Cfr. *ibid.*, pp. 593-596.

⁶⁵ Cfr. Celia FERNÁNDEZ PRIETO, *op. cit.*, p. 91.

⁶⁶ Esteban TOLLINCHI, *op. cit.*, p. 606.

⁶⁷ La importancia de describir espacios se observará en las novelas que analizaré en esta investigación.

⁶⁸ Cfr. Celia FERNÁNDEZ PRIETO, *op. cit.*, p. 214.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 215.

estatuto de verdad a los acontecimientos narrados y al mismo tiempo crean la sensación de que el pasado vive en el presente, pues muchos de los monumentos a los que aluden, están presentes en la conciencia del lector y del propio narrador. Las ruinas sirven “para hacernos partícipes de las profundidades del tiempo, para ahondar nuestra fascinación por los orígenes, en fin, para testimoniar el pasado”.⁷⁰

2.3 Un pasado corto y un presente problemático... Concepción histórica de los románticos mexicanos

Después de analizar cómo se desarrolló el romanticismo y la comprensión histórica en Europa, es importante observar qué fue lo que pasó en México. Porque, con respecto de la literatura mexicana podemos hacer la misma afirmación que hace Antonio Cándido en el caso de Brasil: “la nuestra es una literatura modificada por las condiciones del Nuevo Mundo, pero que forma parte orgánica del conjunto de las literaturas occidentales”,⁷¹ en ella podemos discernir

un doble movimiento de formación. Por un lado, la visión de la nueva sociedad que se presentaba y debía ser transformada en “temas”, diferentes de los que nutrían a la literatura de la metrópoli. Por otro lado, la necesidad de utilizar de manera a veces diferente las “formas”, adaptando los géneros a las necesidades de expresión de los sentimientos y de la realidad local.⁷²

Entendemos aquí la literatura mexicana como un sistema que se apropia de los modelos europeos y los adapta a la lengua, los temas e imágenes regionales, así como a

⁷⁰ Esteban TOLLINCHI, *op. cit.*, p. 598 nota 45.

⁷¹ Antonio CÁNDIDO, “Introducción” en *Introducción a la literatura brasileña (resumen para principiantes)*, México, UNAM: Centro Coordinador de Estudios Latinoamericanos, 2005, p. 15.

⁷² *Ibid.*, p. 18.

determinadas condiciones sociales y psíquicas, y se fortalece como tradición propia a partir de la continuidad entre escritores, receptores y medios de transmisión.⁷³

Y al plantear estas nociones no podemos desligarnos de consideraciones históricas importantes para el caso de México, que es el que nos atañe. El siglo XIX fue la primera centuria en que los mexicanos vivieron independizados de la tutela política española. Mientras en Europa se dieron numerosas expresiones de la conciencia histórica romántica en la literatura, durante la primera mitad del siglo, México se encontraba en continuas guerras, intestinas y contra el invasor extranjero; apenas quedaba tiempo a los escritores, simultáneamente guerreros y políticos, de tomar la pluma unos instantes para desarrollar los primeros esbozos literarios.

Las luchas partidistas eran interminables y ningún sistema político daba los resultados esperados en el poco tiempo en que lograban prevalecer: los liberales radicales pretendían implantar un sistema republicano y federal en que el pueblo tuviera participación política; los liberales moderados planteaban un proyecto de nación republicano más o menos centralizado, con libertades limitadas al ámbito privado, en el que sólo los hombres de méritos, de instrucción racional, participaran en las elecciones políticas; y los conservadores pretendían cambios paulatinos, regidos por la razón y la moral cristiana, e impulsados por la elite (sin participación política del pueblo). Los tres grupos trataban de imponer su ideología, ya sea por medio de levantamientos armados, o de discusiones interminables en el Congreso cuando trataban de participar en el proyecto impuesto por sus oponentes, en un “estire y afloje” en el que procuraban adaptar su propio proyecto a las circunstancias imperantes. Además, a pesar de las buenas intenciones de

⁷³ Cfr. Antonio CÁNDIDO “La literatura como sistema” en *Formação da literatura brasileira (momentos decisivos)*, Belo Horizonte, Editoria Italiaia, 1981, vol. I (1750-1836). Consultado en una traducción de Jorge Ruedas de la Serna.

todos, los grupos privilegiados, como los terratenientes y la Iglesia, se resistían a aquellos cambios que ponían en peligro su estatus o los beneficios económicos que obtenían gracias a los sistemas heredados. Y como consecuencia de todo lo anterior, había una tremenda inestabilidad política.⁷⁴ José Ortiz Monasterio resume este periodo de la siguiente manera:

El valor supremo de la Independencia fue la libertad que se alcanzó al separarse México del Imperio español. Sin embargo, el otro lado de la moneda fue la orfandad en que quedó la nación al romperse un pacto social multiseccular. Las nuevas instituciones tardaron mucho en imponerse, lo mismo que las viejas en desaparecer.⁷⁵

Ante la orfandad, las dificultades de asumir la herencia colonial —sin caer en contradicciones que llevaran a negar el valor de la Independencia— y la incapacidad de establecer una continuidad sin reservas entre el pasado indígena y el presente Independiente, los mexicanos, como los románticos en Europa, necesitaban reconocer su origen, encontrar su identidad, en palabras de Jorge Ruedas de la Serna:

quieren descubrir la veta que les revele ser ellos, y no otros, los elegidos por el genio de la historia, ahora convertida en la nueva potencia providencial. Y para ello es preciso que se reflejen en las obras del pasado, para reconocerlas como propias. Pero en México, como en el resto de los países hispanoamericanos, esta necesidad de inventar una tradición afín, se exacerbó, con la Independencia, por la urgencia de construir un discurso nacionalista.⁷⁶

Está en juego un conflicto identitario, de definiciones colectivas, en el que inciden aspectos de carácter político (derechos y organización social) y económico (reparto de recursos).⁷⁷

⁷⁴ Para la elaboración de este pequeño resumen de las tendencias ideológicas de la época me basé en la obra de Erika PANI (*Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México-Instituto de Investigaciones José María Luis Mora: Centro de Estudios Históricos, 2001), quien advierte que las divisiones entre partidos no eran tan claras, que todos, en mayor o menor medida, estaban influidos por tendencias liberales que procuraban adaptar sus proyectos a las circunstancias cambiantes, y no pretendían regresar al sistema colonial, salvo en casos excepcionales.

⁷⁵ José ORTIZ MONASTERIO, *México eternamente...*, p. 35.

⁷⁶ Jorge RUEDAS DE LA SERNA, *op. cit.*, pp. 2-3.

⁷⁷ Cfr. Tomás PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, México, El Colegio de México / Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, p. 27. Este autor, desde una perspectiva similar a la de Erika Pani, advierte que en el conflicto

De este conflicto derivan dos posturas extremas que resultan igualmente insostenibles: el indigenismo, que desacreditaba por completo la Colonia, y el colonialismo, que defendía la obra colonizadora y negaba, en algunos casos, el valor de la Independencia.⁷⁸ También evolucionará una postura intermedia que reconcilie los opuestos: indígena, colonial e independiente, en una visión que los integra a partir de las manifestaciones heroicas o con tendencias independentistas del pasado que se constituyen en el germen de lo nacional presente.⁷⁹

A la par de estas concepciones del pasado, y de la necesidad de forjar una nación, surgió el deseo de crear una literatura nacional, la cual, por la situación social y política de México, debía de estar vinculada con un esfuerzo educativo y una orientación social. Los historiadores y literatos mexicanos estaban haciendo historia, tanto de acontecimientos inmediatos, como de un pasado relativamente lejano, y eran conscientes de ello. Sus obras tenían la función de fijar la tensión en algunos hitos, que ellos mismos elegían y consideraban indispensables para la formación de una cultura nacional. Crearon una literatura que no estaba centrada en la nostalgia del pasado: narrar lo acontecido era más bien una forma de recordatorio, para no cometer los mismos errores y superar los vicios

liberales/conservadores el asunto de fondo es una cuestión identitaria que incide en las diversas manifestaciones del conflicto (actitud frente a España, frente a los indígenas, frente a otras naciones). Observa que en este problema indentitario hay implicaciones raciales, culturales, religiosas, política, económicas, y que, por lo tanto, las manifestaciones de cada grupo en relación con determinado tema estarán condicionadas históricamente.

⁷⁸ Cfr. José ORTIZ MONASTERIO, *México eternamente...*, p. 46. Jorge RUEDAS DE LA SERNA señala que había una “imposibilidad, o rechazo, para entender el pasado y, en consecuencia, asumirlo” (*op. cit.*, p. 2) y podemos completar esta idea con otras palabras de José Ortiz Monasterio, quien afirma que ante la posibilidad de un retorno al régimen monárquico, los liberales románticos no podían exaltar el periodo colonial en la medida en que lo veían como una amenaza, por ello mantuvieron una postura contradictoria con la que pretendían salvaguardar sus valores. Para que pudieran comprender el proceso histórico era necesario “conocer el resultado final de la pugna partidista” (*México eternamente...*, pp. 122-123).

⁷⁹ Esta postura evolucionará, en particular gracias Vicente Riva Palacio, hasta ver en el mestizaje la culminación de la unificación nacional (cfr. *ibid.*, pp. 92-104 y 323-325). La presente investigación pretende ampliar el conocimiento sobre las diversas posturas decimonónicas respecto del pasado, así como contribuir a matizar esta concepción polarizada que tenemos actualmente, y desde hace muchos años, sobre el siglo XIX.

sociales, así como rescatar los aspectos heroicos; ante un presente terrible y confuso, y un pasado que deseaban superar para acceder al progreso y la unificación nacional. Esta literatura, como un esfuerzo educativo, se orientaba hacia el futuro, y el destino de los protagonistas estaba ligado al de la sociedad.

Los tres grandes hitos en que centraron su historicismo fueron la Conquista, la Colonia, la Independencia, así como las posteriores pugnas entre liberales y conservadores. Eligieron los momentos significativos que justifican la Independencia y, posteriormente, la victoria del liberalismo después de la Reforma y el Segundo Imperio.

Si bien en la literatura mexicana se adoptaron los modelos en boga en Europa, principalmente la novela histórica romántica que fue empleada particularmente por los escritores liberales,⁸⁰ *se le dio un nuevo sentido a partir de las circunstancias histórico sociales mexicanas*,⁸¹ pues si Victor Hugo imaginaba a los pueblos europeos en la vejez:

los nuestros veían a los países de nuestra América en la niñez, como “pueblos niños”, de historia recientísima, que advenían a la modernidad mirando, no hacia un pasado inexistente, sino al futuro. La idea de la infancia de nuestros países sirvió de justificación ideológica para que los escritores mexicanos salvaran el problema de rechazar algunos de los aspectos centrales del “Prefacio” [a *Cromwell* de Victor Hugo], sin mostrarse contrarios a la lógica general del discurso romántico.⁸²

Así, la Colonia fue clausurada por los liberales como la etapa oscura, la Edad Media americana —que para los conservadores representaba el patrimonio cultural que insertaba a los mexicanos en la tradición occidental—, de la que sólo eran rescatables aquellos

⁸⁰ No hay que olvidar que el carácter masivo de este tipo de textos, así como la forma por entregas en que se publicaban, facilitaban la difusión de las ideas en un sector más amplio de la población, a diferencia de las obras historiográficas, preferidas por los conservadores por su carácter solemne, que sólo eran asequibles para una élite acomodada.

⁸¹ Esta idea del condicionamiento histórico social para la refuncionalización de la concepción histórica romántica guiará el presente análisis. No hay que perder de vista que el romanticismo es una corriente abierta que no sólo facilita sino que potencializa este tipo de reelaboraciones.

⁸² Jorge Ruedas de la Serna, *op. cit.*, p. 77.

aspectos heroicos y de resistencia que apuntaban hacia un futuro independiente. Siguiendo el ejemplo de los románticos europeos, retoman el tópico de la Edad Media como una forma de encontrar la identidad en el pasado, pero se distancian de él, refuncionalizándolo, en la medida en que no es un pasado idílico sino sumamente problemático que se desea dejar atrás.

Apropiándose del sistema argumentativo de quienes afirmaban la inferioridad de los pueblos de América a partir del carácter débil y corruptor de su naturaleza —Jorge Luis Leclerc, conde de Buffon, pero sobre todo su discípulo, Cornelius de Pauw, fueron los iniciadores de esta tendencia—,⁸³ los mexicanos opusieron la idea de que el contacto con la naturaleza americana había provocado el rejuvenecimiento del hombre hispánico, creando una raza superior que, ya emancipada del dominio colonial, “alcanzaría su verdadera fisonomía espiritual”;⁸⁴ pues a pesar de que en ese periodo se había frenado su desarrollo, los americanos “habían logrado crear un patrimonio tan rico como el de cualquier nación”.⁸⁵ De hecho, el mito fundamental de la belleza y riqueza de la naturaleza americana fue tan determinante en la concepción de la identidad nacional que lo compartieron liberales y conservadores. La idealización fue parte de un proyecto para exorcizarla del carácter demoníaco que le atribuyeron los europeos.

En ese sentido, imitaron el esquema del discurso romántico que proponía representar sus elementos característicos y no sólo aquellos que resultaran bellos. Sus propósitos armonizaban con el planteamiento romántico europeo de una naturaleza

⁸³ Cfr. Enrique FLORESCANO, *Historia de las historias de la nación Mexicana*, México, Taurus (Pasado y Presente), 2002, pp. 275-276 y Jorge RUEDAS DE LA SERNA, *op. cit.*, p. 95.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 3.

⁸⁵ *Idem.*

providencial.⁸⁶ Asimismo: “Adoptaron con entusiasmo los argumentos en contra de una validez absoluta de los modelos, y en contra de la imitación sumisa a los valores consagrados, porque tales mandatos venían a reafirmarlos en sus aspiraciones de emancipación cultural de la vieja metrópoli”.⁸⁷ Pero, según Jorge Ruedas de la Serna, fue un romanticismo moderado en la medida en que, aunque se habían cambiado los símbolos del poder, los mitos que sustentaban la identidad de la clase criolla no se habían modificado, al menos no sustancialmente.⁸⁸

Con lo dicho anteriormente, presento un panorama general acerca de la visión histórica romántica y cómo se adaptó a las necesidades ideológicas de los mexicanos. Si desarrollé casi exclusivamente las aportaciones de Jorge Ruedas de la Serna y de José Ortiz Monasterio, en este apartado, es porque me parecen las visiones más abarcadoras y lúcidas, que resumen y amplían o corrigen lo que han dicho estudiosos como Enrique Florescano, Gerardo Bobadilla Encinas, Fernando Unzueta, Emilio Carilla,⁸⁹ entre otros, acerca del historicismo en el romanticismo mexicano. Se pretende ampliar, documentar, e incluso matizar esta visión con el análisis de las novelas históricas que se realizará en los siguientes capítulos, no sin antes plantear una visión general de lo que aquí se considerará como novela histórica, que será el objeto del siguiente apartado.

⁸⁶ Cfr. *ibid.*, p. 94-103.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 103.

⁸⁸ Cfr. *ibid.*, pp. 103-104.

⁸⁹ Sobre la obra de Emilio Carilla (*El romanticismo en la América hispánica*, 2 t., Madrid, Gredos, 1967), me parece importante señalar que su visión del romanticismo, y en especial del romanticismo hispanoamericano, es un tanto limitada, ya ha sido superada gracias, precisamente, a autores como Ortiz Monasterio y Ruedas de la Serna, así como por los estudios sobre romanticismo europeo que se han mencionado en estas páginas, por ello parece innecesario seguir acudiendo a él como una referencia obligada.

3. *Novela histórica*

Antes de hablar de novela histórica es necesario aclarar, apoyándome en el estudio de Celia Fernández Prieto, qué es lo que se entenderá como género literario: es una categoría de clasificación retrospectiva, una construcción crítica, creada en el texto y propuesta por el lector.⁹⁰ En este sentido, “No existe un modelo genérico a modo de patrón (un texto ideal o un architexto) al que las obras de la serie se ajusten; todo texto modifica su género”⁹¹ y el género literario “puede entenderse como un tipo de relaciones que se establecen entre unos textos y otros en el marco del sistema literario”⁹² a partir de “rasgos básicos mínimos que sirven como señales de reconocimiento para el lector”,⁹³ en los que se sustenta la estabilidad del sistema literario en el que interactúan los procesos de sedimentación e innovación que dan lugar a una transformación lenta y paulatina. Así, considero al género literario como una posibilidad de establecer el contrato de lectura, pero no es fijo ni cerrado, por lo que al mismo tiempo que permite la inteligibilidad del texto gracias a ciertas invariantes o rasgos textuales, está abierto a ciertas innovaciones que incidirán en la concepción posterior del género por parte del lector.

Por otro lado, considero importante apuntar lo que se entenderá por “novela”, citando la definición de Miguel A. García Peinado:

La novela es un texto que partiendo de hechos acaecidos, que pueden acaecer o totalmente ficcionales (*la historia*) es transformado, gracias al *estilo* del escritor, en la narración de las aventuras, destino o psicología de unos personajes inmersos problemáticamente en un trasunto de realidad, a través de un *discurso* coherente, generalmente en prosa y de cierta longitud, destinado a producir un efecto estético y referencial en el lector.⁹⁴

⁹⁰ Véase Celia FERNÁNDEZ PRIETO, *op. cit.*, p. 29.

⁹¹ *Ibid.*, p. 30.

⁹² *Ibid.*, pp. 30-31.

⁹³ *Ibid.*, p. 31.

⁹⁴ Miguel Ángel GARCÍA PEINADO, *Hacia una teoría general de la novela*, Madrid, Arco Libros, 1998, p. 69.

Las aclaraciones de los rubros anteriores serán importantes para la justificación y el desarrollo posterior del concepto de novela histórica que guiará el análisis en los siguientes capítulos.

El referente obligado para establecer las características generales de la novela histórica clásica es *La novela histórica* de Georg Lukács, cuyo estudio parte del análisis de las novelas de sir Walter Scott. De acuerdo con este estudio, la novela histórica surge a partir de la nueva conciencia historicista, en ella hay una tendencia a estudiar el pasado, en particular “momentos significativos” de la Historia, a partir de su singularidad y especificidad histórica, entablando una relación causal entre los acontecimientos del pasado, así como entre éste y el presente.⁹⁵ Según el mismo Lukács, se diferencia de las novelas románticas, con sus tendencias reaccionarias, modernizantes e idealizadoras, al recrear el pasado desde una perspectiva objetiva y realista en la que las fuerzas sociales que actúan en la historia van siempre encaminadas al progreso.⁹⁶

Entre los rasgos que caracterizan a este género están “la extensa descripción de las costumbres y de las circunstancias que rodean los acontecimientos, el carácter dramático de la acción y, en estrecha relación con esto, el nuevo e importante papel del diálogo en la novela”.⁹⁷ La figura central es el héroe “mediocre y prosaico”,⁹⁸ los personajes, en general, son tipos histórico-sociales que representan las grandes corrientes históricas o partidos en

⁹⁵ “Así pues, de lo que se trata en la novela histórica es de *demostrar* con medios *poéticos* la existencia, el ‘ser así’ de las circunstancias históricas y sus personajes. Lo que tan superficialmente se ha denominado ‘verdad del colorido’ en las novelas de Scott es en verdad esta prueba de la realidad histórica. Consiste en la estructuración del amplio fundamento vital de los acontecimientos históricos en su entrelazamiento y complejidad, en sus variados efectos recíprocos con las personas actuantes” (Georg LUKÁCS, *op. cit.*, p. 46). Por otra parte, “el ‘necesario anacronismo’ puede generarse orgánicamente de la materia histórica si el pasado plasmado por los poetas contemporáneos es reconocido y vivido claramente como *prehistoria necesaria* del presente” (*ibid.*, p. 69).

⁹⁶ Cfr. *ibid.*, pp. 60-90.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 30.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 34.

pugna, incluyendo a las masas, y las destacadas figuras históricas, cuya existencia está documentada, o aquellos personajes que representan a un partido o una de las clases o estratos en pugna (el individuo histórico universal que pone en evidencia los rasgos progresistas generales de la sociedad), aparecen en un segundo plano.⁹⁹

Ésta es, a grandes rasgos, la teoría de Lukács, que ha significado una gran aportación para el estudio de la novela histórica. Sin embargo, tiene sus limitantes: existen numerosos textos que, por una u otra razón, no se hallan en el canon clásico de la novela histórica y, sin embargo, los llamamos históricos.

Estudios como los de Noé Jitrik, Fernando Unzueta, María Cristina Pons, Celia Fernández Prieto, Gerardo Bobadilla Encinas, entre otros, se han esforzado por analizar y teorizar en torno a la novela histórica para abarcar un espectro más amplio de manifestaciones de este género literario.¹⁰⁰ No se trata aquí de citar o de entablar un diálogo con estos estudios, sino de establecer una postura teórica a partir de la cual se realizará el análisis en los siguientes capítulos. Por ello me limito a señalar que la tendencia de todos

⁹⁹ “Scott hace surgir a sus figuras importantes de la esencia misma de la época, sin explicar jamás, como lo hacen los románticos veneradores de los héroes, la época a partir de sus grandes representantes. Por eso no pueden ser figuras centrales en la acción. Pues la extensa y multifacética representación de la esencia de la época misma sólo puede hacerse patente si se plasma la vida diaria del pueblo, si se da forma a las penas y alegrías, a las crisis y confusiones del hombre medio. La destacada figura histórica que resume dentro de sí una corriente histórica, la resume en una determinada medida de abstracción” (*ibid.*, p. 40). Véase también la definición del individuo histórico universal en *ibid.*, p. 50.

¹⁰⁰ Véase la bibliografía de este estudio. El caso de Fernando Unzueta (*La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*. Lima-Berkeley, Latinoamericana, 1996) es muy particular porque aunque su postura pretende acercarse a las novelas hispanoamericanas y a las europeas bajo el concepto de romance histórico para ser más abarcadora en cuanto a los textos de tema histórico, considero que sus premisas son un tanto débiles y presentan varios problemas al momento de ponerlas en práctica, de manera que no será tomado en cuenta para el presente análisis. Por ejemplo: considera que el romance se caracteriza por el juego entre diversas temporalidades que en su forma romántica contiene “interpretaciones del pasado colonial o de las repúblicas recientemente independizadas” (p. 81) y destaca también por la “convencionalización idealizante de sus contenidos” (p. 87), en oposición al realismo de la novela. Ya ahí se perciben varios problemas: no todas las llamadas novelas históricas son idealizantes; en cambio, sí hay una intención mimético realista estrechamente vinculada, en Latinoamérica, a la función didáctica. Además hay que considerar que basta con el adjetivo “histórica”, entendido de la manera que hemos señalado en estas páginas, para destacar los aspectos de temporalidad —relaciones entre pasado y presente— que se desarrollan en las novelas. Y, finalmente, no debemos soslayar la tradición, que acuñó el término novela histórica y que está estrechamente vinculado con la comprensión de estos textos.

estos estudios consiste en abarcar más textos que se han tipificado como novelas históricas. Parten de la concepción evolutiva del género, cuyas manifestaciones se han ido desarrollando, y han estado determinadas, a partir de los cambios sociales, políticos, culturales, de las tendencias literarias, históricas y filosóficas, etcétera, así como de innovaciones del género, de la recuperación o rechazo de ciertas tradiciones en un proceso de ruptura y continuidad que no es muy claramente delimitable por periodos o tendencias, puesto que lo nuevo y lo viejo conviven en un momento histórico dado. De esta manera, asumen que las novelas históricas hispanoamericanas surgen a partir de determinadas circunstancias históricas y por ello se van a diferenciar necesariamente del modelo europeo.

De los planteamientos de estos estudiosos, con quienes comparto esta comprensión general de la novela histórica, destacaré sólo aquellas consideraciones que resultan relevantes para el presente análisis.

Así, Gerardo Bobadilla considera que las manifestaciones literarias están condicionadas por el espacio y tiempo en que fueron producidas y esta postura le permite hablar de refuncionalización o resemantización¹⁰¹ en América Latina de los modelos europeos, particularmente el de la novela histórica, para adaptarlos a las necesidades de los países recién independizados.¹⁰²

Y al hablar de novela histórica específicamente, Celia Fernández Prieto la entiende como “*una forma de actualización de esa larga tradición de intercambios entre la historia y la novela*, que se forjó en el contexto del romanticismo, en estrecho contacto con la

¹⁰¹ Cfr. Gerardo Francisco BOBADILLA ENCINAS, “La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX: la historia y la cultura como testimonio mítico”. Tesis Doctoral dirigida por Rafael OLEA y Françoise PERUS. México, El Colegio de México: Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2002. pp. 107-108.

¹⁰² “las diferentes elaboraciones textuales dan cuenta de problemáticas generadas a partir de la imbricación y/o yuxtaposición de diferentes tiempo-espacios, como indicios de la coexistencia tensa y conflictiva de diferentes tradiciones culturales, cada una con una distinta valoración e interpretación del mundo, que tiene su origen en la heterogeneidad histórica, ética, cognoscitiva de la América Hispánica” (*ibid.*, p. 78).

historiografía de la época y con los debates acerca de la narrativa ficcional”, como el romance de los tiempos modernos “que conserva la estructura de aventura como estrategia para interesar al lector, pero la combina con un diseño mimético-realista en la descripción de los escenarios históricos (referenciales) y en el tratamiento de los personajes”;¹⁰³ la novela histórica “conecta con la realidad en tanto que no puede producirse al margen de la concepción de la historia y de las formas de escribirla, del conocimiento historiográfico que forma parte de la enciclopedia cultural de sus lectores, y de los sistemas ideológicos según los que se concibe la relación entre pasado y presente”.¹⁰⁴

La novela histórica, como advierte Noé Jitrik, adopta la función explicativa del relato histórico.¹⁰⁵ En ello ahonda María Cristina Pons al señalar que

no sólo es un modo de representación de las condiciones materiales de existencia que refleja una conciencia histórica determinada y de una determinada manera, sino que también se produce en coyunturas históricas particulares. En términos generales, la emergencia y la producción de la novela histórica responde a grandes transformaciones o acontecimientos históricos, los cuales traen aparejados, como señala Jitrik, la necesidad de ubicarse frente a la Historia, o asumir un historicismo, redefiniendo la identidad frente a tales acontecimientos.¹⁰⁶

Y posteriormente resume su concepción, muy similar a la que desarrolla años después Fernández Prieto, del género de la novela histórica: “como una institución sociocultural con una trayectoria histórica, conformado por novelas cuyas peculiaridades y convenciones han variado con el tiempo, según los diferentes movimientos socioculturales, ideológicos y literarios”,¹⁰⁷ por lo que “no sólo presentaría marcas genéricas propias de ese género sino

¹⁰³ Celia FERNÁNDEZ PRIETO, *op. cit.*, p. 36.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 37.

¹⁰⁵ Cfr. Noé JITRIK, *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*, Buenos Aires, Biblos, 1995, p. 12.

¹⁰⁶ María Cristina PONS, *Memorias del olvido. Del paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo XX*, México, Siglo XXI, 1996, pp. 19-20.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 36.

que podría presentar rasgos característicos de otros géneros y subgéneros más amplios”.¹⁰⁸

Y esto significaría —un distanciamiento con respecto de la postura de Lukács— que la novela histórica puede nutrirse del romanticismo, y adoptar muchas de sus características sin que por ello se convierta en un género degradado.¹⁰⁹ De hecho, Noé Jitrik advierte que el romanticismo generó las condiciones necesarias para el surgimiento de la novela histórica:

el imaginario que permite que surja y se concrete la ocurrencia de la novela histórica a fines del siglo XVIII y a principios del XIX está movido o recorrido por [...] dos pulsiones o tendencias. La primera canaliza un deseo de reconocerse en un proceso cuya racionalidad no es clara; la segunda persigue una definición de identidad que, a causa de ciertos acontecimientos políticos, estaba fuertemente cuestionada.¹¹⁰

Ambas, de acuerdo con Jitrik, están en la base del movimiento romántico. Aunque la novela histórica, en sus operaciones de escritura, logra trascender “lo circunstancial romántico que le permitió surgir”.¹¹¹

Desde esta perspectiva, María Cristina Pons —apoyándose en los planteamientos de Jitrik— parte de la concepción de la novela histórica de Lukács, pero la amplifica y la vuelve aún más clara:

En la novela histórica [...] la representación del pasado no implica solamente recordar, sino también conocimiento histórico en cuanto que el pasado representado tiene conexión, por ininterrumpidas transiciones históricas, con el presente desde el cual se produce la novela histórica. Es por ello por lo que el tiempo histórico que maneja la novela no pertenece a un pasado ajeno o concluido, absoluto, ideal y sagrado (como el de la épica clásica), o atemporal, alegórico y simbólico (como el pasado mitológico). El tiempo pasado reconstruido por la novela histórica es un tiempo “histórico” en el sentido de que es un

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 29.

¹⁰⁹ Así lo advierte Celia Fernández Prieto al afirmar que incluso la obra de Scott tiene características románticas. *Vid. supra.*

¹¹⁰ Cfr. Noé JITRIK, *op. cit.*, p. 17.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 33

pasado contemporaneizado, inconcluso y en proceso de hacerse, que conecta con el presente también inconcluso.¹¹²

Además, en su postura teórica considera no sólo el acto de escritura en la novela histórica, sino que la concibe a partir de una forma de lectura, producto de un contrato con el lector, un conocimiento compartido y una tradición.¹¹³ Y advierte que lo histórico no depende de la distancia temporal, sino de la trascendencia de los acontecimientos para una sociedad determinada, por lo que no sólo contarán como fuentes los documentos escritos, sino también los testimonios orales para que la novela histórica se convierta en una representación discursiva de las versiones de los hechos históricos.¹¹⁴ Agrega que la postura ideológica no es determinante, puesto que se puede abordar la novela histórica desde una posición de fidelidad o cuestionamiento, tanto de los hechos, como del discurso hegemónico del poder.¹¹⁵

Ante esta apertura, pareciera que concibe a la novela histórica como una caja de sastre en la que cabe todo, pero por esta razón Celia Fernández Prieto aclara: “una novela histórica sólo llega a serlo cuando el lector identifica a algunos de sus componentes básicos como ‘históricos’ ”.¹¹⁶ Sin embargo, “no debe esperarse una fidelidad histórica rigurosa pues el escritor de ficciones actualiza el pasado para hacerlo inteligible a los lectores contemporáneos y para despertar así el interés de éstos hacia la historia”.¹¹⁷ En la novela histórica la vida privada de los personajes y el acontecer histórico estarán ligados en una

¹¹² María Cristina PONS, *op. cit.*, p. 60.

¹¹³ Cfr., *ibid.*, pp. 29-46.

¹¹⁴ Cfr. *ibid.*, pp. 56-58 y 64-66.

¹¹⁵ Cfr., *ibid.*, pp. 67-68.

¹¹⁶ Celia FERNÁNDEZ PRIETO, *op. cit.*, pp. 45-46. Según María Cristina PONS, “No serían históricas aquellas novelas donde los fundamentos y la dimensión histórica del acontecer histórico queden fuera del texto en la medida en que el material histórico ficcionalizado no tiene importancia o significado alguno por sí mismo dentro del mundo ficticio de la novela” *op. cit.*, p. 58.

¹¹⁷ Celia FERNÁNDEZ PRIETO *op. cit.*, p. 85.

relación de interdependencia, y la vinculación espacio-temporal será determinante en la configuración textual.

En estas novelas encontraremos imbricados elementos ficticios e históricos, los últimos serán identificables a partir de su localización en la diégesis, cuyas características históricas deben ser reconocibles para el lector¹¹⁸ y se referirán a un pasado más o menos distante, documentado históricamente.¹¹⁹ Por su parte, los elementos ficticios serán “los sucesos contados en una narración que, ontológicamente hablando, no dependen de una supuesta referencialidad histórica”,¹²⁰ esto es, que su existencia es afirmada sólo por el texto.

Resulta difícil, y sobre todo infructuoso para este análisis, pretender abarcar todas las características del género a lo largo de la historia literaria. Lo que nos interesa ahora es destacar los aspectos generales que singularizan a la novela histórica romántica y para ello nos apoyaremos en el estudio de Celia Fernández Prieto, quien señala como marcas genéricas las siguientes:

a) Un proyecto semántico-pragmático de reconstruir —de que el lector reconstruya imaginariamente— una época del pasado histórico, preferentemente la Edad Media.

Los textos de la serie ofrecen desde el título o en las primeras líneas del texto indicaciones cronológicas y topográficas precisas para situar los hechos que se van a narrar. Con ello subrayan la distancia temporal entre el pasado del mundo narrado y el presente del mundo real del lector.

¹¹⁸ Si bien son novelas que se pueden leer como mera ficción, son obras dirigidas a un lector con cierta competencia, capaz de reconocer los acontecimientos históricos, al menos en sus rasgos generales, referidos en la novela. Este conocimiento previo permitirá que la interacción del lector con el texto sea más enriquecedora pues permite ampliar el conocimiento y es susceptible de abrirse a cuestionamientos del lector al texto y del texto hacia el lector.

¹¹⁹ Cfr. *ibid.*, pp. 177-178. Aquí deseo aclarar que, a diferencia de Fernández Prieto, y de acuerdo con María Cristina Pons (*vid. supra*), consideramos también como históricas aquellas novelas que parten de testimonios orales que narran sucesos ocurridos poco antes de su elaboración narrativa, que conscientemente están haciendo historia, o cuyos acontecimientos fueron reconocidos posteriormente por la historiografía, pues de lo contrario no podríamos incluir en el género histórico novelas como *Calvario y tabor* de Vicente Riva Palacio o *El cerro de las campanas* de Juan A. Mateos.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 181.

b) La diégesis se constituye con elementos históricos (espacios, acontecimientos, personajes) y elementos inventados.

—En general los personajes históricos intervienen en la acción pero el protagonismo lo asumen personajes inventados que a menudo son representativos de un grupo social.

—Predominan los procedimientos descriptivos al servicio de una diégesis costumbrista y arqueológica.

c) La modalización dominante es la de un narrador omnisciente extradiegético caracterizado por:

—fingirse transcriptor o editor del manuscrito original que contiene el relato verídico de los sucesos (narraciones fenoménicas).

—presentarse como figura de saber [...] que transmite al lector las informaciones históricas extradiegéticas necesarias para el seguimiento y cabal comprensión de lo narrado.

—desarrollar sus funciones narrativa e ideológica (comentarios sobre la fiabilidad del manuscrito que le sirve de fuente, contraste entre el pasado y el presente, comentarios o digresiones morales, filosóficas, etc.).

—situarse en el mismo plano temporal del lector, el presente, en relación al pasado de la historia.

En este sentido, no cabe posible diferenciación entre este narrador y la figura del autor implícito.¹²¹

La función y la jerarquización de estas marcas variarán de acuerdo con la evolución del género, por lo que podremos encontrar novelas que privilegien la documentación histórica y la descripción detallada, o el “color local” (novela histórica arqueológica); aquellas en las que la acción y la intriga es preponderante por lo que el elemento histórico se vuelve más tenue (novela histórica folletinesca), y las que acentúan la presencia del narrador omnisciente como autoridad que interpreta y analiza para imponer una ideología determinada (novela histórica de tesis).¹²²

Sin olvidar la gran deuda que las novelas históricas mexicanas tienen con las europeas, cuya influencia es innegable, gracias a las propuestas de María Cristina Pons y de Celia Fernández Prieto podremos realizar un estudio, en los siguientes capítulos, que no pase

¹²¹ *Ibid.*, pp. 101-102.

¹²² Cfr. *ibid.*, pp. 102-103.

necesariamente por el filtro de las novelas europeas, o de los modelos de novela histórica europea.

Las propuestas y planteamientos teóricos expuestos y contrastados en este capítulo servirán para facilitar el análisis en los siguientes: el primer apartado nos permitió delimitar el campo de estudio, la literatura y la representación literaria, por lo que la fidelidad histórica, o la veracidad en los planteamientos de las novelas, no será objeto de atención en las siguientes páginas, ni se le considera aquí como un criterio de valoración literaria; en el segundo apartado se expuso una concepción de romanticismo que resulta sumamente abarcadora —al tiempo que clara en describir sus aspectos y trascendencia—, a partir de la cual es posible identificar y analizar algunas características de las novelas que se estudiarán en los siguientes capítulos; el último apartado nos ubica en una perspectiva teórica que facilitará la comprensión, en su especificidad histórica y literaria, de estas obras. Finalmente, el concepto de resemantización, empleado por Gerardo Bobadilla Encinas, nos permitirá asumir el fenómeno de apropiación de los géneros y las corrientes de pensamiento europeas que tuvo lugar en la literatura mexicana. Pasaremos ahora al abordaje de las obras propuestas.

Corrupción y decadencia: la representación de la sociedad colonial yucateca

en *La hija del judío* de Justo Sierra O'Reilly

La hija del judío fue publicada como folletín del 1º de noviembre de 1848 al 25 de diciembre de 1849, en Campeche, en el periódico *El Fénix*, a cargo del propio Sierra O'Reilly (1814-1861), quien firmó su novela con el anagrama "José Turrisa". El autor vio la luz en el seno de una familia de escasos recursos. Gracias al apoyo de algunos religiosos pudo realizar sus estudios menores y continuar hasta alcanzar el grado de doctor en Derecho Civil y Eclesiástico. Desde muy temprana edad se vinculó con las ideas liberales, y colaboró de manera cercana con Santiago Méndez Ibarra, gobernador liberal de Yucatán en varios momentos, y fue su emisario, en los Estados Unidos, para negociar la posible anexión de Yucatán. Tras fracasar en su misión, regresó en junio de 1848 y fundó *El Fénix*, en el cual, además de su novela, publicó varios artículos en los que emitía su opinión en torno a la situación política de Yucatán.

La hija del judío es, en apariencia, la historia de amor de dos jóvenes cuya unión se ve imposibilitada a causa de que la heroína, María, está estigmatizada y la Inquisición quiere secuestrar los bienes que aún le quedan después de que su padre, acusado de practicar el judaísmo, fuera encarcelado por dicha institución. Pero el relato del conflicto amoroso, así como el acontecimiento histórico de la hambruna que se desató durante el gobierno del conde de Peñalva (1649-1652),¹²³ son apenas un pretexto para recrear la época colonial, con sus corporaciones enfrentadas por intereses políticos y económicos, y vincularla con el presente del narrador extradiegético: el de 1848, que emite juicios y alude

¹²³ Véase LÓPEZ COGOLLUDO, "El gobierno del conde de Peñalva" en *Historia de Yucatán*, 5ª ed., prologada por J. Ignacio Rubio Mane, México, Academia Literaria (Grandes Crónicas Mexicanas, III), 1957, pp. 742-744.

a su lector contemporáneo, el que leería la novela en las páginas de un periódico con claras tendencias políticas, entre los juicios y comentarios del autor real comprometido con su actualidad.

Aunque el resumen de la novela no es muy alentador porque quizá nos sugiere tópicos decimonónicos mexicanos, como el maniqueísmo que enfrenta lo español-malo contra lo criollo-bueno; la denuncia en tono lastimero de los horrores de la Inquisición y la exaltación del heroísmo de los criollos que se oponen a ésta y otras instituciones, exponiendo su vida y soportando vejaciones; o el panfleto del desgastado discurso liberal; si se avanza un poco más en el análisis, el lector quedará bastante sorprendido ante la complejidad de las relaciones políticas y sociales que recrea *La hija del judío*.

Me ceñiré a analizar los rasgos generales de la estructura social, los defectos y virtudes que se atribuyen a cada estrato, y el simbolismo de las ruinas que se vinculan con el presente de la enunciación. Éstos se hacen evidentes gracias al relato y descripciones del narrador hetero y homodiegético, así como a las evocaciones de un padre jesuita, apellidado Noriega, quien describe a su pupilo, el amante de María, los males que ha sufrido la provincia. Como narrador metadieético,¹²⁴ Noriega ejemplifica, ahonda en ciertos temas y da mayor credibilidad a las observaciones del narrador, quien se presenta desde un principio como historiador que ha revisado “viejos y apolillados papeles” para contar su historia.¹²⁵

¹²⁴ De acuerdo con los niveles narrativos que destaca Gérard Genette, “L’instance narrative d’un récit premier est [...] par définition extradiegetique, comme l’instance narrative d’un récit second (metadiegetique) est par definition diegetique” [La instancia narrativa de un relato primero es [...] por definición extradiegetica, como la instancia narrativa de un relato segundo (metadiegetica) es por definición diegetica]. (*Figures III*, Paris, Éditions du Seuil (Poétique), 1972, p. 239. La traducción es mía.) En la medida en que Noriega, personaje de la diégesis, introduce un relato en segundo grado, en la marco de la narración a cargo del extradieético, es un narrador metadieético.

¹²⁵ Justo SIERRA O’REILLY, *La hija del judío*, 2 t., 2a. ed., edición y prólogo de Antonio CASTRO LEAL, México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos, 79-80), 1982, t. I, p. 10. Para un análisis más profundo

También cabe advertir que en la novela se recrea una época entera, la colonial: a pesar de que los acontecimientos narrados se ubican a mediados del siglo XVII (el relato primero abarca alrededor de tres meses —comenzando en mayo de 1660— y el segundo se remonta diecisiete años atrás para narrar acontecimientos de una duración aproximada de un año), se hacen constantes alusiones a gobernadores, virreyes y obispos que ejercieron sus funciones en diferentes periodos de la Colonia,¹²⁶ en una comparación que pone de manifiesto la decadencia paulatina del sistema, cuyas consecuencias percibe el narrador aún en la época independiente. Priva así en la novela una concepción de continuidad que no sólo atañe al tiempo, sino también al espacio, en la medida en que algunos edificios que aparecen en la novela son vestigios del pasado que permanecen en el presente de la enunciación.¹²⁷

En cuanto a los personajes, funcionan como ejemplos representativos de la institución o del grupo al que pertenecen, y en esta medida contribuyen a dar una imagen de la estructura y las relaciones sociales que se atribuyen a la época recreada.

de la función del narrador y del padre Noriega véase Verónica HERNÁNDEZ LANDA VALENCIA, “Una novela de la Historia: *La hija del judío*. Una aproximación”, tesis de licenciatura, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 2006, pp. 35-82.

¹²⁶ Entre ellos están los gobernadores: [Diego] Quijada [1561-1564], [Gillen de las] Casas [1577-1581], [Diego Zapata de Cárdenas] marqués de Santo Floro [1637-1642], *García Valdés de Osorio conde de Peñalva* [1652-1653], *José Campero* [1660-1662], Juan José Vértiz y Ontañón [1715-1719], Santiago de Aguirre [1734- 1736], Benito Pérez Valdelomar [1800-1810], y dos posteriores a la Independencia [José Segundo] Carvajal [1831] y [Francisco de P.] Toro [1834-1835]. Los virreyes: Antonio de Mendoza [1535-1550], Baltasar Zúñiga marqués de Valero [1716-1722] y Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta [1734-1740]. Los obispos: de Yucatán, Juan Gómez Parada [1617-1628] y Domingo de Villaescusa Ramírez de Arellano [1651-1652]; y de Chiapas, fray Bartolomé de las Casas [1543-1545]. Así como religiosos y letrados que publicaron sus historias de Yucatán durante el periodo colonial: el padre [Diego López] Cogolludo [1688], el padre [Bernardo de] Lizana [1633], el bachiller [Francisco de Cárdenas] Valencia [1639], y el doctor Pedro Sánchez de Aguilar y Galiano [1615]. Ellos, junto con otros más, aparecen entre las páginas 152-152, 286-293 del primer tomo, y 222-224 del segundo. También encontramos como personaje histórico a don Gaspar Gómez y Güemes (o “de Güemes”) quien era miembro del cabildo eclesiástico desde antes de 1676, aunque es difícil localizar datos sobre este personaje. Registro los nombres tal como aparecen en la novela, la información entre corchetes la agregué yo, y las fechas se refieren exclusivamente al periodo en que cada uno de los personajes históricos ejercieron sus funciones o al año en que se publicaron sus obras.

¹²⁷ Ahondaré en estas afirmaciones en el segundo apartado de este capítulo.

1. Corrupción, centralismo y decadencia

Como era de esperarse, en esta novela el rey de España está ausente. Se alude a Felipe IV¹²⁸ para recalcar que desconocía la ubicación de la provincia de Mérida: Noriega relata que cuando un enviado del cabildo fue a contarle al monarca las injusticias que cometían contra los yucatecos desde la época de la conquista, Felipe IV:

airóse sobremanera contra los ministros, hizo llamar al presidente del Consejo de Indias y le previno que en lo sucesivo fuese mejor tratada su *predilecta* provincia de Yucatán, encargándose al virrey del Perú tuviese especial cuidado en su administración. ¡Ni siquiera sabía cuál era la posición geográfica de Yucatán!¹²⁹

Queda claro entonces que uno de los problemas es el desconocimiento absoluto de los lugares sujetos a la Corona y, por consiguiente, de quiénes y cómo gobiernan estos sitios. Por otra parte, está la corrupción: pocas de las numerosas quejas que llegan hasta el rey son atendidas y los solicitantes están conscientes de que el soborno es un aliciente para que los tomen en cuenta, aunque de ninguna manera una garantía.¹³⁰

Los virreyes se encuentran lejanos a los acontecimientos e intervienen muy poco en la vida de Yucatán: resultan nocivos, como el marqués de Valero, cuando mantienen una política centralizadora que trata de someter a la provincia.¹³¹ Sin embargo, existen virreyes “ilustrados”, como Antonio de Mendoza, cuya prudencia evitó la guerra civil que estuvo a punto de producirse ante la conmoción que provocaron las leyes de indias promovidas por

¹²⁸ Felipe IV reinó entre 1605 y 1665.

¹²⁹ Justo SIERRA O'REILLY, *op. cit.*, t. I, p. 150.

¹³⁰ Véase, para el caso específico de las quejas al rey, *ibid.*, t. I, pp. 184-185. Véase también el caso, referido por el narrador, de Juan de Zubiaur, un personaje poderoso gracias a su riqueza y a que sus peticiones al monarca siempre van acompañadas de suntuosos regalos (Cfr. t. I, p. 28).

¹³¹ *Ibid.*, t. I, p. 290.

el obispo fray Bartolomé de las Casas.¹³² O aquellos que, a pesar de sus esfuerzos por mantener la legalidad, se encuentran atados de manos ante el influyentismo de personajes como el conde de Peñalva quien, a pesar de haber un gobernador nombrado en la provincia, logró enajenar ese puesto para sí.¹³³ Con la presencia de los virreyes se ilustra la problemática del centralismo: de sus cualidades personales depende que sean benéficos para la provincia, aunque poco pueden hacer contra el influyentismo y la política que impone gobernantes ajenos a las problemáticas de la provincia. Y a partir de la exposición de estos conflictos se insinúa la necesidad de que Yucatán tenga cierta independencia en su gobierno.

La presencia más nociva para la provincia parecería ser la del gobernador. Al menos esa es la impresión que nos queda después de leer las iniquidades que, según cuenta el padre Noriega, cometió el conde de Peñalva durante sus dos años de gobierno: explotó a los indios, que terminaron por rebelarse matando algunos encomenderos y personas nobles de la ciudad; monopolizó el grano de maíz hasta provocar una hambruna terrible que trajo consigo la peste; obligó a los encomenderos a pagarle un porcentaje del producto de sus haciendas sin recibir nada a cambio; ofendió a las damas más notables de la ciudad con su lujuria impertinente e incontrolable, y acosó a todo aquel que se opuso a sus iniquidades. Aprovechando el sistema de depredación que imperaba en la provincia, se puso de acuerdo con el inquisidor de Mérida para encarcelar al padre de María e incautar todos sus bienes.

Pero el conde de Peñalva no es la sinécdoque inductiva de los gobernadores de Yucatán. Prueba de ello es que el narrador da un panorama histórico de las modificaciones positivas a la Casa de Gobierno, así como de las obras públicas que beneficiaron a la

¹³² *Ibid.*, t. I, p. 151.

¹³³ *Ibid.*, t. I, p. 160-161.

ciudad, asimismo elogia a Juan Vértiz por su oposición al centralismo de la política virreinal.¹³⁴ También está Alonso de la Cerda, “sujeto generalmente honrado y respetado en toda la provincia”,¹³⁵ que gobernó con rectitud en dos ocasiones, y José Campero quien, a pesar de su carácter débil y supersticioso, trató de remediar algunos males de Yucatán.

El ejemplo del conde de Peñalva es representativo de un sistema que favorece la depredación y la corrupción de los gobernadores que, al ser “extranjeros” y su puesto asignado por méritos —no siempre personales o reales— o por recomendaciones familiares, “no tenían otro empeño que enriquecerse, hacer su negocio y marcharse cuanto antes de un país que les ofrecía pocos atractivos”.¹³⁶

Por su parte, los obispos tienen en general características más o menos positivas: procuran remediar los males de la provincia o por lo menos no involucrarse demasiado en las injusticias que se traman —contra la hija del judío, por ejemplo—. Su pecado es, entonces, cierta pasividad política.¹³⁷

Dentro del clero secular se menciona también a un comisario del Santo Oficio: el Deán don Gaspar Gómez y Güemes, pintado con los más terribles colores debido a sus funciones como inquisidor. Codicioso, corrupto, vengativo, inescrupuloso, soberbio, arbitrario y algo tonto, representa a una institución caracterizada por similares atributos.¹³⁸ Él será el principal perseguidor de la hija del judío, pero no podría llevar a cabo sus planes si no contara siempre con la aquiescencia de una institución que, sin cuidarse de la legalidad de los medios, procura aumentar su caudal, o con la colaboración de gobernadores corruptos y sirvientes hipócritas y mercenarios, así como con la pasividad de

¹³⁴ Véase *Ibid.*, tercera parte, capítulo I.

¹³⁵ *Ibid.*, t. I, pp. 1-2.

¹³⁶ *Ibid.*, t. I, p. 290.

¹³⁷ Cfr., *Ibid.*, t. I, p. 55.

¹³⁸ Cfr., *Ibid.*, t. I, pp. 125, y t. II, pp. 156-157.

los obispos y el temor de los ciudadanos, en una sociedad trastocada, donde “pertener al Tribunal de la Inquisición y participar de sus odiosos atentados” se ha convertido en un honor.¹³⁹

Del clero regular se mencionan particularmente a jesuitas y franciscanos. Los primeros son sumamente poderosos en esta novela, conocen los secretos de casi todos los personajes, sobre los que tienen una enorme influencia, y exigen la obediencia absoluta de aquellos a quienes están dispuestos a ayudar. Se caracterizan por su rebeldía —tienen una imprenta clandestina—¹⁴⁰ y sus ideas no ortodoxas —que se oponen a las arbitrariedades de la Inquisición—, así como por su labor educativa en la provincia. El Prepósito de San Javier, el alma de la intriga en esta novela, deseaba que los bienes de María fuesen destinados a la Compañía de Jesús para impulsar la educación, aún sabiendo que el secuestro de las propiedades era ilegal. Sin embargo, cuando ya no hubo manera de quedarse con esos bienes, decidió defender a la joven y facilitar su matrimonio con don Luis de Zubiaur, el pupilo del padre Noriega, a cambio de la cesión de algunos bienes. Ante todo, el Prepósito defiende los intereses de la Compañía, los cuales se legitiman por el hecho de estar encaminados a la educación.¹⁴¹

Por su parte, los franciscanos son otro grupo de poder cuyas alianzas o querellas con gobernadores y obispos dependen de cómo éstos se opongan o favorezcan sus “doctrinas y

¹³⁹ Cfr., *Ibid.*, t. I, p. 55.

¹⁴⁰ Es importante llamar la atención sobre el hecho de que la imprenta llegó a Yucatán en 1813. De manera que con la atribución de una imprenta clandestina a los jesuitas, durante la primera mitad del siglo XVII, se acentúa el espíritu rebelde de la Compañía, que se extiende a sus alumnos, pero, sobre todo, se sitúan los orígenes de la ideología liberal en un pasado remoto para legitimizarla y fortalecer, de la misma manera, los lazos de continuidad entre el pasado y el presente. Igualmente se acentúa la idea de la “opresión” en que vivía la provincia a causa del régimen centralista, sobre todo si tomamos en cuenta que ya en 1539 había imprentas autorizadas en la ciudad de México.

¹⁴¹ Cfr. *Ibid.*, t. I, p. 11. No debemos olvidar que los jesuitas educaron a los criollos independentistas.

sus rentas”,¹⁴² pues “sin embargo de ser mendicantes, son la gente más rica y poderosa de la provincia, y por lo mismo les sobran medios para sostener una guerra vigorosa contra sus adversarios”.¹⁴³ Aunque Noriega admite que hay excepciones, como las que se opusieron a las iniquidades de Peñalva, son un grupo cerrado y como tal defendieron el mal gobierno del conde porque favorecía sus intereses.

Hasta ahora se han mencionado altos cargos oficiales e instituciones fundamentales del sistema colonial, y hay que aclarar que pocas veces el narrador o el padre Noriega mencionan el origen de los personajes. Parece que el problema no consiste en que gobiernen los criollos o los españoles peninsulares, sino en la centralización y decadencia de un gobierno que impone instituciones y autoridades ajenas a las problemáticas de la provincia.¹⁴⁴ Percibimos que los buenos o malos gobiernos dependen de la voluntad y el carácter de los que ostentan altos cargos en un sistema que favorece la corrupción, donde los conflictos de intereses, generalmente mezquinos, frenan el progreso.

El vicio y la corrupción, en esta novela, no se atribuyen exclusivamente a las altas esferas de poder. Don Juan de Zubiaur, representante de los cabildos yucatecos y comerciante, no es retratado con los mejores colores: “oráculo de la villa, no tanto por su ilustración que en verdad no era muy alta que digamos sino por su influjo en ambas Cortes y por el valer que le dieron sus cuantiosas riquezas”.¹⁴⁵ Zubiaur cuida sus propios intereses. Es un hombre fatuo que se envanece de su pureza de sangre española. Y ese mismo orgullo

¹⁴² *Ibid.*, t. I, p. 239.

¹⁴³ *Ibid.*, t. I, p. 256.

¹⁴⁴ “es un sistema opresor, calculado, al parecer, para aburrir y exasperar a los buenos vasallos. En la América, sobre todo, en donde éstos se encuentran a una inmensa distancia del centro de poder, en donde es más larga la cadena de ambiciones que han de satisfacerse, y en donde la corrupción está regida en principio, apenas hay esperanzas” (*Ibid.*, t. I, p. 185).

¹⁴⁵ *Ibid.*, t. I, p. 29.

lo comparte el cabildo de Valladolid, raza pura que desciende de los primeros conquistadores.¹⁴⁶

Los cabildos se integran con españoles y criollos de la élite yucateca, generalmente poco ilustrados, que se enfrentan a cualquiera que amenace sus intereses. A veces sus labores son benéficas para la sociedad: se unieron en una Santa Hermandad para juzgar y condenar a muerte al conde de Peñalva por los abusos e injusticias que había cometido. Sin embargo, las preocupaciones egoístas hicieron que esta asociación degenerara en criminal cuando el asesinato se convirtió en herramienta para cubrir las espaldas de sus miembros.

Sólo unos cuantos personajes, criollos o españoles, tienen una conducta intachable, entre ellos están don Alonso de la Cerda, su esposa y los amantes de esta historia, que tienen que huir a Portugal, un país independiente, para escapar de la Inquisición.

El pueblo bajo tiene connotaciones negativas. Lo integran mercenarios: capitanes contrabandistas, carceleros y hortelanos, gente peligrosa porque revela secretos que no les pertenecen o que sirven a ciertos grupos de poder con fines ilícitos. Los más nocivos subsisten gracias a una organización que les permite realizar actividades ilegales: autoridades viciadas y un monopolio comercial que trae como consecuencia necesaria la corrupción y el contrabando:

Existiendo en la prolongada extensión de nuestras costas un solo puerto, que era el de Campeche, y situado éste en la extremidad de la parte poblada de la península, los perjuicios y privaciones a que estaba expuesta la mayor parte de la provincia, con una limitación semejante, apenas pueden calcularse. Además, las trabas y restricciones que se encontraban en el único puerto habilitado eran tales, que sólo conducían a hacer más gravosa la adquisición de los frutos y efectos de la madre patria, mientras que dos o tres comerciantes eran los únicos que podían hacer el inmenso tráfico con inmensos aprovechamientos y ganancias.¹⁴⁷

¹⁴⁶ Cfr., *ibid.*, t. I, pp. 211-212.

¹⁴⁷ *Ibid.*, t. II, pp. 85-86.

Finalmente están los indígenas, explotados tanto en el campo como en la ciudad. Son un arma política peligrosa en manos de los gobernadores y una amenaza constante para la élite yucateca que vive con el temor de que sus protestas ante el gobierno se conviertan en un aliciente para la insurrección de los indígenas, que “profesaban a nuestra raza un odio ciego y brutal, y que han estado, están y estarán siempre en la expectativa de una ocasión favorable para emprender contra nosotros una guerra de exterminio”.¹⁴⁸

Así, las masas de ninguna manera parecen capacitadas para la participación política, y tampoco se vislumbra una posible integración sana entre éstas y los grupos dirigentes. Funcionan como antagonistas o sirvientes interesados. Sus fines y sus medios no son legítimos, y los jesuitas procuran alejarlos cuando ya no son útiles para realizar sus objetivos.

2. Las ruinas del presente

A partir del retrato de diversos sectores de la sociedad, podemos observar una red de relaciones sumamente intrincada y compleja, donde priva la defensa de intereses de grupo, o incluso personales, y el bienestar de la provincia es un problema secundario.

El padre Noriega considera que la independencia de las colonias es una consecuencia necesaria de los problemas que genera el monopolio, la corrupción y el centralismo del gobierno español:

—[...] es un sistema opresor, calculado, al parecer, para aburrir y exasperar a los buenos vasallos. En la América, sobre todo, en donde éstos se encuentran a una inmensa distancia del centro de poder, en donde es más larga la cadena de ambiciones que han de satisfacerse, y en donde la corrupción está regida en principio, apenas hay esperanzas de remedio.¹⁴⁹

¹⁴⁸ *Ibid.*, t. I, p. 256.

¹⁴⁹ *Ibid.*, t. I, p. 185.

—[...] Todas las naciones de la tierra, sin exceptuar una sola, nacen, crecen, se robustecen, llegan al pináculo del poder y del engrandecimiento, y después se debilitan, vacilan y al fin caen [...] la corrupción de la corte no hace sino limar más y más la cadena que une a tantos pueblos en uno solo [...] ¿No sabes lo que acaba de ocurrir en Portugal? Nuestra patria llegó a su apogeo en el pasado siglo. De hoy más, su marcha será retrógrada y caerá del todo, si una nueva generación no abre la carrera de las reformas políticas y, sobre todo, sociales.¹⁵⁰

Y como esto es imposible en la época que viven Luis y María, los jóvenes educados por los jesuitas, deben huir al Portugal independiente.

¿Pero acaso esta novela propone que todos los males se solucionarán con la independencia? De ninguna manera, pues ocurre que, además de retratar y atravesar con un ojo crítico una “supuesta” sociedad colonial, el narrador alude con frecuencia a su presente decimonónico, en el que se encuentran las ruinas que recuerdan constantemente un pasado que aún no ha sido superado:

Aquellos mis lectores que, como yo, conozcan detalladamente la ciudad de Mérida, recordarán sin duda el aspecto fúnebre y ruinoso de cierta casa que, allá en tiempos remotos, perteneció a una familia ilustre. Acompañenme hasta el ángulo noroeste de la Plaza Mayor [...] En la esquina occidental de [la] segunda cuadra existen las ruinas de la casa referida. ¿No es verdad que su apariencia es melancólica, y más cuando se reflexiona en el contraste que representan las ruinas en medio de un pueblo animado? ¿No es verdad que este montón de escombros en el corazón mismo de una bella capital, es en alguna manera repugnante?¹⁵¹

Como se vio en el primer capítulo de este estudio, para el romántico las ruinas son el pasado que vive el presente. En este caso tienen una connotación negativa: afean el panorama del presente narrativo, y no precisamente en las zonas marginales. No son rescoldos casi invisibles, sino que afectan al corazón mismo de la capital.

La Casa de Gobierno es otro ejemplo de ruinas: en el primer capítulo de la tercera parte se describen todas las modificaciones que ha sufrido esta construcción, símbolo o

¹⁵⁰ *Ibid.*, t. I, p. 186.

¹⁵¹ *Ibid.*, t. I, p. 1.

metáfora del gobierno, a lo largo de la historia. Siendo la ciudad “propietaria antiquísima y primitiva de esa casa”,¹⁵² fue usurpada por los gobernadores que no tenían residencia asignada, cuyos gastos tenía que cubrir el Cabildo porque la Corona no se hizo cargo nunca. Podemos observar que el edificio de gobierno, literal y metafóricamente hablando, vivió mejoras positivas, generalmente a costa del Cabildo, pero también surgieron defectos que subsisten hasta el presente narrativo.¹⁵³ Los cambios se asemejan a una serie de parches: algunos aseguran una mejor apariencia y muy pocos otorgan funcionalidad a esa “raquílica y mezquina construcción”.¹⁵⁴ Con la Independencia, “las mejoras no han sido gran cosa”¹⁵⁵ e incluso ha habido que deshacer algunas modificaciones, por inservibles, en una de tantas mutaciones de gobierno.

En el primer capítulo de la quinta parte, el narrador deja las metáforas y hace comparaciones directas entre el pasado y el presente en las que advierte que pocas cosas han cambiado:

Del poder absoluto e ilimitado de la época colonial, hemos pasado al gobierno más amplio y liberal, que reconocen las teorías de los publicistas modernos; pero ese cambio ha de ser y será, por fuerza, nominal, mientras se le haga consistir solamente en fórmulas y palabras muy sonoras, cuando se pronuncian en la tribuna, y vacías cuando se trata de aplicarlas.

Tenemos, se dice, un gobierno republicano, representativo, popular. Más todavía; ese gobierno es federal, y cada estado conserva su soberanía e independencia, con las limitaciones —muy pocas en verdad— que se ha tenido por conveniente introducir, para formar una masa indigesta que constituye el poder nacional. Y decís que eso basta y que “somos republicanos, viva la libertad”. Los que decís tal cosa, creyéndolo, carecéis de sentido común porque el oropel os parece oro; y si lo decís sin creerlo, sois unos refinados hipócritas y bellacos, que no merecéis la indulgencia de vuestros compatriotas.

[...]

Los Ayuntamientos de hoy son los Cabildos de marras, sin peluca y espadín, con todos los inconvenientes del flujo y reflujo de caras nuevas, sin ninguna de sus verdaderas ventajas. Son de elección popular; está bien, no lo disputemos; pero ¿eso es bastante?¹⁵⁶

¹⁵² *Ibid.*, t. I, p. 286.

¹⁵³ Cfr. *ibid.*, t. I, p. 289.

¹⁵⁴ *Idem.*

¹⁵⁵ *Ibid.*, t. I, p. 292.

¹⁵⁶ *Ibid.*, t. II, pp. 220-221.

Este narrador considera que el buen gobierno republicano debe emanar del poder municipal, pues “Ilustración, moralidad, virtudes, todo esto [...] no es más que la consecuencia necesaria de una buena organización municipal”.¹⁵⁷

Por otro lado, el hecho de que los jesuitas sean los encargados de solucionar los conflictos de la novela nos sugiere que hay una apuesta por la educación que, con el fortalecimiento del poder municipal, traerá el progreso y la ilustración a la provincia.

No es aquí el lugar para discutir la certeza o no del narrador en cuanto a su propuesta ideológica, pero sí para invitar a la reflexión y destacar que las problemáticas que manifiesta, como la corrupción, el centralismo, el monopolio, los regímenes de carácter nominal, el elitismo y el distanciamiento del conflicto indígena, son sumamente complejas y actuales, como resultado de la inserción del liberalismo económico y político en la circunstancia mexicana.

3. Motivaciones históricas en la recreación de la Colonia

¿Qué pasa en Yucatán, durante sus primeras décadas de independencia, para que la novela de Sierra O'Reilly haga tanto énfasis en problemáticas como el centralismo, el monopolio y la corrupción?¹⁵⁸ En primer lugar, hubo una pugna constante con la capital del país para lograr cierta independencia y libertad en cuanto a la forma de ejercer el gobierno y el comercio. En la constante sucesión entre políticas centralistas y federalistas en México, Yucatán —pero sobre todo los comerciantes de Campeche— se resistió al centralismo, lo

¹⁵⁷ *Ibid.*, t. II, p. 121.

¹⁵⁸ Para el resumen de la situación histórica de Yucatán a principios del siglo XIX me basé sobre todo en la obra de Melchor CAMPOS GARCÍA, “*Que los yucatecos todos proclamen su independencia*” (*Historia del secesionismo en Yucatán, 1821-1849*), Yucatán, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 2002.

cual derivó en dos intentos separatistas por parte de la península, el primero tuvo lugar entre 1840-1841 y el segundo entre 1845-1848.

Por si eso no fuera suficiente, en la década de 1840, al interior de Yucatán, se suscitó una tremenda lucha entre dos bandos políticos: los comerciantes, representados por Santiago Méndez, y los hacendados —antiguos encomenderos—, encabezados por Miguel Barbachano. Cada uno de estos bandos pugnó por instalarse en el poder para defender sus privilegios y satisfacer las necesidades de grupo. Los primeros se caracterizaron por una política liberal con más vínculos con el extranjero y pugnaron por el fortalecimiento del comercio en Campeche y el control de la producción de toda la provincia que salía hacia el exterior, así como por el estímulo de la pequeña propiedad privada para el crecimiento de la ganadería y el grupo social encargado de este ramo de la economía (una clase media en formación).

En cambio, los hacendados de Mérida y Valladolid —ganaderos y agricultores—, cuya política y costumbres estaban más arraigadas a la tradición hispánica y conservadora, procuraron el fortalecimiento del puerto de Sisal, en Mérida, para comerciar sus productos, con Cuba y España sobre todo, sin pagar el almacenamiento y los controles comerciales en Campeche. Además, se resistieron a las tendencias liberales que concedían la ciudadanía a los indígenas, pues daban la posibilidad a estos últimos de resistirse al dominio y control que los hacendados ejercían por medio del peonaje, y cuya producción dependía en gran medida del trabajo indígena; igualmente se opusieron al estímulo de la pequeña propiedad privada ganadera puesto que representaba una competencia que dificultaría la distribución de sus productos.

La lucha entre campechanos y yucatecos llegó a las armas y ambos bandos emplearon a los elementos indígenas para vencer a su rival: les prometieron liberarlos de

impuestos onerosos, reducir sus deudas, darles libertad, pero nada cumplieron. Los indígenas, obviamente irritados, y armados gracias a las pugnas partidistas, iniciaron en 1847 la rebelión que se conocería como la “guerra de castas”. De manera que no es gratuito que en la novela los indígenas aparezcan como una amenaza. A los problemas mencionados, además, hay que agregar que en el siglo XIX los indígenas habían vivido una serie de conflictos con los hacendados que constantemente asediaban sus tierras, con los ganaderos, cuyos animales pastaban libremente y amenazaban las milpas, y con la constante promoción de la pequeña propiedad privada, que los despojaba de las propiedades comunales y les reducía los terrenos cada vez más cuando sus sistema de cultivo, la roza, exigía la disponibilidades de grandes extensiones de tierra.¹⁵⁹

Revisando los acontecimientos previos a la escritura de la novela, resulta lógico que se busque el origen de las problemáticas en el pasado y que la sociedad colonial sea vista como una serie de corporaciones en pugna que procuran la satisfacción de los intereses de grupo, o incluso personales —crítica de la que ni siquiera se salva el representante del cabildo campechano, a pesar de que Justo Sierra O’Reilly pertenecía al bando mendecista y su suegro era nada más y nada menos que Santiago Méndez—. En esta pugna, los grupos que explotan al indígena —los gobernadores, los franciscanos y los encomenderos— son retratados como los más nocivos puesto que en ellos puede verse la raíz de unos de los mayores males que azotan a la provincia.

Y si bien es cierto que para finales de 1848 la guerra de castas ya había sido prácticamente sofocada con ayuda del gobierno *federalista* de México, al que se reincorporó Yucatán en agosto del mismo año, y con ello terminaban aparentemente los

¹⁵⁹ Para estudiar el aspecto agrario del conflicto véase Arturo GÜEMEZ PINEDA, *Liberalismo en tierras del caminante. Yucatán 1812-1840*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1994.

problemas de la provincia, no olvidemos que el narrador considera que las transformaciones han sido de carácter puramente nominal y que el bando vencido fue justamente el de los mendecistas, de manera que Sierra O'Reilly escribe desde una segunda periferia, la de los yucatecos vencidos, y será el censor que vigile y censure cada uno de los desaciertos del gobierno.

La circunstancia particular de Yucatán determina que en la novela no se recree el conflicto criollo *versus* español peninsular —motivo recurrente en la literatura mexicana del siglo XIX para caracterizar el clima social durante la Colonia—, pues al parecer no fue determinante en el desarrollo de la sociedad yucateca: los encomenderos, muchos de ellos llamados beneméritos por ser descendientes de los primeros conquistadores, acapararon pronto los territorios más ricos y se convirtieron en una élite con la que los peninsulares recién llegados no se mostraron muy interesados en competir, sobre todo tomando en cuenta que Yucatán no ofrecía muchos recursos para enriquecerse. Por otro lado, se integraron con cierta facilidad con los comerciantes de Campeche, de tal manera que el conflicto entre españoles y criollos en Yucatán no tuvo las mismas resonancias que en el centro del país.¹⁶⁰

Que no haya una condena a la Iglesia en su conjunto —otra perspectiva decimonónica— se puede explicar por el hecho de que, para el siglo XIX, la secularización en esa zona era prácticamente un hecho consumado al que, según Justo Sierra O'Reilly, los religiosos no opusieron demasiada resistencia,¹⁶¹ y sobre todo porque los jesuitas,

¹⁶⁰ Véase Victoria GONZÁLEZ MUÑOZ, *Cabildos y grupos de poder en Yucatán (siglo XVIII)*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla (Sección Historia. V Centenario del descubrimiento de América), 1994, pp. 133-145.

¹⁶¹ Si bien durante el siglo XVII hubo gran resistencia de los franciscanos a la secularización, al grado de que se les atribuyera el asesinato del obispo Juan de Escalante (Cfr. Antonio RUBIAL GARCÍA “La mitra y la cogulla. La secularización palafoxiana y su impacto en el siglo XVII” en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, Zamora, El Colegio de Michoacán, v. XIX, núm. 73, Invierno 1998, pp. 256-258), de acuerdo con

expulsados a mediados del siglo XVIII, tuvieron una influencia benéfica en el ámbito educativo, tal como lo asegura el narrador: “no hicieron sino mucho bien, difundiendo las luces entre la ignorante juventud de aquellos tiempos”.¹⁶² A ello hay que agregar que su posesión de haciendas no fue lo suficientemente significativa como para que los obispos o la Real Hacienda se fijaran demasiado en ellas y surgieran serios conflictos.¹⁶³ Y, por si no fuera suficiente lo mencionado arriba, se debe advertir que el mismo Sierra O’Reilly tenía dos hermanos que pertenecían al clero y sus relaciones con esta institución no eran de ninguna manera ríspidas.

4. *El futuro en sus manos*

Definitivamente, el centralismo, las pugnas partidistas y el problema indígena son los temas controversiales a los que se enfrenta la sociedad yucateca en el siglo XIX, los mismos que se atribuyen a la Colonia recreada y a los que se propone dar una solución.

No hay rechazo del pasado español, tan es así que se alude con nostalgia —muy propia del romanticismo— a las buenas costumbres del pasado como

esa cena agradable y succulenta que las costumbres modernas, haciendo una ruina y sórdida innovación, contra la cual protestan todavía los buenos gastrónomos, han abolido ya, como abolieron también la vieja costumbre patriarcal de comer a las doce del día, tomar un segundo chocolate a las tres de la tarde y merendar a puesta de sol. Y entonces ¡oh tiempos venturosos y de grata recordación!, no se presentaba ningún caso de apoplejía [...].¹⁶⁴

Adriana Delfina Rocher Salas, los franciscanos perdieron influencia y prestigio paulatinamente, a raíz de sus conflictos internos y externos, así como por la tendencia secularizadora de la política de los borbones, por lo que, conforme avanzó la segunda mitad del siglo XVIII: “De protagonistas pasaron a ser simples testigos de cargo en los enfrentamientos entre las distintas instancias de poder locales” (“La actividad de las órdenes religiosas en Campeche. Siglo XVIII”, tesis doctoral dirigida por Gisela von Wobeser y Rosa Martínez de Codes, Madrid, Universidad Complutense de Madrid: Facultad de Geografía e Historia, 2002, p. 47).

¹⁶² Justo SIERRA O’REILLY, *op. cit.*, t. I, p. 11.

¹⁶³ Para ahondar en las actividades económicas y educativas de los jesuitas en Yucatán véase Adriana Delfina ROCHER SALAS, *op. cit.*, pp. 168-173.

¹⁶⁴ Justo SIERRA O REILLY, *op. cit.*, t. I, pp. 3-4.

Más bien encontramos un liberalismo de ideas muy moderado, que reconoce la herencia española y destaca sus valores positivos, como las costumbres y la jerarquía social, pero también la necesidad urgente de realizar cambios en el sistema económico y la organización política heredados de la Colonia, sobre todo en lo relativo al centralismo, que deriva en monopolios y corrupción. En la imprenta clandestina de los jesuitas, en su trabajo educativo y su capacidad racional de cuestionar las decisiones arbitrarias y oponerse a ellas, en la crítica del narrador a personajes que basan su orgullo en su linaje y no en sus méritos, en su rechazo a los monopolios y el contrabando, podemos deducir las ideas liberales que subyacen en la novela: libertad de imprenta y comercio, federalismo, rechazo a los gobiernos autoritarios y exaltación de los méritos individuales producto de la educación y el conocimiento.

Vemos actuar en esta novela, por un lado, el imaginario conservador que explica la identidad mexicana a partir de la herencia española, que concibe y acepta a la sociedad como producto de esa tradición¹⁶⁵ y, por otro, una concepción liberal, en sus aspectos económicos y políticos, que explica el fracaso del sistema en términos administrativos, para así englobar a la tradición dentro de los valores liberales que proyecta hacia el futuro.

En tanto que los indígenas y los sectores bajos de la sociedad no obtienen beneficios ni se plantean formas de integrarlos a la sociedad —aunque se deduce que, con la

¹⁶⁵ Tomás Pérez Vejo aclara que “Para el proyecto conservador la nación mexicana era el resultado de la conquista española. Una nación hispánica, separada de la metrópoli por un proceso de crecimiento natural y en el que el desencadenante no había sido la opresión española sino las propias leyes de la historia. La metáfora más fuerte entre los conservadores mexicanos resulta a este respecto muy reveladora, es una metáfora de tipo familiar, la del hijo que una vez que ha alcanzado la edad adulta deja atrás la casa paterna para iniciar una nueva vida” (Tomás PÉREZ VEJO, *op. cit.*, p. 28). Si recordamos la cita en la que el padre Noriega explica la independencia de las colonias como necesaria (*vid. supra*), veremos que este personaje sí incluye la opresión en la justificación de independencia, sin embargo, es una opresión originada en el carácter del sistema, en la incapacidad de España para transformarlo, de manera que se desvincula la tradición y la cultura del sistema político para así poder afirmar la identidad como producto de lo español pero asumiendo, al mismo tiempo, la necesidad de transformación.

eliminación de algunos males que se señalan como determinantes en los levantamientos indígenas aludidos en la novela, puede disminuir la amenaza que representan—, la novela proyecta un mundo y un ideal en el que las masas no están incluidas. Las soluciones propuestas se vinculan a una porción de la realidad social de Yucatán: sólo se trata de cambiar las circunstancias de la élite y las relaciones políticas, sin transformar las bases sociales que las soportan.

Las rebeliones y transformaciones las llevan a cabo personajes cultos, sensibles y honrados de la élite, como el Prepósito y Noriega, Luis de Zubiaur y Alonso de la Cerda, los cuales se oponen a miembros de la misma élite, cuyos defectos son el autoritarismo, la intolerancia y la irracionalidad —el Deán, el conde de Peñalva, Juan de Zubiaur—, de tal manera que la rebelión no es en contra de la estructura social, sino contra los errores del sistema y el tipo de élite que participa en él y perpetúa sus desaciertos.

Una rebelión muy significativa en este sentido es la de Luis de Zubiaur: su padre, orgulloso de su origen español y poco instruido, se negaba al matrimonio de su hijo con María por el estigma que pesaba sobre la joven. Luis, apoyado por Noriega y el Prepósito, trata de conciliar con su padre pero, ante la férrea negativa de éste, se acoge al amparo de otra autoridad, la institución jesuita —considerada la educadora de los criollos independentistas y los introductores de las ideas ilustradas en México—, que basa sus acciones en principios racionales y de justicia. La unión final con María representa la superación de los prejuicios y las injusticias del pasado —los individuos románticos que se alzan por encima de sus circunstancias—. Y si bien los jóvenes se van a vivir a Portugal, un país que se ha independizado de España, tal como Luis se separó de su padre, ello no significa renuncia o negación del pasado y el origen. Tan es así que heredan sus recuerdos a su primogénito, el cual es enviado a Mérida, cuando cumple veinticinco años, para arreglar

asuntos monetarios y realizar obras de beneficencia, pero también para conocer los vestigios del pasado que sus padres inocularon en su memoria.¹⁶⁶

La independencia no es violenta, ocurre dentro de la legalidad: Luis se une a María cuando los jesuitas logran que el padre otorgue su consentimiento, no antes, sólo cuando lo convencen de que en realidad María es más pura de sangre que el propio Luis —la madre de éste sí tuvo ascendencia judía, aunque nunca fue descubierta por la Inquisición—.¹⁶⁷ Y la separación del padre, como de España y los gobiernos autoritarios en general —aunque no su negación—, resulta necesaria para el progreso y la evolución, como parte de la ley natural, cuando las ideas de los ancestros se muestran equivocadas o anquilosadas, producto de un sistema decadente que no satisface a las nuevas generaciones:

Todas las naciones de la tierra, sin exceptuar una sola, nacen, crecen, se robustecen, llegan al pináculo de su poder, y después se debilitan, vacilan y al fin caen [...] Nuestra patria llegó a su apogeo en el pasado siglo. De hoy más, su marcha será retrógrada y caerá del todo, si una nueva generación no abre la carrera de las reformas políticas y, sobre todo, sociales.¹⁶⁸

En esta explicación de Noriega podemos observar una proyección, sobre el siglo XVII, de la teoría evolucionista decimonónica adoptada por Justo Sierra O'Reilly.

La nueva generación, educada por los jesuitas, representa el futuro en la medida en que en la novela no hay más descendientes que ellos y su prole: ningún otro personaje que participó en la intriga —anclada en el pasado del presente de la diégesis— tuvo hijos, y cuando el de Luis y María regresa a Mérida sólo queda del pasado la memoria que conservan los jesuitas y algún sobreviviente, como Juan de Herrada, que ya están en camino a la sepultura.

¹⁶⁶ Cfr. Justo Sierra O'Reilly, "Epílogo" en *op. cit.*, t. II, pp. 383-410.

¹⁶⁷ Es la tía de Luis, una religiosa aliada de los jesuitas, la que revela el pasado oscuro de la familia materna del joven. Cfr. *ibid.*, t. II, pp. 331-341.

¹⁶⁸ *Ibid.*, t. I, p. 186.

Al descendiente de este matrimonio le espera un futuro brillante como “virrey de Goa, en las posesiones portuguesas de la India”.¹⁶⁹ Un futuro que representa el ascenso social y político anhelado por los criollos novohispanos y quizá también aquél deseado por el grupo liberal al que pertenece Sierra O’Reilly, marginado luego de la victoria política de Miguel Barbachano.

¹⁶⁹ *Ibid.*, t. II, p. 410.

Entre calaveras, beatos y brujas... *El pecado del siglo* de José Tomás de Cuéllar

Para comprender *El pecado del siglo* hay que tomar en cuenta algunos aspectos de la biografía de José Tomás de Cuéllar (1830-1894), quien participó en la defensa de Chapultepec contra la invasión norteamericana en 1847, y en 1850 comenzó a destacar como periodista de cuño liberal, de manera que se opuso a la invasión francesa y al imperio de Maximiliano, pero también al gobierno de Benito Juárez y a su deseo de robustecer las facultades y prerrogativas del Poder Ejecutivo frente al Legislativo durante la restauración de la República. Esto último motivó que Cuéllar fuese exiliado a San Luis Potosí (1868-1870), donde escribió *El pecado del siglo*.¹⁷⁰

En esa época, según Luis González, ya eran palpables las dificultades a las que se enfrenta el proyecto liberal para realizar reformas sociales, políticas y económicas: “el indiferentismo político de la gran masa” junto con la debilidad de la clase media; “la ambición política de los militares que no conocía otro modo de saciarse fuera del levantamiento en armas” y el bandidaje; una población escasa, “rústica, dispersa, sucia, pobre, estancada, enferma, mal comida, bravucona, heterogénea, ignorante y xenófoba”; asimismo, “Los ideales de la pequeña propiedad, el trabajo libre, y la mudanza incesante se enfrentaban a una herencia de señores, siervos y sedentes”.¹⁷¹

¹⁷⁰ Cfr. Belem CLARK DE LARA, “Introducción” en José Tomás de Cuéllar, *Obras I. Narrativa I. El pecado del siglo. Novela histórica [Época de Revillagigedo-1789]*, Edición crítica, estudio preliminar, notas e índices de Belem CLARK DE LARA, México, UNAM: Coordinación de Humanidades / Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007, pp. XLI-XLIV.

¹⁷¹ Luis González, “El liberalismo triunfante” en *Historia General de México*, México, El Colegio de México: Centro de Estudios Históricos, 2000, pp. 644-646.

El pecado del siglo fue la primera novela de José Tomás de Cuéllar. Vio la luz en 1869,¹⁷² dos años después de que Gabino Barreda pronunciara la “Oración cívica” que marca la entrada del positivismo en México, circunstancia determinante en la configuración de la obra que analizaremos a continuación y que se retomarán al final de este apartado.

El entramado de la novela parte de un acontecimiento histórico —separado por más de un siglo de aquél recreado por *La hija del judío*— cuyo relato fue puesto en circulación por Carlos María de Bustamente en 1835, “a manera de *exempla*”, ante la inmoralidad social que observaba en su propio tiempo, advirtiendo que pocas cosas habían cambiado después la Independencia.¹⁷³ Se trata del asesinato de Joaquín Dongo y diez de sus criados, ocurrido el 23 de octubre de 1789,¹⁷⁴ una semana después de la llegada a la ciudad de México del virrey Juan Vicente Güemes Pacheco, segundo conde de Revillagigedo. En torno al asesinato, cometido por tres hidalgos venidos de España para amasar riquezas y obtener cierto estatus social, se traman simultáneamente las historias de numerosos personajes —cuyo punto de enlace son los tres calaveras—, a partir de varios ejes temáticos: la historia sentimental de la mujer enamorada que ha perdido su honra y vive en amasiato con un hombre obsesionado con ganar dinero y ascenso social; la de un hombre viejo que ha descubierto tardíamente la pasión y abandona todo para dejarse arrastrar por ésta; la de una mujer que perdió a su hijo recién nacido y sólo vive para encontrarlo,

¹⁷² Belem CLARK DE LARA ha dado argumentos satisfactorios para considerarla la primer novela (véase “Advertencia editorial” en José Tomás de Cuéllar, *op. cit.*, pp. XI-XX). La novela fue publicada por entregas, en San Luis Potosí. No fue reeditada en vida del autor.

¹⁷² Véase *ibid.*, p. 4, n. 3.

¹⁷³ Véase *ibid.*, p. 4, n. 3.

¹⁷⁴ Este acontecimiento histórico se dio a conocer gracias a que Carlos María de Bustamente puso en circulación en 1835 el memorial del proceso judicial contra los asesinos (véase Belem CLARK DE LARA, *ed. cit.*, p. 4, n. 3), posteriormente lo consignan Manuel Payno, en *El libro rojo* (1870) y Vicente Riva Palacio en el tomo II de *México a través de los siglos* (1886). Habría que advertir que el año recreado, el de 1789, coincide con la toma de la Bastilla y el triunfo de la Revolución francesa, estrechamente vinculada con personajes ilustrados y con una nueva manera de entender la organización social y política.

recurriendo a la brujería como medio de supervivencia; y, en un segundo plano, el amor casto y puro entre dos jóvenes.

El narrador, extradiegético y heterodiegético, una especie de *alter ego* del autor, es contemporáneo a la publicación de la novela —la República restaurada—¹⁷⁵ pero, a diferencia del narrador de *La hija del judío*, raras veces alude a su presente, aunque sí analiza constantemente la situación de sus personajes y se vale de la transcripción de los diálogos para delinear los caracteres que se constituyen en tipos sociales, que son uno de los elementos fundamentales que emplea Cuéllar para la recreación de la Colonia, en sus aspectos espacial, temporal, social y ambiental.

1. El tiempo y el espacio

A diferencia de *La hija del judío*, aquí no se traza un largo periodo histórico: el relato primero abarca menos de un mes; cuarenta y siete de los cincuenta y cinco capítulos se centran en acontecimientos cuya duración es de ocho días, acompañados de analepsis explicativas del presente de los personajes, cuya distancia temporal respecto del relato primero es de nueve a cuarenta y cinco años como máximo, y que no se extienden más de un capítulo. Así, la recreación de la Colonia tiene lugar a partir de la saturación de acontecimientos y personajes que contribuyen a crear la impresión de caos, y será justo ese efecto estético el que brinde la versión de Cuéllar sobre el ambiente social y psicológico que privaba entonces: caos y crimen.

¹⁷⁵ Ello se deduce a raíz de que hay una alusión a la prohibición de las corridas de toros, lo cual se llevó a efecto el 28 de noviembre de 1867, de acuerdo con Belem Clark de Lara (*ibid.*, pp. 30-31, n. 5).

La relación con el presente no es de continuidad —en el sentido ontológico que le da el romanticismo: el ser se reconoce a sí mismo (el pasado en el presente)— sino de comparación y distanciamiento:

La historia del pasado convirtiéndose en *manual de consultas* produce el corolario de la experiencia. ¡Dichoso del que vuelve atrás la mirada *para rectificar su itinerario!* Cada mirada retrospectiva descubre un horizonte, en estos horizontes hay siempre luz.

El viajero que camina hacia el Oriente, al caer la tarde, aprovecha en su camino hasta los últimos resplandores del crepúsculo que deja atrás.¹⁷⁶

El pasado, como “manual de consultas”, tiene una función utilitaria: todo ha sido dicho y el que lee en él debe hacerlo para rectificar errores del presente. Esta advertencia aparece en el último capítulo (“Horizontes”) del libro primero, titulada “Disipación”. Aquí Felipe, uno de los calaveras, después de haber cometido numerosos crímenes y errores, tiene la oportunidad de arrepentirse atendiendo a los buenos sentimientos y aceptando los errores cometidos. La cita anterior constituye el inicio del capítulo y funciona como una advertencia al lector: *nos hemos equivocado y es momento de rectificar el camino*. Prueba de ello es una comparación que pone en evidencia el relajamiento de costumbres del presente como consecuencia negativa, equívoca pero rectificable, del progreso: “Isabel, como todas las jóvenes de su edad, a pesar de sus diecinueve no era tan extendida y experimentada como una de nuestras pollas de catorce de estos tiempos de precocidad, de malicia y de vapor”.¹⁷⁷ Y,

Carlos, aunque estudiaba medicina, era un buen muchacho, en el sentido, se entiende, de tener cierta dosis de candor natural y de ‘bonhomía’, dotes preciosas que han ido

¹⁷⁶ José Tomás de CUÉLLAR, *El pecado del siglo*, en Antonio CASTRO LEAL, estudio preliminar, selección y notas preliminares, *La novela del México colonial*, 4ª ed. 1ª reimp., México, Aguilar, 1977. t. I, p. 294. Las cursivas son mías. (Ésta será la obra de referencia para cuando se citen fragmentos de *El pecado del siglo*). También se observa la tendencia comparativa, de distancia, cuando opone a las costumbres perniciosas del pasado, como las corridas de toros y la pena de muerte, a un presente en que las primeras se han prohibido y la segunda ha disminuido en ocurrencia gracias al indulto (cfr. *ibid.*, pp. 206 y 393).

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 354.

desapareciendo al soplo de la estudiantina parisiense, soplo envuelto como artículo de importación en el empaque de los buenos libros franceses. Desaparecieron ya los muchachos candorosos de veinte años. El estudiante de hoy es al estudiante del siglo XVIII, en México, lo que la locomotora al simón. El progreso.¹⁷⁸

Si los personajes de este relato se equivocaron y tienen que sufrir la “Expiación” de la segunda parte, el lector que mira hacia el pasado ha de aprovechar esta experiencia para no cometer los mismos errores ni desviarse en su camino recto hacia el progreso: hacia el Oriente, donde saldrá el sol de nuevo.

Y no debemos olvidar que el relato del crimen fue puesto en circulación por Bustamante con intenciones edificantes similares, aunque no idénticas, a las que observamos en Cuéllar, así como el hecho de que su lector probablemente ya conocía esta historia y el objetivo de su difusión.

Por otra parte, el espacio contribuye también a respaldar la impresión de caos y degradación moral. Lo hace de dos maneras: configura un ámbito público caótico y participa en la caracterización de los personajes en el ámbito privado.

En cuanto al espacio público, desde el inicio de la historia encontramos, en la plaza del pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe, bullicio, “grupos de gente desarrapada” y “multitud de puestos de vendimias y de fondas provisionales”.¹⁷⁹ Y la imagen se amplifica, en su sentido negativo, con la descripción del centro de la ciudad de México en el capítulo II del libro segundo, como una evidencia de la necesidad de “Expiación”:

La plaza principal de México el 21 de octubre de 1789 presentaba un aspecto repugnante. Multitud de puestos de vendimias, ropavejerías y bazares de objetos de desecho, grandes

¹⁷⁸ *Ibid.*, pp. 354-355. Debe notarse aquí el empleo del término “bonhomía”, un término que nació en Francia (*bonhomie*) en el siglo XVIII y que está íntimamente vinculado con un nuevo ideal de hombre, sencillo y bueno. Este ideal le hace afirmar a Voltaire “que bonhomie vaut mieux que raillerie” [vale más la bonhomía que la burla o la chanza] (citado en Paul Robert, *Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française*, Société du Nouveau Littre, 1957. La traducción es mía).

¹⁷⁹ José Tomás de CUÉLLAR, *op. cit.*, p. 198.

hacinamientos de basuras y restos de hortalizas; todo esto al abrigo de chozas medio derruidas y ennegrecidas por el tiempo.

El centro de la plaza era un conjunto deforme de todo lo inmundo. Alrededor de aquellas casucas con techos de tejamanil pululaban cerdos hambrientos, vacas que rumiaban las verduras medio podridas y multitud de perros que formaban círculos en cada montón de basura.

Los habitantes de aquella casuca eran gentes casi en su totalidad desnudas, pues la plebe de México, en aquella época en que las telas tenían todavía un precio subidísimo, no se vestía de manera que por todas partes vagaban hombres y mujeres desnudos y solo medio encubiertos con algunos harapos, y muchos solamente con una manta o una frazada por única prenda de vestuario.¹⁸⁰

Y si el centro de la ciudad destaca por el caos y la degradación, ya el lector puede imaginarse cómo se encuentra el resto, de acuerdo con la recreación que hace el narrador. Esta descripción tiene asombrosas, aunque no gratuitas, coincidencias con la que realiza Luis González al referirse a la población de los años posteriores a la restauración, a la que caracteriza por su rusticidad, suciedad y miseria.¹⁸¹

Por otra parte, los espacios privados funcionan como extensión y caracterización, nada positiva, de quienes los habitan: la casa del matrimonio apegado a los preceptos religiosos está llena de dulces enviados por las monjas, rezos, viejas beatas y todo un arsenal de objetos de culto:

llegó a no haber lugar en ella para colocar los dulces que de casi todos los conventos enviaron las monjitas a los novios.

[...]

Oían misa a las seis; rezaban a las doce, a las tres de la tarde y al toque de oración; y a las ocho en punto no les faltaba su estación a las benditas ánimas del Purgatorio, y, camándula en mano, su santísimo rosario.¹⁸²

Y el subterráneo de la casa de la bruja, oculto por la apariencia sencilla de la planta principal, se encuentra plagado de objetos relacionados con el oficio secreto y prohibido que el narrador describe desde una perspectiva irónica e incrédula:

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 302.

¹⁸¹ *Vid. supra.*

¹⁸² *Ibid.*, p. 212 y cfr., pp. 353, 356 y 375.

La techumbre de aquella cueva eran gruesos troncos de árbol, de los que pendían varios objetos bien conocidos de los que algo saben las brujas, como la consabida cigüeña, el indispensable lagarto o cocodrilo, el esqueleto humano, el orangután disecado y con goznes, una lechuza viva y una abundante cría de murciélagos, un macho cabrío negro, un gato negro, víboras conservadas en aguardiente, el hornillo y la retorta, sangre fresca, yerbas aromáticas y un estuche con varias sustancias químicas.¹⁸³

El espacio público delinea moralmente a los personajes, y también es el lugar donde se traman las intrigas. El privado, es el lugar de la acción.

A diferencia de *La hija del judío*, en donde encontramos a los personajes casi siempre dentro de algún edificio o habitación y nada se describe acerca de las calles de Mérida o de la vida social que fluye en ellas, en *El pecado del siglo* el movimiento es fundamental: el narrador nos hace acompañar a los personajes por calles y barrios diversos, la ciudad de México no es sólo un marco de referencia, sino el punto de encuentro, el lugar donde se desenvuelven los diversos estratos sociales. La diferencia es fundamental: de una visión estática de la sociedad, preocupada por recrear principalmente problemas políticos y enfrentamientos de la élite, que da órdenes desde la comodidad de sus aposentos, pasamos a una visión móvil, que confronta al lector con las diferentes capas de la sociedad, desde el virrey y sus subordinados, que observan a la multitud mientras caminan por la plaza principal, hasta los vagos y pordioseros que deambulan en ella: “Serían las seis de la mañana cuando, contrastando con aquella gente desarrapada y miserable, aparecían tres caballeros envueltos en magníficas capas de paño y cubiertas las cabezas con sombreros adornados con guarnición de plumas”.¹⁸⁴

¹⁸³ *Ibid.*, p. 268.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 302.

2. *Sociedad ¿novohispana?*

En los recorridos por las calles de la ciudad que realizan los protagonistas nos encontramos con personajes tipo que no tienen un papel determinante en el desarrollo de los acontecimientos, sino que sirven para la recreación del entorno social: el fraile, el barbero, el usurero, la mendiga, chiquillos tunantes que comienzan en la carrera del vicio, mercenarios asesinos, las alcahuetas, el burócrata adulador, los criados chismosos, el ex militar aventurero. Y todos ellos, con excepción del fraile, se relacionan con los vicios y los fondos bajos de la sociedad, dando la impresión de decadencia.

En el sector medio sólo encontramos a un estudiante de medicina, “hijo de un empleado en la secretaría del virreinato”,¹⁸⁵ probablemente criollo —aunque no se asegura—, demasiado joven para tener un papel activo en la economía del país, y al hombre ilustrado, el licenciado Primo de Verdad. Los burócratas, por su parte, son flojos y forman parte de un sistema político anquilosado.¹⁸⁶

De los grupos acomodados conocemos a la baja aristocracia, que destaca más por las calaveradas que por su hidalguía, y a los comerciantes. Son españoles venidos de la Metrópoli para amasar fortuna y crearse una posición más alta en la escala social; para explotar las riquezas de México, diría un liberal o un positivista del siglo XIX. Como puede verse, el único grupo social con características positivas es el sector intermedio. Los polos de la escala —exceptuando al virrey, gobernante modelo— tienen fuertes connotaciones negativas, a las que hay que agregar, en el caso de los comerciantes, su estrecho lazo con el clero.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 224.

¹⁸⁶ Cfr. *ibid.*, pp. 302-303.

Este último, por su parte, representa un sector aberrante y corrupto que acapara la riqueza de los comerciantes¹⁸⁷ e instruye erróneamente a los fieles, alienta el sometimiento, el temor a Dios y la flagelación.¹⁸⁸ Y para reforzar en la novela la idea de la influencia nefasta de la religión católica, la Virgen de Guadalupe no aparece de ninguna manera como símbolo exclusivo de los criollos en esta novela, al contrario, es la patrona de la casa de comercio de don Manuel de la Rosa,¹⁸⁹ y su imagen también se halla en la casa de una alcahueta al servicio de uno de los calaveras.¹⁹⁰

Cabe resaltar que si bien es cierto que los españoles aparecen como extranjeros usurpadores, el pueblo bajo, e incluso la burocracia, tampoco son un dechado de virtudes, como se vio en éste y en el apartado anterior.

Todos los estratos están representados por tipos sociales; más que característicos de la Colonia, acusan numerosas similitudes con tipos sociales que observó el romanticismo en su propia época y recreó en cuadros costumbristas.¹⁹¹ En *El pecado del siglo* no observamos el corporativismo que, como vimos en el capítulo anterior, recrea *La hija del*

¹⁸⁷ Véase el ejemplo de fray José de la Purísima Concepción en el capítulo VI del libro primero, quien después de reconvenir al comerciante don Manuel por serle infiel a su esposa, suspende sus represalias cuando la oveja descarriada ofrece donar una casa a la provincia de San Francisco.

¹⁸⁸ Véase capítulos XIV y XV de la primera parte.

¹⁸⁹ Cfr. *ibid.*, p. 212. Es de notarse que, antes de concederle la mano de doña Mariana, la única pregunta que le dirige el cura a don Manuel, luego de destacar sus antecedentes como buen cristiano, se refiere a la identidad de la patrona de su casa de comercio. El cura no pregunta acerca de los sentimientos de la pareja, o las razones que lo impulsaron a casarse con doña Mariana, de manera que no parece interesado por el bienestar o la felicidad de su rebaño, sino sólo en la fama de buenos cristianos, así como en lo relativo a la adoración de santos y vírgenes. Esto es, los aspectos superficiales de la religión.

¹⁹⁰ “una sala adornada con dos pantallas, una imagen de la Virgen de Guadalupe en marco formado de trozos de espejo, dos largos canapés con fundas de indiana color de rosa, algunas sillas con asientos de paja, rinconeras pintadas de color amarillo, y una tira de alfombra de jaspes con los colores del iris” (*ibid.*, p. 198). Aquí la decadencia, el mal gusto, los colores chillantes, y el culto a la imagen, son los adornos de la pobreza.

¹⁹¹ Véase Carlos ILLADES, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Conaculta (Sello Bermejo), 2005, pp. 87-141: “A las clases ociosas altas (comerciantes, agiotistas, aristócratas, calaveras, políticos) y bajas (vagos, léperos) se les achacó a menudo la perturbación de la sociedad y la nación, así como la corrupción de la esfera privada. La clase media (burguesía) y el pueblo (artesanos, indígenas, trabajadores, manuales, agricultores) fueron vistos como factores del progreso colectivo, defensores de la familia y las buenas costumbres mexicanas” (p. 114). Podremos observar más adelante, cómo se apropia *El pecado del siglo* de estos tipos heredados a partir de una ideología que critica al mismo romanticismo atribuyendo, con cierta ironía, caracteres románticos a algunos de estos personajes.

judío y que es propio de la sociedad colonial.¹⁹² Al contrario, la sociedad de esta novela parece más cercana al siglo XIX y, por tanto, próxima a la recreación realista que: “Ya no le interesa la evocación romántica y nostálgica del pasado, sino el retrato de la sociedad presente” y que, en este caso, estaría trasladada al pasado colonial.¹⁹³

Veamos ahora cómo se recrean estos grupos sociales a partir de tipos morales en acción y de la dimensión ideológica positivista de la que parte el narrador.

3. *Tramas y tipos morales*

En esta novela se exponen varias historias relacionadas por un hilo conductor: el asesinato de Joaquín Dongo. Estas sub-tramas se desarrollan a partir de personajes tipo y, generalmente, de tramas convencionales, aunque con un sentido distinto al original, que estudiaremos en su orden de aparición.

Como ya se dijo, la historia principal gira alrededor de los tres calaveras, representantes de la baja aristocracia española que llega a la Nueva España para amasar riquezas. Ellos traman un robo, para obtener ganancias fáciles, que culmina con el asesinato de Joaquín Dongo y, poco después, con la prisión y muerte de los protagonistas. Como tipos morales, son el extremo más nocivo del calavera: capaces de asesinar a sangre fría, no se detienen en los medios para llegar a sus fines. En su concepción de mundo, negativa desde el punto de vista de la narración, podemos observar la crítica a algunos aspectos ideológicos propios del siglo XIX:

¹⁹² Sobre el corporativismo de la sociedad colonial véase: Antonio RUBIAL GARCÍA, “La mitra y la cogulla. La secularización palafoxiana y su impacto en el siglo XVII”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, v. XIX, núm. 73. Zamora, El Colegio de Michoacán, invierno 1998. pp. 237-272. Así como Victoria GONZÁLEZ MUÑOZ, *op. cit.* y Alicia MEYER, “Estudio preliminar” en Alicia MEYER y Ernesto de la TORRE VILLAR, eds., *Religión poder y autoridad en la Nueva España*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Históricas (Historia novohispana, 72), 2004.

¹⁹³ Celia FERNÁNDEZ PRIETO, *op. cit.*, p. 111.

—[...] Es para mi un axioma sapientísimo el de que el fin justifica los medios y me parece, por tanto, que el hombre está en la precisa obligación de llegar al fin que se propone, *so pena de quedarse atrás en esta difícil lucha y ser pisoteados por los que vienen siguiéndonos.*

”Sea, por ejemplo, nosotros cuatro. Somos tan acreedores a la grandeza y al poderío como cualquiera, porque yo no paso porque cada uno nace con su estrella. *No hay más estrella que la inteligencia ni más poder que la voluntad.*

”[...] Yo necesito un poco de harén, *un poco de sibaritismo*, un poco de esa felicidad tan positiva y tan envidiable con que hemos soñado desde los veinte años.¹⁹⁴

Estos hidalgos comprenden el mundo a partir de conceptos de competitividad y progreso que sólo son posibles en el siglo y bajo la ideología de José Tomás de Cuéllar, aunque están mal interpretados por los personajes: no lograrán sus fines porque no desean trabajar, que es el único medio legal dentro de la sociedad moderna para acceder a la riqueza. A pesar de que dan gran importancia a la ascendencia nobiliaria (que les concede cierta impunidad), se *rebelan* contra la “estrella” que los marca como nobles de menor ralea: hidalgos.

Conceptos como inteligencia y voluntad, que hicieron grande al conde de Montecristo, se degradan al atribuirlos a los calaveras; lo mismo sucede con la idea de rebelión, porque el espíritu individualista, inclinado sólo a los placeres, quiere pasar por encima de la sociedad.

Estos elementos, así como la función determinante del dinero en el destino de los calaveras y de los personajes relacionados con ellos, nos hace pensar que la ideología que rige la configuración de la novela ya tiene muchos rasgos de la novela realista, en la que “nada se resistirá a la necesidad, o a la pasión, del dinero” y, lo veremos más adelante, “el amor no ocupará el lugar principal [...] se tratará como cualquier otra pasión”.¹⁹⁵

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 199 (las cursivas son mías).

¹⁹⁵ De acuerdo con Joaquina NAVARRO, “Introducción” en *La novela realista mexicana*. Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala (Serie Destino Arbitrario, 8), 1992, p. 29.

Y no debemos olvidar que la instauración del realismo, como modelo cultural, “está [...] directamente ligada a factores socio-políticos y económicos que se concretan en la consolidación del poder de la burguesía que asume su papel como sujeto activo en el proceso histórico y en el desarrollo del modo de producción capitalista”.¹⁹⁶ Así, como defensor del *statu quo*, el realismo se vincula estrechamente con la ideología positivista, con su concepto restrictivo de la libertad —en pro del bienestar social—,¹⁹⁷ que en *El pecado del siglo* se expresa a partir de la crítica a algunos valores románticos como el individualismo, que no se rige por las leyes sociales:

Representátese comúnmente la libertad, como una facultad de hacer o querer cualquier cosa sin sujeción a la ley o a fuerza alguna que la dirija; si semejante libertad pudiera haber, ella sería tan inmoral como absurda, porque haría imposible toda disciplina y por consiguiente todo orden. Lejos de ser incompatible con el orden, la libertad consiste en todos los fenómenos, tanto orgánicos como inorgánicos, en someterse con entera plenitud a las leyes que los determinan.¹⁹⁸

En esta misma línea de oposición al romanticismo, observamos que los calaveras se relacionan con gente del pueblo bajo, como el Cuco, el Lobo y Chicascorvas, mercenarios que llevan, por todo nombre propio, sus identidades criminales, y representan al bandido ciudadano, pero sin el heroísmo romántico:¹⁹⁹ no tienen una conciencia de grupo y tampoco principios que rijan su conducta; se venden al mejor postor y son capaces de traicionar a sus propios amos con tal de obtener mayores ganancias.

¹⁹⁶ Celia FERNÁNDEZ PRIETO, *op. cit.*, p. 112

¹⁹⁷ Para el concepto positivista de libertad, estrechamente vinculado con los de progreso y educación, véase Gabino BARREDA, “Oración cívica” y “De la educación moral” en *Estudios*. 3a. ed., sel. y pról. de José Fuentes Mares, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario, 26), 1992, pp. 65-118, y Leopoldo ZEA (*El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, FCE / SEP, 1985, pp. 105-127). Este último define la libertad positivista en los siguientes términos: “la libertad debe estar sometida al interés de la sociedad, al interés de la nación mexicana. El individuo no es libre de hacer lo que se quiera; este hacer lo que se quiera se presenta como un obstáculo al libre desarrollo de los sentimientos altruistas [...] la libertad en sentido egoísta, debe estar sometida a leyes, al orden de la libertad en el sentido de libre desarrollo o progreso de la sociedad” (p. 111).

¹⁹⁸ Gabino BARREDA, *op. cit.*, p. 114.

¹⁹⁹ Véase Carlos ILLADES, *op. cit.*, pp. 104-110.

Del contacto con el mundo de los calaveras se derivan el resto de las historias. Felipe y Margarita son protagonistas de una historia sentimental típica²⁰⁰ que fácilmente se puede relacionar, partiendo del nombre de la protagonista, con la gran tragedia romántica del *Fausto* de Goethe: la joven seducida por el calavera, que se arrepiente al observar el abismo a sus pies. Pero el modelo queda vaciado desde diversos aspectos: el héroe, en *El pecado del siglo*, está completamente degradado y no hay posibilidad de salvación ni de arrepentimiento, el amor no puede contra el dinero, no redime al gran pecador —ideas propias del realismo—,²⁰¹ y la muerte no es la consecuencia necesaria ante la tragedia: la pasión pierde a Margarita quien, “sin corazón, sin honra y sin consuelo”, decide encerrarse en un convento arguyendo preocupaciones más terrenas que ideales: “el mundo me señalará como un despojo despreciable. Necesito ocultar mi vergüenza para siempre y pedir a Dios por todo el resto de mis días que me perdone y que perdone a..., quien ya está allá”.²⁰²

Don Manuel de la Rosa, por su parte, entra en contacto con los calaveras después de haber conocido a Teresa, una mujer de la vida galante (otro tipo moral), que lo convierte en la víctima de su propia avaricia y de la de los calaveras. La historia de don Manuel tampoco tiene un final feliz: su educación estrictamente religiosa y la pasión tardía lo llevan al precipicio y muere.

Este personaje, junto con Joaquín Dongo, representa al comerciante acaudalado que vino a hacer fortuna a la Nueva España, que acumula el dinero o lo dona al clero sin poner a circular el excedente. Su historia sirve de pretexto para la disertación del licenciado Primo de Verdad —que se refuerza a partir de las reflexiones del narrador y del propio don Manuel— en torno a los vicios de la educación religiosa: “don Manuel llegó tarde a la

²⁰⁰ Recordemos tan sólo como ejemplo la historia de don Juan Tenorio, tanto la barroca como la romántica.

²⁰¹ *Vid. supra.*

²⁰² José Tomás de CUÉLLAR, *op. cit.*, p. 398.

juventud; cuando pueda empezar a ser hombre encontrará la muerte”;²⁰³ no aprendió la filosofía que enseña a “saber vivir” sino que su educación “anómala y viciosa”²⁰⁴ lo enseñó a someterse a la tiranía y ahora “de esclavo del clero pasó a ser esclavo de Teresa. [Porque] Las tiranías no hacen más que esclavos. La verdadera religión hace hombres libres”.²⁰⁵

Y no debemos olvidar que Primo de Verdad es un personaje histórico ampliamente reconocido por los contemporáneos de Cuéllar, por haber promovido, en 1808, la instauración de un gobierno provisional luego de la abdicación de Fernando VII. De manera que podemos considerarlo como una voz “históricamente autorizada”.

Doña Mariana, por su parte, no es la esposa resignada que perdona, sino la mujer imprudente que hace un escándalo de su tragedia, que busca la compasión de la sociedad y se preocupa más por la salvación del alma de su marido que por evitar su muerte y consolarlo cuando éste ha sufrido el desengaño de su pasión amorosa. Ella es la viva demostración, muy en consonancia con la ideología positivista, de que la educación religiosa no determina o favorece la sensibilidad de los seres humanos. Así lo asegura Gabino Barreda, citando a Condorcet, en su disertación para demostrar que la moral es independiente de la religión:

La semejanza [...] entre los preceptos morales de todas las religiones y de todas las sectas filosóficas, bastaría para probar que aquéllos son de una verdad independiente de los dogmas de estas religiones y de los principios de estas sectas, y que el origen de las ideas de justicia y de virtud, y el fundamento de los deberes, se debe buscar en la *constitución moral del hombre*.²⁰⁶

Baltasar, uno de los calaveras, y la tía Teodora, la bruja, viven la historia del hijo expósito, pero en este caso en relación inversa —la madre es la que busca al hijo—, desprovista de

²⁰³ *Ibid.*, p. 260.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 258.

²⁰⁵ *Ibid.*, p. 260.

²⁰⁶ Gabino BARREDA, *op. cit.*, p. 109.

amor filial y sin reconciliación posible entre madre e hijo.²⁰⁷ Teodora, una mulata habanera, es arrastrada por una pasión juvenil de la que nace un hijo bastardo. Víctima de su esposo, un comerciante, quien roba al hijo para venderlo y después despojarla de todos sus bienes, tiene que recurrir a la brujería para sobrevivir, explotando la superstición del vulgo, y poder buscar a su hijo. Cuando finalmente lo encuentra, descubre que Baltasar, su hijo, es un rufián, educado entre sirvientes, que se cree hidalgo porque sus padres adoptivos lo eran. Teodora intenta salvarlo con la promesa de una vida honesta y tranquila, así como por el influjo del amor que, por segunda ocasión en la novela, no puede vencer los anti-“valores” de Baltasar: la pasión por el dinero y el orgullo de clase. La historia de Teodora, además de contravenir el idealismo romántico, también sirve para elaborar una desmitificación de la brujería y una crítica a las supersticiones del vulgo.

El destino de todos estos personajes que equivocaron su camino, dejándose llevar por las pasiones y el deseo de riqueza sin cuidarse en los medios, es la muerte o, en el mejor de los casos, el enclaustramiento. La fuerza ordenadora en la narración está representada por el conde de Revillagigedo, el virrey ilustrado por excelencia,²⁰⁸ quien instauro la policía gracias a la cual se apresura y castiga a los culpables, y por su consejero, el

²⁰⁷ Recuérdese que durante el romanticismo los escritores retomaron leyendas antiguas, una de ellas, en el caso español, es la de Mudarra, a cargo del duque de Rivas (*El moro expósito*), en que Mudarra parte para reencontrar a su padre y, después de lograr el reconocimiento de éste, vengar a sus hermanos, los siete infantes de Lara. La historia, además, tiene profundas raíces que se remontan a la telemaquia de la *Odisea*: Telémaco, hijo de Ulises, sale de Ítaca en busca de su padre, para que éste regrese a ocupar y defender el lugar que le corresponde, como rey y esposo, de las acechanzas de numerosos oportunistas.

²⁰⁸ De acuerdo con la novela, Revillagigedo llega a México durante el reinado de Carlos III. Éste es un anacronismo: este virrey sólo llega a México cuando Carlos IV sube al trono. Sin embargo, es absolutamente explicable a partir de la función ideológica de la novela, al aparecer Revillagigedo como ilustrado, debe representar a un rey con las mismas características, y Carlos IV fue reputado, durante el siglo XIX como traidor y cobarde, mientras que a Carlos III se le reconoce, sobre todo, su labor educativa y el esfuerzo secularizador, muy de acuerdo con la ideología de la Reforma. (Véase Julio ZÁRATE “Introducción” al tomo III: “Guerra de Independencia” en Vicente RIVA PALACIO (dir.), *México a través de los siglos...* 5t. México, Cumbre, 1962. t. III, pp. III-XIII; véase también el tomo II, escrito por Riva Palacio, en lo relativo a Carlos III y a Revillagigedo quienes aparecen como modelos de orden y progreso.

licenciado Primo de Verdad —“la primera víctima de las ideas de independencia”—,²⁰⁹ quien ata los cabos que permiten conocer los crímenes privados y públicos de los calaveras, procura proteger a Margarita de la tragedia que le provoca su amor insano, y trata de calmar a la población ante el terror que les causa el fenómeno de la aurora boreal; sin embargo, sus esfuerzos son infructuosos ante una sociedad perdida por las pasiones y la ignorancia.

Los únicos personajes que se salvan de la muerte y la desgracia, además del licenciado Verdad y el virrey, son aquellos que viven el amor casto, cuya educación les augura un buen provenir: Carlos e Isabel, la hija de don Manuel. El primero es estudiante de medicina y portador de la ilustración —lo que nos permite ubicarlo dentro de la clase media trabajadora—, que contra las costumbres se empeña en que su amada aprenda a escribir.²¹⁰ Además, la misma influencia nociva de la madre que enseñó a Isabel a cuestionar a su padre, le abre el camino de la independencia intelectual:

Sentía amenguarse su ternura de hija, familiarizada con la idea de reprochar las acciones de su padre, y formulando interiormente la reprobación de las de doña Mariana.

Carlos sancionaba, como todos los amantes, estos sentimientos y alababa el recto juicio de Isabel. Comenzaban a formar esa coalición moral de los amantes que es el principio de la emancipación.

[...]

Isabel y Carlos formaban una potencia que comenzaba a labrar la senda de su independencia.²¹¹

²⁰⁹ José Tomás de CUÉLLAR, *op. cit.*, p. 257

²¹⁰ En 1847 Manuel Payno escribía en su *Memoria de la secretaría de estado y del despacho de relaciones interiores y exteriores de los Estados Unidos Mexicanos...* “Una mujer que no sabe coser y bordar, es como un hombre que no sabe leer y escribir” (cit. en Anne STAPLES, “La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente” en *Historia de la lectura en México*, 2a. ed., 3a. reimp., México, El Colegio de México, 2005, p. 105). Este comentario refleja que la alfabetización en el caso de las mujeres no era una prioridad, como sí lo era coser y bordar. Anne Staples transcribe las opiniones de Payno como representativas de una época en que se consideraba peligroso el acto de la lectura en el caso de las mujeres: “Agregaba Payno, sin embargo, que en el caso de las mujeres, la lectura debe sujetarse a reglas precisas. Un hombre culto, sea literato, eclesiástico, abogado, puede leer todo: Lutero, Bousset, [...] las novelas de Voltaire, [...]; pero ¿una mujer? Una mujer no debe exponerse jamás a pervertir su corazón, a desviar su alma de estas ideas de religión y piedad que santifican a las mujeres perdidas. Tampoco deberá buscarse una febril exaltación de sentimientos que la hagan perder el contento y tranquilidad de la vida doméstica’, es decir, inconformarse con su suerte” (*ibid.*, pp. 105-106).

²¹¹ José Tomás de CUÉLLAR, *op. cit.*, p. 352.

Como consecuencia, “Carlos e Isabel empezaban a conocer que era indispensable casarse. Eran ya dos figuras demasiado acabadas, como dicen los pintores, para ocupar el segundo término en aquel cuadro”.²¹²

Estos jóvenes y su unión amorosa representan el futuro, cuya independencia queda justificada a la manera positivista: así como, según Gabino Barreda, de la emancipación científica, siguen la política y la religiosa —en esta última se encuentra México después de la Reforma—,²¹³ de la emancipación ideológica de Isabel surge necesariamente la emancipación de la familia y, también, el distanciamiento de la cerrazón religiosa.

Carlos cumple con las necesidades de una sociedad que mira al progreso: como médico —profesión liberal que conjuga el mejoramiento sensible de la sociedad y la práctica científica—²¹⁴ y joven honrado del sector medio, trabajará a favor de su sociedad; como católico, libre de los prejuicios religiosos y las costumbres anquilosadas que frenan el progreso, llevará una vida intachable, y como mentor de la que será su esposa, conducirá a su familia en la senda del progreso. Isabel, por su parte, saldrá de las tinieblas en que vivió a causa de sus carencias educativas y el entorno religioso oscurantista y retrógrado.

Carlos e Isabel se oponen al resto de los personajes por su moralidad y su raciocinio. Mientras los calaveras, la bruja, la seducida, los beatos, los mercenarios, aquellos que no emprendieron el camino de la ciencia y repiten esquemas anquilosados, son el pasado y están condenados a sufrir numerosos padecimientos y a desaparecer sin perpetuar su especie, el futuro de los amantes se muestra esperanzador y radiante porque han asumido su misión en la sociedad y en el camino del progreso: *ellos son el futuro*.

²¹² *Ibid.*, p. 353.

²¹³ Cfr. Gabino BARREDA, *op. cit.*, pp. 70-75.

²¹⁴ El médico y el abogado son los profesionistas ideales en el momento en que escribe Cuéllar, en la medida en que no están relacionados con los militares, ni con los clérigos, ni se asocian con el poder. Su quehacer, además, sirve directamente a la sociedad.

A partir de la caracterización de los personajes hemos visto una fuerte crítica a determinados tipos sociales: los calaveras, los comerciantes, las brujas, las mujeres seducidas, todos sin excepción alcanzan un final trágico. Su educación (que consiste en creencias metafísicas o religiosas muy combatidas por el positivismo) es un impedimento para que rectifiquen su camino cuando tienen la oportunidad —en este sentido, no son personajes que puedan elegir como el héroe romántico—. Dicho esto habrá que preguntarse: ¿cuál es el pecado del siglo del que habla esta novela?

Tres estudiosos han llegado a conclusiones diversas con respecto al significado de “el pecado del siglo”: Leticia Algaba considera que “puede ser la contravención del oscurantismo que durante los siglos coloniales mantuvo a la Iglesia ajena a su auténtica misión”;²¹⁵ Belem Clark de Lara, por su parte, considera que es la mala educación religiosa,²¹⁶ y Marco Antonio Chavarín asegura que es la mala educación, en el sentido de que es ajena a “los valores burgueses del trabajo para la riqueza”.²¹⁷ En vista de la diversa extracción de los personajes, de las diferentes temáticas abordadas —supersticiones cristianas y paganas, pretensiones aristócratas, búsqueda del dinero fácil—, y de que el destino de los personajes quedó determinado desde su primera infancia a partir de las creencias heredadas o aprendidas, o de la ausencia de padres que los guiaran, concuerdo con Chavarín y considero que “el pecado del siglo” es la mala educación de una sociedad de valores trastocados que debe llegar a su término con la influencia benéfica de la

²¹⁵ Leticia ALGABA “*El pecado del siglo: una cala en la novela histórica*” en Belem CLARK DE LARA y Ana Laura ZAVALA DÍAZ, eds., *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas (Ediciones Especiales, 45), 2007, p. 51.

²¹⁶ Belem CLARK DE LARA, “Introducción” en *op. cit.*, p. XLVI.

²¹⁷ Marco Antonio CHAVARÍN GONZÁLEZ, “*Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuza: una subordinación didáctica a las estructuras narrativas*”, tesis de maestría, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 2006, p. 51.

instrucción, simbolizada por Carlos y Primo de Verdad, y el orden que representa el gobierno de Revillagigedo.²¹⁸

4. Para dejar atrás el pasado...

El pecado del siglo, más que una recreación fiel de la Colonia, es una novela que aprovecha ciertos elementos históricos para trasplantar tipos sociales y tramas canónicas del siglo XIX, así como problemáticas muy actuales —la degradación de una sociedad supersticiosa y desharrapada, las carencias en la educación—, a un pasado no tan lejano para hacer una crítica de la sociedad del presente del narrador en tanto que, a diferencia de los progresos políticos, no ha habido progresos sociales palpables. A diferencia de *La hija del judío*, en la novela de Tomás de Cuéllar no predomina la poética romántica, sino la realista.

En contraste con la obra de Sierra O'Reilly, no establece una continuidad de errores y aciertos. Al contrario, el pasado caótico crea una impresión sumamente negativa en el lector, que el narrador aprovecha para intimarlo a reconocer el caos y los errores, rectificar el camino para superar la crisis y llegar a la etapa del progreso a partir de los valores positivistas de la educación (Primo de Verdad) y el orden (Revillagigedo). En lo que sí coincide con *La hija del judío* es en la apuesta por el futuro y la juventud, el tópico de los escritores mexicanos —que mencionamos en el primer capítulo, citando a Ruedas de la Serna— quienes refuncionalizan el romanticismo europeo para adecuarlo a sus

²¹⁸ En *El libro rojo* (1870) Manuel Payno asegura que Revillagigedo resulta “muy conocido y popular hasta hoy entre los mexicanos, por las muchas y enérgicas medidas que tomó para el arreglo de la administración de la Colonia, y por los excelentes reglamentos de policía que puso en planta, que subsisten actualmente, y que forman la base de las ordenanzas y de las disposiciones municipales” (“La familia Dongo” en Manuel Payno y Vicente Riva Palacio, *El libro rojo*, México, Conaculta (Cien de México), 2006, p. 274). Sin embargo, no debemos ignorar la ironía del epígrafe —un pasquín de 1789— como un rechazo a la pena de muerte con que Vicente Güemes Horcasitas, segundo conde de Revillagigedo, concluyó el caso: “Al conde de Gálves imitas, / pues entiéndelo al revés. / Que el conde libertó a tres, / y tú a tres a la horca citas” (*idem.*).

circunstancias, porque no pueden imaginar a su pueblo en la vejez, sino en la infancia, con las ventanas abiertas al futuro.²¹⁹

En cuanto al aspecto religioso, el narrador de *La hija del judío* destaca aspectos positivos y negativos de determinadas corporaciones religiosas, sin pronunciarse definitivamente en contra de la institución en bloque.²²⁰ En cambio, en *El pecado del siglo* sí hay una crítica abierta a la institución religiosa en cuanto a su forma de educar a los individuos y por el manejo de los bienes materiales que entorpece la circulación del capital. Incluso parece haber un intento de desvincular a la Virgen de Guadalupe como símbolo de identidad criolla al relacionarla con dos personajes negativos de la historia. Por otra parte, al ser los ilustrados portadores de la moralidad y críticos de las malas prácticas religiosas, al darle a la mala educación el estatuto de pecado, se advierte en la novela una reformulación de ciertos principios religiosos, así como una apropiación por parte del discurso positivista, que los universaliza al desvincularlos de la Iglesia y los convierte en preceptos de una moral pública promovida por el gobierno.

La novela se divide en dos partes tituladas “Disipación” y “Expiación”, respectivamente. La primera retrata todos los vicios de los personajes y nos presenta a los personajes virtuosos. En la segunda, los culpables encuentran su castigo y sus contrapartes, ilustrados y honrados, sobreviven en la justicia y la unión amorosa, como lo anticipa el epígrafe que preside ambas partes de la novela:

Dios, después de haber creado el hombre, le ha dejado en las manos de su propio consejo.

La vida y la muerte, el bien y el mal, se hallan delante del hombre, y aquello que haya escogido se le dará.

ECCLI.: XV, v. 14-18.

²¹⁹ Esta proyección hacia el futuro no está exenta de callejones sin salida, como el hecho de que el presente queda en suspenso. De ellos se tratará en el último capítulo.

²²⁰ Aquí es importante mencionar que sor Carlota, la monja que consuela a María durante su encierro en el convento se siente feliz de vivir en el claustro (cfr. Justo SIERRA O'REILLY, *op. cit.*, pp. 347-349).

Muy en consonancia con la ideología positivista,²²¹ el epígrafe advierte de antemano que la libertad consiste en elegir entre el bien y el mal, cuando el camino correcto sólo puede ser uno y las desviaciones traen graves consecuencias. A ello se agrega que la educación predetermina a los personajes, de tal manera que su capacidad de decisión es prácticamente nula y sólo con un milagro lograrían su redención.

Recordemos que Gabino Barreda, retomando a Comte, consideraba que las capacidades de hacer el bien y el mal se encontraban ubicados en ciertos órganos del ser humano, cuyo ejercicio y debilitamiento se daba de la misma forma que en cualquier otro:

Hacer predominar los buenos sobre los malos instintos, robusteciendo los órganos que presiden a unos, con mengua de los que tienen bajo su dependencia los otros; he aquí el objeto final y positivo del arte moral, objeto que se logrará con la práctica de las buenas acciones y la represión de las malas (de cuyo cuidado deben estar principalmente encargados los padres de familia), y con los ejemplos de moralidad y de verdadera virtud que se procurará presentar con arte en las escuelas a los educandos, excitándoles el deseo de imitarlos.²²²

Con este tipo de educación lo que se procura es que el individuo tenga casi nulas posibilidades de desviarse del destino trazado por el progreso.

Carlos y Primo de Verdad pertenecen a lo que en el siglo XIX se llamará clase media trabajadora y ejercen profesiones necesarias para la nación, su herencia ilustrada les dio los fundamentos necesarios para realizar su labor honestamente y seguir el camino del bien. Revillagigedo, gobernador ilustrado, es un ejemplo en el mismo sentido: preside la legalidad y el orden. Ellos suscitan una identificación por parte del lector, son los ejemplos de que habla Barreda, en contraste con ese mundo caótico que, visto a la distancia, como otro —ajeno y pasado—, puede ser cancelado, dejado atrás, después de la *expiación*.

²²¹ *Vid. supra.*

²²² Gabino BARREDA, *op. cit.*, p 113.

Y es importante resaltar que el gobernador ideal que plantea esta novela no tiene una participación activa en el desarrollo de los acontecimientos. A diferencia del Preósito en *La hija del judío*, para quien hacer justicia consiste una labor que lo mantiene constantemente en actividad —encerrado en cuatro paredes, eso sí—: buscando archivos, citando personajes, enfrentando a otros, provocando reacciones, tomando partido por quienes le resultan cercanos, haciendo justicia para ellos; Revillagigedo parece más un observador científico, un vigilante que ejerce justicia tardíamente, cuando los hechos ya se han consumado —lo que lo revela más realista en la medida de sus limitaciones—. No interviene en el desarrollo de los acontecimientos, no se excede en sus atribuciones ni se involucra con los personajes —quizá también sea una crítica velada, por contraposición, a las excesivas atribuciones que Cuéllar advirtió en Juárez, un señalamiento que le valió el exilio—. Es objetivo en la medida en que sus intereses no están en juego.

Algo similar ocurre con Primo de Verdad, quien observa, escucha y explica fenómenos, pero no puede cambiar el curso de los acontecimientos ni influir en una sociedad ya degradada: no puede impedir que Margarita entre al convento, ni preveer el crimen, tampoco es capaz de detener con sus explicaciones a una turbamulta supersticiosa y aterrada, en el final casi apocalíptico de la novela, que desata una simple aurora boreal:

Algunas personas, y entre ellas el licenciado Primo de Verdad, se ocupaban de tranquilizar a algunos de los prófugos, explicándoles que aquello era un fenómeno conocido que se llamaba *aurora boreal* y que ningún prejuicio les causaría; pero pocos eran los que estaban para explicaciones, y la gente seguía corriendo en dirección a las garitas y a los potreros.²²³

Evidentemente cada obra responde a una situación espacio-temporal determinada y a las preocupaciones particulares del autor. La novela de Sierra O'Reilly fue escrita en una época

²²³ José Tomás de CUÉLLAR, *op. cit.*, p. 400.

en que no había estabilidad en el gobierno por los constantes cambios políticos entre centralismo y federalismo en la República, así como por las desavenencias entre las facciones políticas de los comerciantes (mendecistas) y los hacendados (barbachanistas) al interior de Yucatán. Por su parte, *El pecado del siglo* surgió en el momento del triunfo de una República agotada por las luchas intestinas, ansiosa de orden y estabilidad, en la que la clase política triunfante buscaba desacreditar al clero y a los jacobinos y justificar su permanencia en el poder por medio de la ideología positivista, así como sostenerla a partir de la laicización y la obligatoriedad de la educación.²²⁴ Ya no se desea cuestionar el sistema político —en el virrey, limitado a vigilante y administrador, quizá podemos inferir un rechazo a las pretensiones de Benito Juárez de robustecer las facultades y prerrogativas del poder Ejecutivo—, se trata de transformar a la sociedad que parece no estar a la altura para sustentar tal sistema de ideas políticas adecuadamente.

Para dejar atrás el pasado el narrador toma una actitud distante que le permite observarlo como si fuera ajeno. Al extrapolar los problemas sociales del presente al periodo colonial —recreando tipos sociales y tramas tipo comunes en el siglo XIX y situándolos en una época que no es la suya—, los explica como una herencia que hay que combatir: el caos, como la misma Colonia, deben quedar atrás.

Si bien el situar los hechos en el periodo colonial crea una impresión de distancia, por pertenecer a una faceta distinta de la historia de México, no es casual que la diégesis se ubique en los últimos años del siglo XVIII: hay una cercanía relativa con respecto al presente del narrador y las similitudes, por tanto, son más probables —mas no declaradas— que si la novela se hubiera situado en el siglo XVI. Y el rechazo, por esa misma cercanía,

²²⁴ Véase Leopoldo ZEA, *op. cit.*

debe ser más patente porque hay una amenaza implícita en cuanto a los vicios sociales y la degradación.

Sin embargo, también se establecen vínculos de identidad en la medida en que en el siglo XVIII pueden rastrearse los anhelos e ideales del presente. En este sentido, Tomás Pérez Vejo explica que el gobierno de la casa de Austria estaba revestido, para los liberales, de una connotación totalmente negativa, mientras que el siglo de la casa de Borbón representaba “el crecimiento económico y el auge intelectual”. Así, la recuperación del siglo XVIII

permitía rescatar el pasado criollo como origen de la independencia, engarzar la cultura mexicana en una tradición ilustrada, convertir al liberalismo en continuador y heredero de los proyectos reformistas ilustrados, recuperar un parte del pasado colonial como propio y explicar el adelanto de la nueva nación cuyo progreso y desarrollo cultural no había sido creado completamente *ex novo* sino que hundía las raíces en el progreso y desarrollo de los criollos novohispanos.²²⁵

De manera que los vínculos con el pasado se pueden rastrear en dos grandes personajes históricos: Revillagigedo, la autoridad ilustrada, y Primo de Verdad, el ilustrado precursor de la Independencia; mientras que el distanciamiento se relaciona con la sociedad, símbolo del oscurantismo colonial. Los ilustrados son, muy probablemente, la luz en el horizonte que descubre el narrador en su “mirada retrospectiva”, “los últimos resplandores del crepúsculo que deja atrás”.²²⁶

²²⁵ Tomás PÉREZ VEJO, *op. cit.*, pp. 71 y 73. Si bien Tomás Pérez Vejo circunscribe sus aseveraciones al periodo de 1836 a 1867, me parece que su explicación es apropiada para la novela de Cuéllar quien, además, no fue ajeno al imaginario de los liberales anterior a 1867, pues militó en sus filas.

²²⁶ *Vid. supra.*

Un hereje y un musulmán: en busca de la utopía. La novela de Pascual Almazán

Antes de adentrarnos en la novela, resulta pertinente señalar algunos elementos biográficos que ayudarán a comprender la dimensión ideológica de la novela. Pascual Almazán (1813-1885) nació en la ciudad de México y muy pronto se trasladó a Puebla, ciudad en la que realizó gran parte de sus estudios, y donde residió de manera intermitente a lo largo de su vida. Además, en 1885, gobernó interinamente el estado durante un mes. Fue abogado de tendencias conservadoras, aunque ello no le impidió colaborar con el gobierno liberal de Benito Juárez quien, en 1863,²²⁷ lo nombró miembro de la comisión que debía establecer nuevas medidas de aguas. Sus conocimientos, sobre todo en lo que se refiere a la instauración del ferrocarril —además de jurisprudencia, realizó estudios de ingeniería e historia natural—, lo volvieron útil a un país que requería numerosas transformaciones. Quizás a ello se deba que el gobierno juarista lo tratara con benevolencia durante la Restauración:²²⁸ después de haber colaborado con el gobierno de Maximiliano, “quedó confinado en la ciudad de Puebla y fue nombrado jefe de la estación del ferrocarril”.²²⁹

En esa época de instauración del positivismo, algunos líderes políticos como Benito Juárez, fascinados por el protestantismo, quieren dejar atrás “el imperio de la tradición

²²⁷ Esta fecha la recoge Antonio Castro Leal en la biografía “José Pascual ALMAZÁN (1813-1885)” en *La novela del México colonial, op. cit.*, t. II, p. 845. Llama la atención que consigne en este año el nombramiento de Almazán, siendo que, en mayo de 1863 Juárez salió de la ciudad de México para no volver hasta la caída del Imperio. Quizá el nombramiento de Almazán se dio a principios de año, o puede haber un error en la fecha. Es difícil saberlo a raíz de los escasos datos que se tienen sobre este autor. Lo cierto es que desde 1857 colabora con el gobierno en la instauración del ferrocarril, y que su labor continuó siendo lo suficientemente destacada como para que, ocho años después, Maximiliano lo nombrara Inspector General de Ferrocarriles.

²²⁸ También pudo haber influido el hecho de que Almazán, junto con José M. Cortez y Esparza, pugnó por la abdicación de Maximiliano cuando ya se avistaba la derrota del Imperio (Cfr. Jorge F. HERNÁNDEZ, “Cuadrar un círculo” en José Pascual ALMAZÁN, *Estifelio. Leyenda sajona (1533)*, México, Conaculta / Libros del Umbral (El Pensil, 8), 2002, p. 21.

²²⁹ Antonio CASTRO LEAL, “José Pascual ALMAZÁN (1813-1885)” en *La novela del México colonial, op. cit.*, t. II, p. 845-846. Posteriormente: “Fue director del Ferrocarril de Tlalpan, puesto al que renunció cuando fue electo (1876) Magistrado del Tribunal superior del Estado de Puebla”. A finales de los setenta también se le comisionó para tratar con el gobierno federal el proyecto de ferrocarril entre Puebla e Izúcar de Matamoros.

española”;²³⁰ con miras al progreso, promueven la inmigración de europeos a México para poblar las extensas zonas abandonadas del país. En ese marco Almazán escribió *Un hereje y un musulmán* (1870).

Esta novela fue muy poco conocida en su tiempo, pues si bien el espíritu conciliador de Altamirano la menciona en su revisión sobre la producción novelística en México,²³¹ y fue publicada por Luis Inclán, editor y escritor muy reconocido en esa época, resulta evidente que factores como el que el autor estuviera confinado en Puebla cuando su obra se publicó en la ciudad de México, así como sus antecedentes políticos y el hecho de que sea un escritor menor —la novela no fue reeditada y Almazán sólo publicó otra obra de carácter literario en 1874, diez años antes de su muerte, titulada *Estifelio. Leyenda sajona* (1533)— fueron determinantes en su escasa recepción.

La diégesis se sitúa en la segunda mitad del siglo XVI en Nueva España. En ella, como en la anécdota situada en el siglo XVII de *La hija del judío*, encontramos a los amantes que sólo pueden realizar su unión luego de que han resuelto sus asuntos con el Santo Oficio, y su historia es punto de partida para desarrollar otras temáticas: Adriano, hijo de un encomendero de origen flamenco radicado en el Tajín (Veracruz), regresa a la casa paterna después de realizar sus estudios de jurisprudencia en la Universidad de Lovaina (Países Bajos) y trae consigo a su querido profesor Eucardio, el cual desea pasar los últimos años de su vida en un clima distinto, en el que la persecución religiosa y política es considerablemente menor que en Europa.²³²

²³⁰ Luis GONZÁLEZ, “El liberalismo triunfante” en *Historia general de México*, México, El Colegio de México: Centro de Estudios Históricos, 2000, p. 644.

²³¹ Cfr. Ignacio Manuel ALTAMIRANO, “La literatura mexicana en 1870. La novela mexicana” en *Obras completas XII. Escritos de literatura y arte*, selección y notas de José Luis Martínez, México, SEP, 1988, t. I, p. 232.

²³² El profesor Ernesto Gutherzig, que tradujo al griego su apellido y se hizo llamar Eucardio (hombre de buen corazón), salió de los Países Bajos en la época en que el duque de Alba instauró el llamado Tribunal de los

Sin saberlo, Adriano ha traído a un filósofo desencantado hasta de la fe protestante que le hizo renegar del catolicismo que profesaba originalmente, un “hereje” que pasa sus últimos días haciendo el bien y amando a la familia que lo acogió en su seno. Por su parte, José Alavez y Mudarra, un musulmán venido de Granada que desea establecer una comunidad de su propia religión en América, quiere apoderarse de la amada y de las tierras de Adriano después de haber asesinado a su padre, y se sirve de unos documentos que demuestran la heterodoxia de Eucardio para delatar a Adriano ante el Santo Oficio como probable discípulo del hereje, con el fin de que el joven esté imposibilitado de defender lo que es suyo. Sin embargo, el delator cae pronto en su propia red: es apresado y, después de algunos trámites burocráticos que retrasan el castigo del musulmán y la liberación de Adriano, se reestablece el orden con la unión de los amantes y la muerte del musulmán.

La novela puede dividirse en dos partes claramente diferenciables. La primera se integra con los capítulos I-XX, abarca un año de la diégesis en el que tienen lugar numerosas escenas costumbristas, diálogos, descripciones, que en su mayoría ocurren fuera de la ciudad, y tiene la función de aportar los antecedentes de los personajes y la explicación de la crisis posterior: el encarcelamiento de Adriano. Estos antecedentes se pueden dividir en privados y públicos, los primeros consisten en antecedentes personales, emotivos o intelectuales de los protagonistas, mientras que los segundos pueden definirse como las circunstancias materiales, sociales e ideológicas que los rodean.

En los capítulos XXI-XL se desencadena el conflicto que comienza con la muerte del Eucardio y del padre de Adriano, y continúa con el encarcelamiento de este último, hasta

Tumultos, mejor conocido como el Tribunal de la sangre, para la persecución de delitos políticos. *Vid.* capítulo III, “Un doctor del siglo XVI” en Pascual ALMAZÁN *Un hereje y un musulmán en La novela del México colonial*, II t., Ed. e introd. de Antonio CASTRO LEAL, México, Aguilar, 1964, t. II, pp. 856-860. Las citas del presente análisis provienen, todas, de esta edición.

culminar con su liberación y el castigo del musulmán. En esta segunda parte, que abarca tres años de la diégesis gracias a numerosas elipsis, alternadas con escenas y diálogos más prolongados que ocurren mayoritariamente en la ciudad, lo privado se ve afectado por lo público, y los aspectos de cotidianeidad se difuminan conforme la intriga y lo sociopolítico —la pugna entre corporaciones, la civil y la eclesiástica, por el privilegio de juzgar al moro, la recreación del mundo burocrático, el auto de fe como divertimento del pueblo y manifestación representativa de los estratos sociales— adquieren un lugar preponderante.

El mundo colonial resulta muy complejo y abarcador en la medida en que se recrean diversos grupos sociales, nacionales y extranjeros, y regiones del país, así como por el hecho de que no sólo se alude a lo que ocurre en México, sino que la Colonia configurada en *Un hereje y un musulmán* se inscribe en una época entera, determinada por acontecimientos mundiales, que a su vez forma parte de una historia más general que comienza con la Grecia antigua y llega hasta el presente del narrador.

También es importante advertir que en la novela destacan dos perspectivas que son determinantes para analizar la dimensión ideológica: la de la trama²³³ y la del narrador. En el primer caso encontraremos que el desarrollo de los acontecimientos, así como la selección de determinados personajes y situaciones configuran un punto de vista que a veces parece contrapuesto con el del narrador quien, es importante mencionarlo, evita manifestar su opinión directamente sobre los acontecimientos y personajes que intervienen

²³³ Según Luz Aurora Pimentel, detrás de cualquier historia hay una preselección de acontecimientos o una selección orientada que “es, en sí misma, un punto de vista sobre el mundo, y puede por tanto ser descrita en términos de su significación ideológica” (*El relato en perspectiva: estudio de teoría narrativa*, México, Siglo XXI / UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 1998, p. 122). En esta preselección de acontecimientos interviene lo que Paul Ricoeur llama *mediación simbólica*: “Con arreglo a las normas inmanentes a una cultura, las acciones pueden valorarse o apreciarse, es decir, juzgarse según una escala preferentemente moral” (*Tiempo y narración I...*, p. 122), de manera que las acciones, inscritas en una cultura determinada, ya llevan por sí mismas una carga de valor que puede “extenderse a los propios agentes, que son tenidos por buenos, malos, mejores o peores” (*idem*).

en el desarrollo de la diégesis. Su postura con respecto a éstos sólo se advierte en la elección de determinados sustantivos y adjetivos. Los comentarios del narrador generalmente se relacionan con instituciones o hechos históricos que trascienden la intriga: la Inquisición, la leyenda negra, la piratería, la conquista, la evolución de la ciencia y la permanencia de las supersticiones. Son digresiones que se insertan a propósito de un acontecimiento ficticio. En ellas el narrador sí deja clara su postura y la labor del lector consiste en desentrañar la relación entre estas opiniones y lo que ocurre en la diégesis.

Por su parte, la perspectiva de la trama pone a los personajes en acción, de tal manera que es el lector quien llega a determinadas conclusiones, quien percibe la burla y la ironía, a partir de los elementos que se ponen en juego: es él quien percibe que ciertas situaciones son ridículas, o qué personajes tienen razón y cuáles no.

En lo que coinciden ambas perspectivas, y ello explica las aparentes contradicciones, es en la tendencia romántica a mostrar la complejidad del mundo, de tal manera que no se puede juzgar a una institución o a un grupo social en bloque, y se hacen evidentes ciertas atenuantes que nos impiden juzgar a los individuos a partir de esquemas maniqueos. La trama y el narrador serán complementarios para poder desentrañar la postura ideológica y el planteamiento utópico de la novela.

1. El humanismo entre todos los tiempos

La diégesis se desarrolla entre 1569 y 1574, año en que se llevó a cabo el primer auto de fe en la Nueva España, de acuerdo con las crónicas de Torquemada que cita Almazán.²³⁴ Sin embargo, como ocurre en *La hija del judío*, en *Un hereje y un musulmán* se abarca una

²³⁴ Cfr. *ibid.*, pp. 948-949.

extensión temporal mayor por medio de los comentarios históricos del narrador, así como por las analepsis y prolepsis que explican el pasado y el destino posterior de los personajes.

El tiempo en esta novela tiene dos niveles: en el primero —podríamos decir sincrónico— se recrea el siglo humanista por antonomasia, el XVI, por medio de la alusión —de los personajes o del propio narrador— a acontecimientos anteriores: como la reforma protestante, la rebelión de Martín Cortés, la aventura de Cabeza de Vaca en la Florida; y posteriores a la diégesis: la historia del pirata John Hawkins y el ataque de Francis Drake en la costa de Veracruz, la muerte del protomártir mexicano Felipe de Jesús en Japón, el año de 1597; así como por la mención de libros representativos de la cultura humanista de ese siglo: el *Espejo de caballerías*, *La escala de San Juan Clímaco*, *Tragicomedia de Calisto y Melibea*,²³⁵ por ejemplo, o los autores griegos y latinos que consulta Eucardio como las *Geórgicas* de Virgilio y *De Metallis* de Plinio.²³⁶ Por otra parte, Adriano es descendiente del papa Adriano VI, el educador de Carlos V, y estudió en Lovaina —aquí apela el narrador a los conocimientos previos del lector, quien debe saber que Lovaina fue una de las universidades más antiguas, que tuvo su auge en el siglo XVI y en ella estudió Erasmo de Rotterdam—. Asimismo, el narrador constantemente alude o cita textualmente sus fuentes, que son contemporáneas a los acontecimientos narrados, en especial Torquemada “—nuestro Heródoto—”.²³⁷ Y al comparar a Torquemada con el historiador griego crea estrechos lazos entre la tradición humanista europea y la cultura mexicana, y se une así a la tendencia nacionalista que reivindica lo mexicano en el contexto de la tradición occidental.

Así México, en esta novela, parece una buena opción para el futuro: a él inmigran personajes humanistas que huyen de la intolerancia en Europa y sus tierras son codiciadas

²³⁵ Cfr., *ibid.*, p. 869.

²³⁶ Cfr., *ibid.*, pp. 888 y 890.

²³⁷ *Ibid.*, pp. 949 y cfr. pp. 893 y 948-949.

por los musulmanes. Pero aún queda mucho por hacer y la actitud del narrador es irónica cuando comenta las preocupaciones absurdas de algunos tipos sociales, como un litigio en torno al lugar que deben ocupar las imágenes de San Miguel y la Virgen de la Magdalena dentro de una iglesia:

No es extraño que, siendo mercaderes la mayor parte de las personas que en aquella época costeaban las fundaciones, quisieran obtener las ventajas comerciales posibles, y tal era en su concepto la de halagar a sus santos patronos para que a su vez se interesasen por ellos cuando “dieran punto a sus negocios” en esta vida.²³⁸

En un segundo nivel, que podemos llamar diacrónico, se recrea la historia en un sentido amplio y abarcador a partir de determinadas temáticas: la historia de la tortura y las supersticiones,²³⁹ la historia de la piratería,²⁴⁰ reflexiones, comentarios y vivencias en torno al pasado indígena y la conquista,²⁴¹ de tal manera que se observa el ámbito hispánico, y sobre todo el mexicano, dentro de un contexto más amplio, histórico y mundial que, por un lado, deja de parecer inferior con respecto a las otras naciones en que existen prácticas igualmente bárbaras y, por otro, se hacen manifiestas ventajas y desventajas que se atribuyen a cada época, de manera que ningún periodo histórico es completamente idealizado, en cambio es posible identificar aquellos aspectos positivos que se desean rescatar en la novela para el desarrollo de una propuesta social y moral con fuertes tintes utópicos.

El narrador extradiegético y heterodiegético, sumamente culto, se sitúa trescientos años después de los acontecimientos que, asegura, ya “podemos juzgar con

²³⁸ *Ibid.*, p. 906.

²³⁹ Cfr., *ibid.*, cap. XXIV, “La inquisición”, pp. 919-922. Y también *vid. infra*.

²⁴⁰ Cfr., *ibid.*, cap. VIII, “Sir John Hawkins”, pp. 872-873.

²⁴¹ *Vid. infra*.

imparcialidad”.²⁴² La intención de la novela se revela claramente comparativa desde el momento en que, en su presentación original, incluía el subtítulo: “México hace trescientos años”.²⁴³

Tanto el pasado indígena como el colonial son censurados por su organización social y política:

Medio siglo después de la conquista por los españoles presentaba ya el centro del Anáhuac un aspecto tranquilo, habiéndose convertido generalmente los vencedores en colonos devotos, y avezándose más y más cada día los vencidos a un yugo que no era muy diverso del que habían sufrido bajo los emperadores mexicanos. Las victorias sangrientas de Moctezuma sobre las tribus o naciones limítrofes, y la tiranía respecto de sus súbditos, prepararon la sumisión casi general a los españoles, después de dar doscientos mil aliados a Cortés para destruir el Imperio azteca.

Entretanto, la influencia del clero había crecido desmesuradamente, pues, por una parte, la necesidad de perdón la hacía indispensable a los conquistadores que tanto habían abusado, y, por otra, enseñando los *doctrineros* a los indígenas la religión o al menos las prácticas exteriores, que son un equivalente para personas rudas, habían adquirido un predominio que los vencedores llegaron a temer y, después, a aprovechar, y que frecuentemente fue útil a los vencidos, protegiéndolos algunas veces, los primeros misioneros, con verdadera caridad y abnegación.

[...] calumniaría el autor [a la época indicada] si para dar interés a esta novela inventara una aglomeración de crímenes y una mezcla de personajes que no sería verosímil ni aun en tiempos recientes, en que las guerras civiles han pervertido el carácter nacional.²⁴⁴

Podemos ver en esta cita que así como la Conquista representa dominio y sujeción, el pasado indígena no es idílico, pues el carácter opresivo del régimen prehispánico preparó el

²⁴² *Ibid.*, p. 919. También podemos detectar que el narrador es contemporáneo a la publicación de la novela por el hecho de que alude al espiritismo (*Vid.* p. 920 e *infra*), el cual apareció a mediados del siglo XIX y su auge en México tuvo lugar a principios de la década de 1870 (Cfr. Carlos ILLADES y Adriana SANDOVAL *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*, México, UAM/Plaza y Valdés, 2000, pp. 40-41).

²⁴³ Cfr. Antonio Castro Leal “Prólogo”, en Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, 3ª ed., México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos, 83), 1972, p. XXI. Aprovecho aquí para lamentar, sin que por ello demeritemos su labor de rescate y revaloración, que Castro Leal haya decidido suprimir el subtítulo en su edición, así como algunas notas a pie que consideró innecesarias —algo parecido hace con *La hija del judío*, aunque afortunadamente la editorial Planeta, en su edición, ha rescatado notas perdidas—, ya que ello entorpece el trabajo crítico y de análisis. Asimismo, resulta imperativo realizar nuevas ediciones en que se respete el contenido semántico del texto totalmente. No olvidemos que lo que resulta irrelevante o incomprensible para unos puede ser esclarecedor para otros.

²⁴⁴ *Ibid.*, p. 851.

terreno para que el español lo sustituyera,²⁴⁵ logrando pronto la estabilidad y el “aspecto tranquilo” de la Colonia. La relación entre los dos periodos no es de ruptura sino de continuidad, el cambio entre uno y otro es apenas perceptible: en ambos hubo tiranías y sumisión —el narrador sólo registra como un momento de rebeldía el levantamiento de Martín Cortés—. La diferencia radica, según advierte el narrador, en la presencia y poder de los frailes que, sobre todo con los primeros misioneros, fue muy positiva y puso límites a los abusos de los dominadores, a ello la perspectiva de la trama agregará la presencia del humanismo, con sus libros moralizantes y con personajes que tienden a la perfección e interactúan con los indios, disminuyendo su ignorancia y aprovechando sus conocimientos. Y de esta manera el pasado adquiere tintes positivos que no se advierten en el presente, por el que el narrador muestra cierto rechazo que se percibe desde la cita anterior: las guerras civiles representan carencia de unidad nacional, de autoridad y orden. También se desmitifica al XIX como el siglo del progreso cuando el narrador compara el espiritismo del siglo con las creencias supersticiosas del pasado: “Tampoco la creencia de las brujas y el poder casi autocrático de Satanás constituye un error casi exclusivo de la Inquisición. La magia y la adivinación han sido de todos los tiempos (dispénsenos los espiritistas, nuestros contemporáneos)”.²⁴⁶

De ninguna manera será mejor el siglo XIX, y sólo a la Ilustración el narrador le concede avances como la abolición de la pena de muerte.²⁴⁷ A pesar de que durante toda la

²⁴⁵ Ni Moctezuma ni Cuauhtemoc son héroes románticos, en la novela de Almazán el primero es un tirano y el segundo representa, en la memoria del indígena Sebastián Teyólotl, la crueldad de los sacrificios humanos: “[los inquisidores] no sabrían desollar a un tlaxcalteca o a un tarasque entero como lo hacía en los sacrificios de los mercaderes el sumo pontífice Cuauhtemotzin antes de ser emperador” (*Ibid.*, p. 957).

²⁴⁶ *Ibid.*, p. 920. El capítulo XXXVIII, “Espiritismo de los filibusteros” (pp. 964-967), contiene una clara burla a estas creencias en la otra vida y en las reencarnaciones: un pirata ignorante y borracho quiere matar al musulmán en la entrada de una cueva para que su espíritu cuide el tesoro que está allí enterrado, pero el pirata ha tomado tanto que es incapaz de matar al otro.

²⁴⁷ Cfr. *ibid.*, p. 920 y 874, respectivamente.

novela se harán manifiestos los defectos de numerosos personajes que habitan en el siglo XVI, predomina la nostalgia cuando alude al “tesón español de aquel siglo”,²⁴⁸ a personajes idealistas cuyas preocupaciones metafísicas crean “un vacío de incertidumbre que la sociedad actual apenas puede comprender”,²⁴⁹ así como al orden y tranquilidad que permitía que los hombres se acercaran, en caminos solitarios, “con la franqueza y confianza de aquellos tiempos”.²⁵⁰ Por lo tanto, un aspecto en el que habrá que fijar la atención —así se hará más adelante— es en las cualidades morales que se atribuyen al periodo recreado.

En cuanto a su relación con el tiempo, considero que la actitud del narrador se resume en un diálogo que entablan los grandes protagonistas de esta historia, el doctor Eucardio y Adriano:

—Es muy grato el placer de la novedad y adquirir el saber de lo desconocido —decía [Eucardio] a Adriano—, pero es igualmente agradable gozar de aquello a que hemos estado acostumbrados y engolfarnos en los recuerdos. El mundo físico gira sobre los dos polos opuestos del Norte y del Sur; el mundo moral tiene también sus dos polos contrarios entre los cuales oscila: la Novedad y la Habitud.

—En efecto, es así —le contestó Adriano— y creo que tan mal hace quien, desdeñando todo lo nuevo, sólo busca el bienestar en la costumbre, como el que desprecia las de su sociedad o su familia y anhela sólo por usos recientes. El placer de las estaciones consiste en su variada sucesión.²⁵¹

La postura del narrador es conservadora y se sube con reservas al tren de la modernidad: cree en un progreso paulatino, limitado a la ciencia práctica, y sin abandonar la tradición, a diferencia de *El pecado del siglo*, en que se promueve el rechazo a la sociedad anterior para que pueda surgir una nueva basada en la clase media trabajadora. En *Un hereje y un musulmán* la esperanza, como se ve en la cita anterior —y verificaremos en el transcurso de

²⁴⁸ Pascual ALMAZÁN, *op. cit.*, p. 857.

²⁴⁹ *Ídem.*

²⁵⁰ *Ibid.*, 875.

²⁵¹ *Ibid.*, p. 899. En este diálogo podemos notar un primer indicio de algo que analizaremos más tarde: los personajes hablan como iguales a pesar de que uno fue maestro y el otro alumno. Adriano es una voz autorizada desde el principio de la diégesis.

este análisis—, no se cifra en revoluciones que cambien todo, ni se concibe el tiempo a partir de contradicciones, competencia, aniquilación o violencia: el individuo se sitúa en un devenir histórico y un mundo moral —regido por una especie de plan divino— que por sí mismo trae posibilidades de cambio; el papel del individuo, integrante consciente y voluntario de una comunidad —la familia y la sociedad—, consiste en elegir lo bueno y dejar atrás lo malo (ambos, aparentemente, son fáciles de identificar). Los cambios se inscriben dentro de leyes naturales, invariables como las estaciones, y el individuo debe avanzar junto con su comunidad.

De acuerdo con Marshall Berman, “Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos”.²⁵² El hombre moderno, fáustico, es un desarrollista cuyas obras “terminan por exigir grandes costes humanos”,²⁵³ mientras que el narrador de *Un hereje y un musulmán* concibe el progreso como un desarrollo cronológico lineal y paulatino, un principio supraindividual que lleva de la mano a la comunidad. Con ello se procura evitar, o evadir, el aspecto destructivo que entraña la modernidad.

Y parece que el punto de partida para el desarrollo de la comunidad, de acuerdo con la novela, es el periodo renacentista, del cual destacarán la labor misionera y el espíritu nuevo, la tradición humanista que posibilita la existencia de personajes como Adriano y Eucardio. A partir de ahí se retoman los valores positivos que ha traído el cambio de los tiempos, los cuales tienen que ver no tanto con la ciencia sino con el *paulatino* avance de la civilización, manifiesto en el repudio de la tortura y la supresión de la pena de muerte.

²⁵² Marshall BERMAN, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, tr. Andrea Morales Vidal, 13ª ed. en esp., México, Siglo XXI, 2001, p. 1.

²⁵³ *Ibid.*, p. 31.

Pero ¿qué significa el humanismo para Pascual Almazán, y qué es lo que quiere rescatar de este periodo? Recordemos en primer lugar que en el siglo XIX, y en el mismo XVI, se forjó la idea de que el Renacimiento representaba una ruptura con el pasado inmediato, el oscurantismo medieval, y la recuperación de la antigüedad clásica. Humanismo, por su parte, se relaciona con la preocupación por el perfeccionamiento del ser humano que debía convertirse en “ ‘El hombre universal’, maestro en todas las cosas”.²⁵⁴ Y uno de los grandes esfuerzos consistió en recuperar los valores y las enseñanzas científicas de esa antigüedad pagana que llevaban a nuevos descubrimientos,²⁵⁵ de tal manera que no chocaran con los valores cristianos del siglo XVI: “lo que deseaban era convertirse en romanos antiguos sin dejar de ser cristianos modernos”.²⁵⁶ Asimismo, Jean Servier afirma que el siglo XVI “se caracteriza por un interés profundo por lo divino, una voluntad profunda por conciliar la vida terrestre con la fe”.²⁵⁷

Erasmus de Rotterdam perteneció justamente al humanismo cristiano que se desarrolló al norte de los Alpes. Sentía admiración por el estoicismo de griegos y romanos, particularmente de Séneca, “por su consejo, de preservar la serenidad de ánimo o la entereza frente a la tiranía, la muerte, o lo que Hamlet llamaba ‘los golpes y dardos de la insultante Fortuna’ ”.²⁵⁸ Y aquí debemos recordar que Erasmo fue instructor de Carlos V, personaje mencionado en la novela, y que Plinio, cuya obra es leída por Eucardio, predicaba la filosofía estoica.

²⁵⁴ Peter BURKE, *El Renacimiento*, tr. Carme Castells, Barcelona, Crítica (Biblioteca de Bolsillo), 1999, p. 46.

²⁵⁵ Los avances tecnológicos de la época fueron: “invención de armas de fuego, de los artefactos mecánicos, de la imprenta, de los nuevos métodos de navegación y de otras máquinas que propiciaron el auge de los hilados y productos textiles” (*ibid.*, p. 100).

²⁵⁶ *Ibid.*, p. 41.

²⁵⁷ Jean SERVIER, *La utopía*, tr. Ernestina Carlota Zenzes, México, FCE (Breviarios, 319), 1982, p. 30.

²⁵⁸ Peter BURKE, *op. cit.*, p. 75.

Y serán estos tres valores humanistas —el estoicismo, el hombre universal y la articulación armónica de ciencia y religión—, los que, como veremos en el transcurso del análisis, encarnaran los personajes positivos como Eucardio y Adriano, sobre todo este último, que representa el ideal del hombre universal. En este esquema, el individualismo, que comienza a hacerse evidente en el Renacimiento y se convierte en el elemento más desarrollado en los siglos posteriores hasta derivar en el egotismo burgués y formar parte esencial en el sistema capitalista, no aparece en esta novela como un valor: los personajes positivos de esta novela contribuyen al mejoramiento de su sociedad y permanecen estoicos ante las injusticias, confiados en el auxilio de la Providencia, y no tratan de imponer, ni siquiera dar a conocer, su ideología a nadie. Lo que sí resultará una defensa al individualismo es la forma en que los personajes se relacionan con la divinidad: los hombres no serán juzgados por su religión, sino en la medida en que su comportamiento público responda a valores morales universales —que, de acuerdo con Almazán, corresponden a los valores cristianos, en el sentido primitivo del término: el comportamiento moral dentro de un grupo social—. Desde esta perspectiva, la novela se inscribe dentro de la ideología positivista que: “Pretendió ser una doctrina del orden social y no del orden individual”.²⁵⁹

2. De todos los espacios... uno para comenzar de nuevo

A este tiempo del equilibrio, el tiempo ideal, destacado por los valores que representa, ha de corresponder un lugar en el que esos valores pueden concretarse. La recreación del espacio partirá de la misma estrategia que empleó la novela en el caso del tiempo.

²⁵⁹ “El individuo era libre para tener las ideas que quisiese, para lo que no era libre era para imponer estas ideas, sus ideas, a la sociedad” (Leopoldo ZEA, *op. cit.*, p. 71).

En la novela de Almazán se mencionan espacios muy diversos, que van más allá del ámbito hispánico y de los lugares comunes a los que aluden gran parte de las novelas e ideólogos del siglo XIX, tales como la ciudad de México, el puerto de Veracruz, España, Francia, Estados Unidos e Inglaterra. El espacio, las acciones y los personajes están íntimamente relacionados, por lo que será difícil caracterizar al primero sin aludir a los segundos.

La familia del protagonista está emparentada con el papa Adriano VI y es de origen flamenco, al igual que el doctor Eucardio. El carácter culto y racional de Adriano y sus seres queridos, junto con su procedencia y lazos familiares, nos sugieren que son portadores del humanismo. La familia de Adriano llegó a México buscando un mejor futuro, y Eucardio, un refugio a su propio desencanto, huyendo de la intolerancia que se desencadenó en el imperio español.

Pero la crueldad y la amenaza no son exclusivos de España: se alude y reprueba a piratas ingleses, holandeses y franceses, así como al gobierno de Inglaterra que los solapa.²⁶⁰ Asimismo, se pone en evidencia que esas naciones cometieron actos de crueldad y tortura, con lo que se contrarresta la “leyenda negra” en torno a la Inquisición española que se difundió ampliamente en el siglo XIX.²⁶¹

Granada, por otra parte, es el origen del musulmán, José Alavez y Mudarra, que quiso crear una población de gente de su raza en Nueva España, luego de sufrir la crueldad de sus correligionarios en África, pues los reyes de Túnez y Argel, en lugar de socorrer a quienes tuvieron que salir de España después de la persecución religiosa, decidieron

²⁶⁰ El pirata John Hawkins, cuya “socia, la Reina Virgen, le dio después el rango de caballero, figuró por algún tiempo en su país desempeñando el rango de tesorero del almirantazgo” (Pascual ALMAZÁN, *op. cit.*, p. 873).

²⁶¹ “La barbarie de la tortura vino, pues, de más atrás de los siglos bárbaros. La decretaban sin escrúpulos los tribunales de las naciones católicas y protestantes, monárquicas y republicanas, en el siglo XVIII, y Rusia e Inglaterra, las primeras, tuvieron la gloria de abolirla hace más de cien años” (*ibid.*, p. 920).

apoderarse de todo lo que traían y abandonarlos a su suerte o esclavizarlos.²⁶² Así, los territorios africanos aparecen inhóspitos y su gente salvaje, y los nativos de Granada víctimas de la intolerancia religiosa.

De esta manera, el Viejo Mundo se caracteriza por la intolerancia, como un lugar del que emigran aquellos que desean prosperidad para su familia o su comunidad. Y es esa intolerancia, así como la codicia de España e Inglaterra, la que propicia que arriben elementos nocivos al nuevo mundo, tales como piratas, conquistadores²⁶³ y musulmanes resentidos.

La familia de Adriano llega inicialmente a la ciudad de México, en donde no son muy bienvenidos como comerciantes extranjeros, por ello se retiran a una encomienda en el Tajín, en donde viven en paz y tranquilidad. En este sentido, la novela se inscribe en la tendencia de los mexicanos decimonónicos —que ya habíamos observado en la novela de Cuéllar— a rechazar la actividad del comerciante, al que veían como extranjero y especulador, luego de que el socialismo premarxista concibiera “como enemigo de los trabajadores a los comerciantes acaparadores de ganancias, materias primas y bienes de consumo”.²⁶⁴ En *Un hereje y un musulmán*, las actividades con connotaciones positivas son la jurisprudencia —profesión de blancos propia de las ciudades—, la medicina —única actividad móvil (ciudad-campo) en la que entran en contacto y retroalimentación blancos e

²⁶² Cfr. *ibid.*, capítulo VI, “Yusuf Ben-al-Abas o al-Abad”, pp. 865-868.

²⁶³ En el transcurso de la novela se alude a la codicia de los españoles, ya sea que la evidencien los conquistadores con sus palabras: “llevando entre los bagajes un franciscano o un mercedario, puede un hidalgo echarse a hacerse entradas y a conquistar con toda conciencia” (*ibid.*, p. 919), o medite sobre ella un indígena que regala una pepita de oro a Eucardio: “¿A todos los blancos enloquecerá igualmente el oro? Quería yo que mi regalo le agradase, mas no hasta el punto de que le asemeje a un español” (*ibid.*, p. 889). Cabe mencionar que de inmediato Eucardio demuestra que su interés por el oro es meramente científico.

²⁶⁴ Cfr. Carlos ILLADES, *op. cit.*, pp. 110. Este autor ejemplifica esta tendencia con *El monedero* de Nicolás Pizarro. El comercio, además, frecuentemente era desempeñado por españoles, quienes entraban constantemente en contacto con las capas bajas de la sociedad y a los que se les culpaba frecuentemente de “explotación económica” (Tomás PÉREZ VEJO, *op. cit.*, p. 302), y esta actividad los volvía sumamente visibles en la sociedad, de manera que constantemente aparecían en el debate público entre hispanófobos/hispanófilos (*ibid.*, p. 292).

indios— y la agricultura —que los blancos al final abandonan y queda en manos de indígenas y mulatos—,²⁶⁵ mientras que el papel de la minería resulta un tanto ambiguo en la medida en que ayuda a asegurar el futuro de Adriano, pero en cuanto se logra este objetivo la mina se cierra: ni los blancos ni los indígenas o mulatos muestran interés por explotarla.

En este marco, Adriano logra integrarse a la ciudad cuando su apellido ya ha sido hispanizado —de Van der Ulmen pasó a Dolmos— y desempeña una actividad muy necesaria para la nación: la jurisprudencia, adaptando los conocimientos adquiridos en Lovaina a la circunstancia mexicana por medio de nuevos estudios en la capital del país.

Pero volvamos al Tajín: es un lugar propicio para la alabanza de la naturaleza local, propia del romanticismo mexicano: “no acertaría a decir si es mayor el placer que me inspira esta tierra *semejante al Paraíso* o el que me infunde la contemplación del cielo austral”.²⁶⁶ Sin embargo, la naturaleza descrita responde a cánones estéticos más propios del naturalismo dieciochesco que del romanticismo:

helechos arborescentes, cuyas extensas hojas formaban una orla semejante al encaje más fino elaborado por las jóvenes del país natal del doctor.

Por todas partes veía follajes cortados con simetría y formas desconocidas, flores en que el sol había impreso los colores más ricos [...]

[...] la humedad del aire comunicaba a los músculos de los viajeros una delicia análoga a la de un baño. Recreaban entretanto sus oídos las prolongadas melodías de los cenzontles, el órgano lejano del clarín de las selvas y las notas silvestres de las calandrias o los papanes, o los distraía la visión de los ligeros colibríes que reflejaban en su plumaje los más brillantes colores metálicos.²⁶⁷

Y los efectos que provoca son enteramente benéficos, propios del espacio idílico donde el poeta arcádico traslada su cultura “para practicar el antiguo rito de la renovación, de la

²⁶⁵ Más adelante se retomarán los temas de la jurisprudencia y el trabajo en el campo ya que son importantes en la comprensión de la obra y su dimensión ideológica.

²⁶⁶ Pascual ALMAZÁN, *op. cit.*, p. 853. Las cursivas son mías.

²⁶⁷ *Ibid.*, p. 853. Cabe mencionar que el colibrí, para la imaginaria criolla, es una especie de ser milagroso que, como el ave fénix, representa la resurrección. *Vid.* Jorge RUEDAS DE LA SERNA, *op. cit.*, p. 173.

regeneración o el rejuvenecimiento, en virtud de su contacto con la zona sagrada de la Natura”.²⁶⁸ Esta naturaleza es completamente apolínea, carece de las contradicciones introducidas por lo dionisiaco, propias de la modernidad y el romanticismo.²⁶⁹

La vivencia en el Tajín da la carta de naturalización a Teófilo Dolmos para que su hijo sea aceptado en la sociedad mexicana; por medio de la naturaleza Adriano recupera la infancia y se readapta al país del que partió años atrás para ir después a la ciudad de México e integrarse a ella; Eucardio, en ese espacio idílico, reconquista un poco de la paz que ha perdido después de probar el fruto amargo de la ciencia. Este personaje aparece por primera vez como el romántico atormentado por la conciencia de escisión:

¡Cuán exactamente escribió Moisés (se decía a sí mismo) que el árbol de la ciencia produce la muerte! [...] ¿Qué otra cosa es Prometeo probando el fuego celeste y atormentado por ello? El menor mal para quien adelanta a sus compañeros de viaje, separándose de ellos, es ir aislado, venciendo difícilmente las asperezas de su camino.²⁷⁰

Pero la naturaleza y la reintegración a una comunidad, en este caso la familia Dolmos, permite que a la muerte de Eucardio se sugiera una posible reconciliación con el mundo e, incluso, con la religión, pues Eucardio pasa sus últimos instantes llorando en los brazos de un sacerdote católico.

Esta naturaleza, con su carácter apolíneo estimula los recuerdos de infancia de Adriano, así como el deseo de conocimiento científico de Eucardio desde un terreno práctico que no afecta a las creencias religiosas y proporciona elementos de estudio a los nativos, indígenas y mulatos, sirvientes de la familia de Adriano, para conocer el pasado: por medio de las huellas que encuentran en la tierra y en las plantas, ellos son capaces de saber quién pasó, y hace cuánto tiempo, por determinado sendero. Es decir, se retoman

²⁶⁸ *Ibid.*, p. 4.

²⁶⁹ *Vid. supra.*, capítulo primero.

²⁷⁰ Pascual ALMAZÁN, *op. cit.*, p. 858.

ciertos elementos comunes en el romanticismo, pero desprovistos de contradicción y conflicto pues la naturaleza revela sus secretos a quienes indagan en ella.

Asimismo, por medio del Tajín se expresa la dicotomía ciudad y campo, pero no para denigrar a uno o a otro, sino para establecer campos de competencia y sugerir un reordenamiento social. El campo puede ser objeto de la codicia de elementos nocivos como conquistadores o musulmanes resentidos, que son capaces de explotar a los indígenas o asesinar propietarios con tal de obtener lo que desean, y la novela parece sugerir que lo mejor es crear las dos repúblicas que añoraban los primeros misioneros:²⁷¹ los blancos en la ciudad y los indios en el campo, de tal manera que no haya mezclas ni conflictos, en una separación que se da voluntaria y naturalmente. Así, al final de la novela Adriano *regala* sus tierras a sus más fieles servidores, un mulato y un indígena, los cuales pasaron por el filtro de la civilización desde el momento en que Eucardio les enseñó a leer y así están preparados para su labor en el campo.²⁷²

Los recorridos de Adriano del Tajín a la ciudad de México por lugares como Cuapixtla, Amozoc, Puebla de los Ángeles, Tlatelolco, Orizaba, Cholula y lo que hoy conocemos como el Desierto de los Leones²⁷³ nos permiten conocer tipos sociales y personajes históricos que dan el color local y de época a la novela, además de contribuir a la configuración ideológica por medio de la perspectiva de la trama y del narrador.²⁷⁴ El narrador elabora, apoyado en las acciones y los diálogos de los personajes, retratos costumbristas de frailes, indígenas, artesanos, barberos, conquistadores, ganaderos,

²⁷¹ Cfr. Antonio RUBIAL GARCÍA, “Ángeles en carne mortal. Viejos y nuevos mitos sobre la evangelización de Mesoamérica”, en *Signos Históricos*, revista de la UNAM Iztapalapa, núm. 7, enero-junio 2002, pp. 20-25.

²⁷² Podemos pensar que aquí hay una crítica a la expropiación de las tierras comunales que implementó Benito Juárez durante su gobierno.

²⁷³ El narrador alude a unos “montes al suroeste de México que después eligieron los carmelitas para su desierto” (Pascual ALMAZÁN, *op. cit.*, p. 907).

²⁷⁴ De estos personajes nos ocuparemos al momento de analizar el personaje de Adriano en el siguiente apartado.

burócratas, verdugos y piratas que contribuyen, junto con la extensión temporal, a dar la impresión de que se recrea una época entera. Estos recorridos se asemejan a las narraciones de viajes —muy comunes en el Renacimiento y que reflejan el descubrimiento de tierras y países ignotos—, pero se enfocan en un solo país y de esta manera dan cuenta de su enorme diversidad.

Finalmente, el mundo indígena antiguo también se le asigna un espacio de representación. La pirámide del Tajín, “monumento que apenas sobresalía por su mitad superior sobre la alta selva que en cuarenta años de deserción por los antiguos adoradores, había invadido todos los contornos”,²⁷⁵ representa el abandono de los indígenas de las antiguas idolatrías. Ese lugar es visitado por Eucardio y Adriano con un espíritu científico, y el hecho de que ahí se refugien los piratas, marginados que huyen de la justicia y se expresan constantemente con expresiones casi heréticas e interjecciones extrañas en inglés como “*Friends and hell!*”, “*Sdeath!*”, “*Pshaw!*”,²⁷⁶ puede interpretarse como inferioridad cultural de estos últimos, respecto a los visitantes, pero también en relación con indígenas como los sirvientes de Adriano, los cuales además de haber abandonado el edificio, se expresan correctamente en español e incluso aprendieron a leer, o son consejeros nada menos que del doctor Francisco Hernández, quien llegó de España, por órdenes de Felipe II, para aprender de los indígenas las propiedades curativas de las plantas de la Nueva España.²⁷⁷

Sin embargo, la presencia de los monumentos indígenas tiene un segundo valor que refuerza la necesidad de separación entre blancos e indios: son las ruinas románticas que

²⁷⁵ *Ibid.*, p. 869.

²⁷⁶ *Ibid.*, pp. 870-871.

²⁷⁷ Cfr. *ibid.*, pp. 912-913.

resaltan la presencia del pasado en el presente,²⁷⁸ pero desprovistas de nostalgia, aunque no por ello de significación histórica. Su subsistencia implica una amenaza, tanto de resurgimiento de las idolatrías como de levantamientos indígenas: en la ciudad los indígenas hablan en su lengua materna, se rebelan²⁷⁹ e incluso comentan su preferencia por los sacrificios que realizaban sus antepasados después de ver el primer auto de fe.²⁸⁰

Así, las observaciones del narrador con respecto de la pirámide de Cholula insisten en la crítica al sistema de dominación que existía en el mundo indígena: “monumento a la falta total de gusto arquitectónico en el pueblo que la levantó y al mismo tiempo de la opresión en que vivía, pues esas masas titánicas, aglomeración de trabajos estériles, no han podido construirse sino por hombres avezados al más rudo despotismo”.²⁸¹

Algo que hemos podido apreciar en el desarrollo de este apartado es la diversidad en el espacio mexicano: personajes de diferentes clases sociales, razas y credos; este conjunto heterogéneo, junto con la diversidad de tiempos, son recreados a partir de un espacio: México. Sin embargo, la convivencia armónica, aunque no exenta de jerarquías, entre extranjeros, criollos, mulatos e indígenas, entre cristianos convencidos, hombres desencantados de la religión e individuos con antecedentes paganos, se logra en la región del Tajín, alejada de la civilización, de las grandes ciudades y en íntimo contacto con la naturaleza, donde los hombres se guían por valores cristianos, principalmente la tolerancia y la equidad,²⁸² pues no olvidemos que en ese espacio los blancos comparten su riqueza con indígenas, siguiendo así el ideal de algunos utopistas que planteaban “que los bienes en común sean puestos a las disposición de todos, incluso de aquellos que no contribuyeron a

²⁷⁸ *Vid. supra*, capítulo 1.

²⁷⁹ *Cfr. ibid.*, p. 896 .

²⁸⁰ *Vid. supra*.

²⁸¹ *Ibid.*, p. 886.

²⁸² Cabe destacar aquí que las utopías que Tomás Moro y Erasmo de Rotterdam, humanistas del siglo XVI, planteaban estos mismos principios. *Cfr. Jean SERVIER, op. cit.*, pp. 46-47.

su producción”.²⁸³ En este sentido, Tajín es un espacio utópico porque su existencia parece improbable y porque “tiende a romper los vínculos con el orden existente”.²⁸⁴

Pero ¿qué ocurre con este espacio utópico al final de la novela?, ¿qué significa que Adriano abandone sus tierras y las reparta entre el mulato y el cacique indígena llamado Alonso quien funda ahí, con sus antiguos súbditos, el pueblo de Papantla? Ya arriba se indicó que de esta manera se establecen la separación de razas y de lugares de competencia, previa instrucción del indígena y del mulato en los principios humanistas, no necesariamente católicos, y en valores morales como la tolerancia. Pero en la tradición de las utopías no es común que estos espacios sean abandonados y desmembrados voluntariamente como lo hace Adriano. Éste es heredero del fundador de la utopía, así como de sus valores humanistas y cristianos, pero también de la ciencia práctica de Eucardio y, en esa medida, representa un paso más en la evolución humana.

Luego de constatar que la utopía fue aniquilada por la codicia del extranjero, al separarse del campo y asumir su misión como abogado, Adriano está propiciando la división del trabajo y de los ámbitos de acción, muy propia del positivismo.²⁸⁵ Más adelante veremos, en contraste y como confirmación de la necesidad de reordenamiento social —en la diversidad que es México— y de educación humanista como la de Adriano, los conflictos que se dan entre grupos sociales en el resto del país, particularmente en la ciudad de México, un espacio sumamente heterogéneo, pero que carece de orden y tolerancia. Y en la medida en que se conjuguen los valores humanistas —mencionados en el apartado anterior— en este espacio heterogéneo, será posible una proyección hacia el futuro.

²⁸³ *Ibid.*, p. 110.

²⁸⁴ *Ibid.*, p. 8.

²⁸⁵ El positivismo trae el “reconocimiento de que todas las clases son necesarias, de que todas tienen determinadas obligaciones que cumplir” y de la necesidad de jerarquías (Leopoldo ZEA, *op. cit.*, p. 45).

La utopía será reformulada en la medida en que, como hemos visto anteriormente, los escritores mexicanos no recrean el pasado sino como un medio de proyectar hacia el presente y el futuro. Los elementos utópicos, así, no serán retomados en esta novela como imposibilidad, sino como parte de un proyecto de reforma: recuperar valores humanistas, en el marco del positivismo para armonizar un espacio heterogéneo.

3. Del absurdo a la razón, del caos al orden

En torno a los recorridos de Adriano de la ciudad al campo, así como durante su proceso inquisitorial y el auto de fe en que se anuncia su inocencia, pero en el que son condenados otros individuos por varias causas —brujería, usura y herejía—, se revela una sociedad muy singular, a partir de los diálogos que se entablan entre diversos personajes o con el propio Adriano. Y lo más notable es que no es una sociedad maniquea.

Como su nombre lo advierte, cada personaje es representativo de ciertas cualidades o defectos, así como de una actividad en la sociedad. De ahí que Facundo de la Tixera sea un barbero parlanchín²⁸⁶ y Pedro Arbúes, un verdugo del Santo Oficio,²⁸⁷ en el cual el lector podrá reconocer al santo del mismo nombre, un inquisidor de la segunda mitad del siglo XV.

La tendencia durante toda la novela es representar, fuera del Tajín, a personajes ciegos u obsesionados con una sola idea, incapaces de advertir sus errores ni la complejidad del mundo que los rodea y que nosotros, lectores, sí podemos percibir. Veamos dos ejemplos: un dominico cuenta cómo él y su prelado, intentaron establecer una posada en una comunidad indígena con el fin de facilitar el suministro de víveres en su convento, pero

²⁸⁶ Pascual ALMAZÁN, *op. cit.*, capítulo XI “Un barbero fósil”, pp. 880-883.

²⁸⁷ El personaje aparece en dos ocasiones en la novela, en el capítulo XXVII “Escenas al interior de la Inquisición” y en los capítulos XXXII-XXXV dedicados a los preparativos y realización del Auto de Fe.

no solicitan el apoyo de las autoridades civiles y la comunidad indígena se muestra renuente a apoyarlos; los frailes se impacientan pronto y comienzan a emplear la fuerza, sin darse cuenta clara de la magnitud de su violencia, aunque uno de sus interlocutores lo advierta:

—Acaso una estratagema menos violenta hubiera sido más provechosa.

—Así discurrimos después [—respondió el fraile—] y [...] aguzamos el caletre para inventar un ardid de buena ley. Ocurriole al prelado salir y envidiar las paces con aquellas gentes, y hecho esto disputamos al sacristán y al que disponía de la cocina del doctrinero [de la iglesia de la población que funge como visita] para que tratasen, habiéndolos elegido como hombres más hechos para la conversación con los frailes. Los encerramos en nuestro aposento, los hicimos desnudar²⁸⁸ y les anunciamos que tendríamos que ahorcarlos con sus mismas tilmas si no ponían su cruz debajo de un documento que habíamos preparado y donde se decía que de buena voluntad pedían ellos les hiciésemos merced de doctrinarlos [...].²⁸⁹

Aquí hay que advertir que el objetivo de los dominicos es legítimo en la medida en que consiste en abastecer a su comunidad. Sin embargo, equivocan los medios para llegar a él. No son malos, tienen necesidades y desean satisfacerlas, pero no son conscientes de los errores y los daños que acarrea su intento.

Mucho menos dañinos son los personajes, bastante comunes en la novela, que se involucran en situaciones o preocupaciones absurdas, como el fraile que quiere exorcizar la lluvia con un conjuro para pulgones,²⁹⁰ o los amigos ganaderos que desean llevar a los tribunales un pleito relacionado con la propiedad de un fragmento de tierra:

—Grave es menester que sea la causa que induce a litigar a tan buenos amigos —dijo Adriano [...].

—¡Qué quieren vuestras mercedes! —respondió uno de los amigos—. La tierra controvertida no llega a dos aranzadas. Diga aquí el vecino si me equivoco.

—A fe mía —contestó el interpelado—, que no he visto la tierra ni sé lo que valga.

—Siendo así —dijo Adriano— no dudo que vuestras mercedes harán pronto sus paces, y nada más me sorprende sino que gasten sus dineros por tan poca cosa.

²⁸⁸ Torquemada [nota del autor].

²⁸⁹ Pascual ALMAZÁN, *op. cit.*, pp. 879-880.

²⁹⁰ *Ibid*, pp. 874-877.

—Mire vuestra merced: si yo no fuera extremeño ni mi vecino castellano viejo, acaso no hubiera salido del vientre de su madre el tal litigio.

—Ve claro vuestra merced —añadió el otro— que siendo yo de Castilla la Vieja para servir a Dios y a vuestra merced, no debo ceder a un natural de Extremadura.²⁹¹

Y si nos parece tonto el pleito, lo es más la resolución:

—[...] Y cómo queda la tierra disputada [—preguntó Adriano—].

—A favor de los pájaros del aire y los insectos de la tierra. Yo respetaré los linderos que asigne mi vecino y él se atenderá a la linde que yo digo.²⁹²

A estos personajes generalmente los ciega la ignorancia, el orgullo mal entendido o la intolerancia. Contrastan con la claridad de Adriano y la distancia del narrador, que con imparcialidad observan —Adriano trata de comprender y nunca desapueba las acciones de sus interlocutores—, o describen —el narrador emite pocos juicios acerca de los sucesos puramente ficcionales y procura que los personajes expliquen su situación por medio de la transcripción de sus diálogos—.²⁹³ La actitud racional de estos últimos representa un ideal de cómo se debe enfrentar el individuo a las problemáticas del presente y el pasado.²⁹⁴

Entre los elementos sociales que más destacan en la novela están los frailes, el clero regular, que parecen reivindicados ante las duras críticas y la secularización de los siglos posteriores y, sobre todo, en el siglo XIX. Arriba se mencionó que el narrador muestra una opinión favorable a la labor misionera. A ello hay que sumar que, de acuerdo con el narrador, eran más dignos de tener un papel preponderante en la sociedad que los clérigos, quienes:

²⁹¹ *Ibid.*, p. 881.

²⁹² *Ibid.*, p. 885.

²⁹³ Ésa es la actitud que el narrador advierte al hablar de la Inquisición: “porque ya distamos bastante de la época inquisitorial, podemos juzgar con imparcialidad al Santo Oficio” (*ibid.*, p. 919).

²⁹⁴ Más adelante analizaré con detalle las cualidades de Adriano.

privados de las parroquias, sin contar entonces con la copiosa suma de las capellanías que apenas comenzaban a fundarse, hacían respecto de los frailes un papel muy secundario en la Colonia [...].

Por otra parte, los méritos de varios clérigos verdaderamente respetables no bastaban a contrabalancear el descrédito a que daban lugar la mayor parte de sus cofrades. [...] “Los clérigos que vienen a estas partes —decía el primer virrey don Antonio de Mendoza en la relación instructiva que dejó a su sucesor don Luis de Velasco— son ruines y todos se fundan sobre intereses [...]”. El Concilio primero mexicano ofrece una autoridad más irrefrenable: “Se han hallado algunos sacerdotes [...] que no saben la doctrina cristiana”.²⁹⁵

Ellos son precisamente los que, al querer evitar la marcha de una procesión franciscana, insultando incluso al mesurado fray Pedro de Gante, provocan la “Batracomiomaquia”²⁹⁶ del capítulo XVI que termina por desatar la ira de los indígenas, quienes apedrean a los blancos y se adueñan del campo.

El conflicto entre seculares y regulares entraña una crítica a la secularización y pone de manifiesto los peligros que provoca la desunión, el excesivo orgullo y la envidia, así como el anteponer la consciencia de grupo al bienestar social. No es gratuito que “Batracomiomaquia” sea el título del capítulo que retrata la discusión entre los frailes. Esta historia, parodia de la *Iliada*, atribuida al mismo Homero, ilustra la disputa absurda entre el rey de los ratones y el rey de las ranas, que comienza con un malentendido a raíz del exagerado orgullo de ambos. Este enfrentamiento verbal deriva en la muerte accidental del rey ratón y nuevos malentendidos que culminan en la encarnizada guerra entre ambos reinos.

Quizá podemos ver en este conflicto entre seculares y regulares —que en realidad fue bastante común durante la Colonia— una alusión velada a la desunión, absurda, que

²⁹⁵ *Ibid.*, p. 893. En fragmentos como este se nota la técnica del narrador, quien procura no emitir juicios sobre los personajes involucrados en los sucesos de la diégesis pero que introduce digresiones sobre acontecimientos históricos, externos a la diégesis, en los que manifiesta su postura y, de esta manera, estimula las inferencias del lector, que saca conclusiones en torno a los personajes y las acciones de la novela.

²⁹⁶ Cfr. *ibid.*, pp. 893-896.

privó en México en el siglo XIX. Y si bien resulta evidente la preferencia por el clero regular —podríamos pensar, los conservadores, pues no hay que olvidar que uno de los reclamos de los clérigos hacia los frailes, en la novela, eran sus privilegios en el sistema, así como sus riquezas—,²⁹⁷ no hay una defensa ciega de estos últimos, ni una postura maniquea, sino un espíritu de conciliación. Así encontramos un conquistador que luego de explotar a los indios se hizo franciscano y se convirtió en su protector;²⁹⁸ el dominico que quiere imponerse a la fuerza en una comunidad indígena; un clérigo que abandonó su silla en la iglesia metropolitana para recluirse en una eremita y hacer el bien en la comunidad; y otro que quiere exorcizar la lluvia con un conjuro para pulgones.

El otro grupo predominante en la novela es el de los piratas. En los capítulos VII y VIII se hace evidente el rechazo a su actividad, que el narrador califica como “terrible y frecuente”.²⁹⁹ Su existencia se atribuye a la codicia humana y al hecho de que fueron solapados por el gobierno inglés. Sin embargo, hay de piratas a piratas, y los “mejores” surgieron en el periodo humanista: “Habríamos cometido un injusto anacronismo si hubiéramos atribuido a los piratas de Hawkins o aun de Drake algunos de los horribles crímenes perpetrados por Roch, Lolonois o Sir Juan Enrique Morgan”.³⁰⁰ Los primeros no son tan crueles y su maldad y salvajismo se atenúan a lo largo de la novela cuando vemos un pirata conmovido ante la vista de actos de piedad y amor,³⁰¹ y que es capaz de razonar lo

²⁹⁷ No hay que olvidar que los positivistas “Véan que el clero aprovechaba su fuerza espiritual para defender intereses no espirituales, para defender los privilegios que había obtenido en la Colonia” (Leopoldo ZEA, *op. cit.*, p. 63).

²⁹⁸ En este personaje observamos claros paralelismos con fray Bartolomé de las Casas, quien de estanciero y conquistador pasó a sacerdote y, finalmente, se convirtió en uno de los grandes defensores de los indígenas.

²⁹⁹ Pascual ALMAZÁN, *op. cit.*, p. 872.

³⁰⁰ *Ibid.*, pp 874.

³⁰¹ Un niño quiere regalar una moneda a unas mujeres condenadas por la Inquisición: “colocó delicadamente la moneda en la arrugada mano de la vieja [...] el pirata acarició blandamente las suaves y rubicundas mejillas del niño” (*ibid.*, p. 950).

suficiente como para comprender la trascendencia de que lo hayan condenado como maniqueo y arriano, cuando declaró que era protestante por ser ésta la religión de su patria:

¡Morir por una secta yo, que no he hecho jamás caso de ninguna!... siempre soñaba que acabaría ahorcado del pañol en un buque por corsario, y me van a hacer mártir de una religión... *God damne my soul*... Ciertamente que tienen raras leyes criminales estos dones [...] de aquí a algunos años me injertarán en un martirologio con media docena de maldiciones a la Inquisición.³⁰²

El pirata es un criminal y su condena justa —él mismo esperaba morir algún día por sus crímenes— aunque los motivos equivocados. De esta manera, continuando con la tendencia a excluir la maldad de las motivaciones humanas, se atenúa la culpa de la Inquisición y se contrarresta la leyenda negra.

Y de la misma manera en que se deduce que no todo lo que hizo la Inquisición es malo, también encontramos al pirata útil cuando la justicia se ha equivocado —en caso de que culparan a Adriano y decidieran llevarlo a España, Alonso ya se había arreglado con Francis Drake para que asaltara el barco que zarpara de Veracruz con el joven a bordo—, o el débil, supersticioso y tan alcohólico pirata incapaz de matar cuando se lo propone porque ha perdido el control de su cuerpo.³⁰³ Ellos forman parte de la tendencia de la novela a recrear un conjunto de seres humanos diversos, con virtudes y defectos. Aunque de ninguna manera se aprueba la actividad en sí misma, no se promueven medidas violentas contra ella, pues es la propia naturaleza la que termina por ordenar el mundo y acabar con los elementos nocivos sin necesidad de emplear la violencia: “Aquellas riñas al partir las presas, los vicios en que vivían encenegados los formantes, las inclemencias del cielo

³⁰² *Ibid.*, p. 949.

³⁰³ *Vid. supra.*

austral y la avidez del océano, que devoró centenares de sus buques y tripulaciones, contribuyeron a la extinción de la piratería”.³⁰⁴

Cabe notar aquí que el atribuir a la naturaleza la extinción de la piratería se revela una concepción positivista del mundo, progresista, en que “la libertad se debe concebir como una especie de camino libre de obstáculos, o bien como una marcha progresiva y ordenada de la sociedad, cuyo camino está libre de obstáculos. La libertad es no estorbar, no obstaculizar el orden”.³⁰⁵ Y aquellos que lo obstaculizan, como los piratas, son aniquilados por la propia naturaleza, que se rige por una especie de plan divino. Asimismo, la labor de un abogado como Adriano será legislar para el orden, colaborar para que ese plan divino siga su curso natural sin obstáculos.

Continuando con la tendencia a no definir a los personajes a partir del concepto de maldad, también encontraremos un verdugo perfeccionista en su trabajo, pero capaz de sentir piedad ante los sufrimientos de los que serán sus víctimas, o a un notario de la Inquisición que comete errores por juventud e inexperiencia, pero no por saña.

Incluso el que se podría considerar el “malo” de la historia, el musulmán, tiene motivaciones y antecedentes que atenúan de alguna manera su culpa: cuando expulsaron a los moros de Granada, sus correligionarios en África les dieron la espalda, pues robaron las posesiones del padre de Alavez³⁰⁶ y causaron la muerte de su esposa y su hija, por lo que los dos sobrevivientes tuvieron que regresar a España y abjurar de su religión para poder ser tolerados: “Zobeir [...] no pudo reestablecer su fortuna, y su carácter, agrio por esto, influyó mucho para pervertir el de su hijo, bastante dispuesto, por otro lado, a la falsía, por

³⁰⁴ *Ibid.*, p. 874.

³⁰⁵ Leopoldo ZEA, *op. cit.*, p. 112.

³⁰⁶ El nombre completo del personaje es José Alavez y Mudarra, y en su historia se pueden encontrar algunos paralelismos con el hermano menor de los infantes de Lara, aunque en esta historia el personaje ha sido desprovisto por completo de heroísmo.

la necesidad de fingir, incesantemente costumbres y frases religiosas que odiaba en su interior”.³⁰⁷ De modo que la conducta posterior de Alavez será explicable por su educación, la traición y la intolerancia religiosa que padeció. Y ello nuevamente remite a una concepción positivista ya mencionada en el capítulo anterior —y que en esta novela procura conjugarse con una visión profundamente religiosa del mundo—: Gabino Barreda consideraba que la capacidad para el bien y el mal radica en ciertos órganos, y la educación consiste en estimular los órganos que predisponen al bien y atrofiar los del mal.³⁰⁸ En el caso de Alavez se estimularon sus órganos negativos y ello lo predispuso al mal.

Los daños que sufrió determinan que no sea capaz de establecer una comunidad musulmana en Nueva España, como le encargaron sus correligionarios y su padre antes de morir:

La mala educación que éste [Alavez] había recibido, viciando su carácter, le había hecho inhábil para desarrollar un plan tan audaz. En vez de un león, cual era necesario, sólo quedaba al frente un zorro. Y aunque le halagaba la idea de erigirse un Principado, no tenía la actividad e inteligencia indispensables para suscitar o dirigir los acontecimientos, esperando más bien un éxito obtenido lentamente por su astucia personal.³⁰⁹

La intención de establecer una comunidad musulmana en Nueva España, como una opción de vida ante la intolerancia religiosa que se vive en Granada es irreprochable. Sin embargo, la mala educación y la incapacidad para trabajar en función de y con la comunidad hicieron que el objetivo inicial degenerara en deseo de beneficio personal. Asimismo, cabe pensar que el nuevo éxodo que quería realizar el musulmán no entraba en el plan divino que mencionamos antes. Adriano, el protagonista de esta historia ha restringido sus creencias religiosas al ámbito más profundamente privado, y parece que éste es el ejemplo que debían

³⁰⁷ Pascual ALMAZÁN, *op. cit.*, p. 886.

³⁰⁸ Gabino BARREDA, *op. cit.*, p. 113.

³⁰⁹ *Ibid.*, p. 868.

seguir el resto de los personajes para no entorpecer el progreso y el orden social. El caso del musulmán demuestra que los que se rebelan al orden natural de las cosas sucumben en el intento.

Los personajes analizados en este apartado, contrastan profundamente con los que viven en el Tajín, y no sólo por sus características, sino porque hay un cambio de poética: el espacio utópico tiene muchos arquetipos románticos —las ruinas, el mundo arcádico, el romántico desencantado de la ciencia, los buenos salvajes—, mientras que la descripción costumbrista del resto de los lugares se inscribe en la poética realista, con sus pretensiones de objetividad, y siguiendo las ideas positivistas. La transición de un espacio a otro por parte de Adriano representa un cambio ideológico —del que derivan las aparentes contradicciones—.

Los personajes descritos a partir de la poética realista, y en particular Alavez, contrastan con Adriano, un joven culto, perfecto e inmutable, que ayuda al prójimo cuando está en sus manos hacerlo —aunque es abogado, su superioridad intelectual le permite aportar las sugerencias con las que por fin se concluye un templo franciscano— y demuestra su racionalidad y autocontrol desde el capítulo V: cuando reconoce en el musulmán a un posible rival en amores es capaz de controlar sus celos y confiar en la lógica y la naturaleza de las cosas:

Poco duró, sin embargo, en Adriano la sombra de aquella nube. Contaba con la vigilancia paterna de Dolmos, con la pureza y el decoro de Elvira, y añadiremos aun que, comparándose él mismo con Alavez, encontraba todas las circunstancias y, por consiguiente, las probabilidades en su favor.³¹⁰

³¹⁰ *Ibid.*, p. 865.

Y la amada, por su parte, corresponde a ese autocontrol y amor con confianza en la pareja, humildad y amor al prójimo:

—¡Con cuánta delicia te miraría yo en México! —decía Adriano a su novia—. No sólo por el gusto de hallarme a tu lado, sino también para que advirtieras cuán indiferente me sería cualquier otra belleza que no sea la tuya.

—Mi contento al verte y hablarte —contestó Elvira estrechándole la mano— embargaría toda mi atención. Y además, ¿crees que no sería triste para mí mirar que otra mujer sufriera en vano porque te amara? No juzgues mi amor tan débil y egoísta que pueda aumentarse por un triunfo de amor propio que más bien sería amargo para mí.³¹¹

Estos amantes son primos hermanos, seguros y confiados en el futuro, no hacen daño a nadie, conservan la calma, confían en su inocencia y encuentran la resignación en el periodo en que Adriano está en las cárceles de la Inquisición; nunca cometen actos de rebeldía —Adriano está dispuesto a cumplir la voluntad de su padre de no casarse hasta terminar sus estudios aún después de que Teófilo ha muerto—, no codician dinero ni poder —aunque el indígena Alonso regala una mina a la familia de Adriano, sólo la explotan hasta que consiguen lo suficiente para asegurarse un futuro—. En fin, son unos nuevos estoicos. Mientras que en las novelas de Cuéllar y Sierra O'Reilly vemos hijos que se rebelan contra sus padres para emprender un camino distinto, Adriano y Elvira siempre obedecen a la autoridad.

Es importante destacar que Adriano no es un héroe en ningún sentido, no redime a nadie —ayuda en asuntos prácticos cuando está en sus posibilidades, pero nada más—, no sufre transformaciones, como se esperaría de un héroe romántico que ha caído en la cárcel o se ha aislado de la sociedad y luego resurge en el mundo provisto de un aura de poder y sabiduría —pensemos en Fausto o el conde de Montecristo—. Adriano es el mismo y sabe lo mismo antes y después de la cárcel: sabía del mal y sospechó de Alavez desde el

³¹¹ *Ibid.*, p. 874.

momento en que lo conoció, y no hace en nada en contra del musulmán más que manifestar sus sospechas en torno a la identidad de quien lo acusa. Es la propia justicia, la autoridad, ejecutora de la Providencia, del plan divino que todo lo ordena, la que libera a Adriano y exculpa. No busca venganza, al contrario, manifiesta compasión cuando Alavez es conducido a España para ser juzgado y le regala unas monedas.

En este mundo en que, como lo demuestra la historia de los piratas, las cosas se acomodan por su propio peso y todo se rige por un plan cósmico o divino, es Adriano, acompañado por Elvira, quien está *destinado* a ocupar un lugar destacado en el futuro, así lo sugiere el hecho de que se le conceda el honor de contraer nupcias en la capilla arzobispal, y el hecho de que haya abandonado la antigua utopía en pro de un orden nuevo.

4. La balanza de la justicia

Aunque en esta novela hay un claro ataque a la leyenda negra promovida particularmente por Inglaterra, el narrador deja muy claro que no está a favor de la Inquisición, “monstruo concebido en el seno de la cristiandad durante las lóbregas e infaustas tinieblas de la Edad Media”.³¹² Lo que pretende es una defensa de la tradición católica e hispánica, incluso mexicana, en la medida en que concibe este tribunal como producto de una época de oscurantismo. Por ello advierte que su origen se encuentra en Francia, y no en España, y que métodos de tortura similares tenían lugar desde tiempos antiguos en otras naciones: “Todos los tribunales empleaban este sistema de prueba, ese modo de preguntar [...] que en la República romana se usó con los esclavos y en la de Atenas con todos los ciudadanos indistintamente”.³¹³ Por otra parte, aclara que la pena de muerte como producto de la

³¹² *Ibid.*, p. 919.

³¹³ *Ibid.*, p. 920.

intolerancia religiosa también se dio en países no católicos: “Enrique VIII, como defensor de la fe en Inglaterra, y Calvino, como apóstol de Ginebra, condenaron a muerte a los que no seguían sus opiniones, cuando ambos habían abandonado las creencias de Roma”.³¹⁴

El narrador se muestra contrario a todo sistema de violencia y, en este sentido, no deja títere con cabeza: critica la tortura, la pena de muerte y, como se vio anteriormente, los gobiernos que promueven la piratería, así como el sistema de dominación anterior y posterior a la conquista en México. Eucardio, el gran pensador de esta novela y por cuya ideología parece haber cierta predilección, es el promotor de la tolerancia religiosa y es renuente a atribuir un carácter violento a la misma divinidad: “[Lutero y Calvino, siguiendo a San Agustín,] mantuvieron la tétrica doctrina de la predestinación que hace aparecer injusta a la Divinidad, como inducen a acusarla de parcial la teoría de la gracia y de la cruel creencia de la mancha original”.³¹⁵

De ningún modo se sugiere que esos regímenes violentos deban ser suprimidos con revoluciones, al contrario, se muestra una fe positiva en la evolución del pensamiento y la ilustración,³¹⁶ aquella que caracteriza a Adriano y al inquisidor Pedro Moya de Contreras, quien desde el principio sospecha que Adriano es inocente y, guiado por la Providencia, descubre la intriga y al mismo tiempo instruye al notario que será su sucesor para que no se equivoque en la impartición de justicia.

De hecho, una de las aparentes contradicciones de la novela consiste en que el narrador se muestra contrario a las actividades de la Inquisición y, sin embargo, es este mismo tribunal el que resuelve el caso de Adriano. Por eso es necesario distinguir: la crítica se refiere en particular a la intolerancia religiosa y a la tortura, pues no hay que olvidar que

³¹⁴ *Ibid.*, pp. 921-922.

³¹⁵ *Ibid.*, p. 925.

³¹⁶ “la Revolución Francesa [...] ha servido para calumniar a aquella filosofía” (*ibid.*, p. 920).

la pena de muerte —igualmente reprobable, en opinión del narrador— la ejecuta la autoridad civil, como lo advierte Pedro Arbúes:

Yo, como dependiente del Tribunal, puedo bien dar tormento a los más encopetados [...] pero dar garrote a un relajado ya toca al ejecutor de la ciudad, para que no se diga que los ministros del Santo Oficio intervienen en la muerte de hombre, lo cual produciría cierta irregularidad.³¹⁷

Ni el narrador o la perspectiva de la trama dan indicios de una oposición a la intervención de la Iglesia en asuntos públicos, lo que sí podemos percibir es una crítica a los conflictos de poder y jerarquía entre Iglesia y Estado que entorpecen la justicia: mientras los miembros de la primera quieren extender su jurisdicción en asuntos civiles, los segundos quieren defender lo que consideran su privilegio. No se ponen de acuerdo y el caso tiene que ir a España para que el rey defina las competencias:

—Sea así —dijo el doctor Moya de Contreras—; la vanidad de la Audiencia va a retardar el castigo de un gran criminal.

La misma frase podía haber salido de la boca de un oidor, con el simple cambio de un nombre.³¹⁸

Aquí hay que notar que ninguna de las autoridades actúa de forma ilegal: si no se ponen de acuerdo, acuden a una instancia superior, y respetan la resolución de colaborar juntas en este caso.

Así como la gente común y corriente pelea por nimiedades y se crea problemas innecesarios, como lo vimos en el apartado anterior, las autoridades, como seres humanos, sufren de esas mismas pasiones y defectos. Luego de acordar que colaborarían juntos en la resolución del caso:

³¹⁷ *Ibid.*, p. 944.

³¹⁸ *Ibid.*, p. 939.

Pasó todavía una semana en que la Audiencia nombrara al oidor acompañante [del inquisidor], para lo que tuvo cuidado en elegir al menos antiguo, a fin de que resaltase menos ostensiblemente sobre la corporación cualquier condescendencia que se hiciese precisa con el doctor Moya de Contreras [...].

Discutiose además si en el Tribunal debería estar el inquisidor a la derecha o a la izquierda, si los asientos habrían de tener igual o desigual altura.³¹⁹

Entonces ¿quién pone el orden en esta sociedad tan preocupada por privilegios y poder? Pedro Moya, una autoridad culta, que ha experimentado que los errores de la justicia pueden causar la muerte de una inocente, y que no tenía más intereses, en el caso de Adriano, que el deseo de justicia y de preservar su conciencia tranquila, descubre la inocencia del joven y lo reintegra a la sociedad. Pero Moya de Contreras no pudo lograrlo solo... La Providencia le mostró las evidencias que requería y, aún a pesar del entorpecimiento que producen las envidias humanas, la justicia llega.

5. Libertad y Providencia en el camino a la utopía

Hay un aspecto más de la época recreada que sólo había mencionado de soslayo porque era necesario el análisis que antecede para descubrir los elementos que nos permiten llegar a ciertas conclusiones en este apartado. En el siglo recreado surge la reforma protestante, pero también, aunque no se menciona en la novela, la contrarreforma católica. Y me parece que ese espacio vacío es el que se pretende cubrir —o sustituir— en la novela con una propuesta ideológica con claro contenido religioso.

Esto último se evidencia desde algunos elementos paratextuales, iniciando con el título de la novela, que emplea términos eminentemente religiosos para calificar a los personajes “hereje” y “musulmán”, que anticipan que la novela va a abordar algún tipo de polémica religiosa; luego están algunos nombres de capítulos que nos confirman en esta

³¹⁹ *Ibid.*, p. 940.

hipótesis: “Una serpiente cerca del árbol del bien y del mal”, “La Inquisición”, “El credo del doctor Eucardio” y “El dedo de Dios”. Veamos dos de ellos.

En el primero, “Una serpiente cerca del árbol del bien y del mal”, conocemos a Alavez, quien representa la amenaza a la tranquilidad de la familia de Adriano, pero aunque remite a la caída original, ninguno de los personajes son tentados o corrompidos por la serpiente; el mal los amenaza pero ellos no dejan de ser perfectos, Adriano y Elvira se sobreponen a los celos, no comparten las críticas que enuncia Alavez en contra de Hernán Cortés. Como estos personajes mantienen su pureza original, será “El dedo de Dios” el que descubra la evidencia del asesinato que cometió Alavez a partir de un acontecimiento que un doctrinero califica como “casi milagroso”.³²⁰

Para entender el significado de lo que se ilustra en estos capítulos es importante conocer el pensamiento de Eucardio:

Los hombres se educan como los papagayos, según lo que oyen hablar. Así yo, en mi juventud, creí y defendía sin pestañear las doctrinas de mi maestro, el doctor Lutero; pero, como yo vestí poco tiempo el hábito de San Agustín, me encontraba menos subyugado que mi preceptor por los textos del Santo africano, y llegué a pensar que, según se dijo hace muchos siglos, *Omnia sunt hominum tenui pendencia filo*. (Los sucesos humanos penden de un hilo delgado.)

Y que si no hubiera sido el reformador habría desechado trascendentales errores que le hizo conservar el hábito de repetirlos y el respeto a un gran hombre. El canónigo Calvino, más audaz, pero deslumbrado todavía por la aureola del Santo, no fue menos servil. Ambos mantuvieron la tétrica doctrina de la predestinación, que hace aparecer injusta a la Divinidad, como inducen a acusarla de parcial la teoría de la gracia y de cruel la creencia de la mancha original. ¿Por qué no aceptar las humanas y equitativas ideas de Celestio y de Pelagio más dignas de la bondad divina? ¿Por qué conservar los libros hebreos, siendo su ley tan diversa de la de Jesús y conteniendo tales principios y hechos históricos o ideales, que sería muy temible el ejemplo que de ahí quisieran derivar algunas sociedades cristianas? ¿No son preferibles las simples doctrinas de los ebionistas, que rodearon la cuna del cristianismo, a los dogmas del siglo IV y de los siguientes? En las invenciones del hombre, ser imperfecto, lo más reciente es lo mejor; pero en el torrente de luz que se tiene como emanado de Dios mismo ¿no debe encontrarse la mayor pureza cerca del manantial?³²¹

³²⁰ *Ibid.*, p. 933.

³²¹ *Ibid.*, p. 925.

Sin lugar a dudas aquí hay una profunda discusión teológica en la que no podemos ahondar, pero es necesario hacer dos aclaraciones que nos permitirán comprender el pensamiento de Eucardio, y sobre todo algunas implicaciones de la configuración de la novela. En primer lugar, los ebionistas o ebionitas fueron un grupo religioso que apareció antes del año 150 d.C. y se caracterizan por considerar a Cristo como un mesías, pero no como hijo de Dios y producto de la inmaculada concepción; otros rasgos son la exaltación de la pobreza, el vegetarianismo y el hecho de que se distanciaron del aspecto ceremonioso de la religión.³²²

Por su parte, Celestio fue considerado seguidor de Pelagio quien

negó el pecado original y la inmortalidad e integridad de Adán; en una palabra, la totalidad del orden sobrenatural. Pero la idea madre de este sistema, que era de origen estoico, no era otra que la completa “emancipación” de la libertad humana con relación a Dios, y su poder ilimitado para el bien y para el mal. Dependía del hombre alcanzar por sí mismo, sin la gracia de Dios, una impecabilidad y aun una insensibilidad estoicas o el control absoluto de sus pasiones.³²³

Pelagio consideraba que el hombre, desprovisto de la mancha original por medio del bautismo, puede acceder a la perfección. Rechazó la idea de que haya hombres elegidos por Dios para acceder al reino de los cielos y a la salvación eterna, como también el que la divinidad pueda saber de antemano quién podrá salvarse y quién no, y sea la gracia divina la que conceda los medios de salvación.

Y éste es el credo que condenó a Eucardio a la soledad. Pero su error no radica en las creencias, sino en adelantarse a sus compañeros de viaje y aislarse de la sociedad.³²⁴

³²² Cf. Antonio Pinero, “Evangélio de los ebionitas” en Antonio Piñero, ed., *Las fuentes del cristianismo*, Córdoba / Madrid, Ediciones Almendro / Universidad Complutense, 1993, pp. 395-400. Piñero advierte que existe una discusión en torno a si los ebionitas participaban en el culto en los templos o no, sin embargo, parece que una opinión muy difundida en su tiempo era que no. Así que podemos deducir que lo que Almazán conocía de ellos era que no participaban del culto, como es el caso de Adriano.

³²³ Eugène PORTALIÉ, “Enseñanzas de san Agustín de Hipona” en *Enciclopedia católica*, tr. Dave Ofstead [en línea], Lima, ACI-Prensa, 1999. <<http://ec.aciprensa.com/a/agustinensenanzas.htm>>. [Consulta: 12 de agosto, 2008.]

³²⁴ *Vid. supra.*

Eucardio es un hombre en el que se conjugan ciertos ideales como la tolerancia religiosa y las preocupaciones sociales que lo impulsan a la búsqueda, pero su ciencia resulta infecunda desde el momento en que se aisló de su sociedad y avanzó tanto que ya nadie era capaz de comprender o comulgar con sus ideas, al grado que teme que su propio alumno, Adriano, se entere de sus creencias. Su único legado al joven consiste en los conocimientos prácticos de la jurisprudencia, las ciencias naturales y en el amor a la música —aquí es importante recordar el culto a la ciencia práctica que promovió el positivismo, mencionado en el capítulo anterior—. ³²⁵

¿Cómo conquistar esos ideales sin causar polémica y sin aislarse de la comunidad, sin costes humanos? La ausencia de maniqueísmo en la novela es una apuesta por la perfectibilidad humana. Incluso al personaje más nocivo de la novela, que ni siquiera practica el cristianismo, se le concede la capacidad de sentir remordimiento, lo que manifiesta una fe en la libertad y perfectibilidad del hombre, para la que es determinante la educación. Alavez no se salva debido a su educación y porque renunció a todas las oportunidades que tuvo para arrepentirse o pagar por sus pecados: muere de ira cuando su encarcelamiento es inminente.

Adriano es la encarnación de los ideales de Eucardio. Ellos surgen naturalmente de su espíritu libre, cultivado en el amor familiar y la tradición humanista. Adriano es ajeno al pecado: no codicia, hace el bien entre sus semejantes (regala sus tierras), trabaja para la comunidad (es abogado), respeta a su padre, perdona a quien le hizo daño, es un buen cristiano que no necesita atender a los aspectos del culto que se relacionan con las ceremonias (fue dispensado de los sacramentos de la penitencia y la comunión por Juan

³²⁵ Asimismo, en *Estifelio*, Almazán narra la leyenda de un pastor protestante que predijo la fecha del fin del mundo con cálculos matemáticos. La profecía no se cumplió y surgió el caos. En este poema, Almazán demuestra el peligro que entraña el exceso de ciencia y filosofía, así como escrutar en los misterios divinos.

González,³²⁶ el canónigo que renunció al oropel de su silla en la catedral, prefiriendo una cueva para vivir). Frente a una sociedad enfrascada en problemas de poca monta, ciega, se superpone un personaje libre que es capaz de conservar la calma ante la injusticia de que es objeto, porque se encomienda a la Providencia:

—[...] confío en Dios y en el tiempo.

—¿En el tiempo?

—En la corriente que nos trae los sucesos arreglados por la Providencia.³²⁷

Y la Providencia acudirá en su favor, en forma del milagro que hace que el cadáver de su padre y la evidencia del crimen de Alavez sean descubiertos en una aparente equivocación.³²⁸ Lo cual contrasta notablemente si comparamos a Adriano con el protagonista de la novela de O'Reilly, quien está dispuesto a luchar, a enfrentarse a sus adversarios, defender a su amada; o con Carlos, en *El pecado del siglo*, quien evita las confrontaciones, pero no rechaza un duelo a muerte cuando su honor está comprometido.

Así, en *Un hereje y un musulmán* el concepto “justicia” se traduce como: los caminos arreglados por la Providencia para los hombres de buen corazón, y el castigo natural para los que obran mal.³²⁹ Ella se logra en la medida en que el sujeto no la entorpezca, como en el caso de Moya de Contreras, haciendo uso de su libertad positiva, o se deje guiar pacientemente por ella, estoico ante la injusticia, como ocurre en el caso de Adriano. El tiempo, la Historia, como “corriente que trae los sucesos arreglados por la Providencia”, se concibe como un *continuum*, una línea recta que se dirige

³²⁶ Cfr. Pascual ALMAZÁN, *op. cit.*, p. 927.

³²⁷ *Ibid.*, p. 931.

³²⁸ Aquí hay que notar que, a diferencia de las tendencias románticas que atribuían poderes providenciales a los hombres excepcionales (*vid. supra.*, primer capítulo), Adriano no tiene ningún poder sobre la Providencia, que aquí aparece como atributo divino intransferible.

³²⁹ Recordemos algo que se analizó anteriormente: aún cuando el notario se equivoca al determinar los cargos que condenan al pirata a la hoguera: su castigo es justo como consecuencia de los malos actos que ha cometido.

ininterrumpidamente hacia el progreso, y el papel del individuo, en este sentido, consiste en no entorpecer su trayecto.

Y aquí entra de nuevo el individuo de la utopía y la vuelta al humanismo. Las utopías renacentistas representaban una huida a la angustia trascendental de la responsabilidad del individuo y de su libre albedrío. Al renunciar a ellas, el individuo se sometía a un orden que le proporcionaba profunda tranquilidad, en el lugar utópico no existe la codicia, reina la tolerancia y la justicia, los hombres se educan en artes y ciencia.³³⁰ Adriano no es otra cosa que la conjugación del ideal utópico humanista. Y su salida al exterior del Tajín, sin que haya en ello motivaciones individualistas y conservando el espíritu estoico, indica que la utopía puede salir de las fronteras primitivas que la confinan tradicionalmente al aislamiento. La utopía, con sus valores cristianos, se adapta a la concepción positivista del mundo, fundamenta los principios de ésta con valores humanistas, y le da así un nuevo giro espiritual, refuncionalizándola de tal manera que se atenúa su materialismo.³³¹

Queda claro que en esta novela hay una apuesta por la evolución y perfeccionamiento paulatino de la humanidad.³³² Los hombres ideales como Adriano no

³³⁰ Cf. Jean SERVIER, *op. cit.* “La angustia humana frente a los peligros de la vida se apacigua con la idea del reino benévolo de la Providencia Divina. La institución de un orden moral del universo asegura la realización de las exigencias de justicia que tan frecuentemente permanecen irrealizadas en las civilizaciones humanas” (p. 91).

³³¹ Estas aseveraciones no implican que Almazán se asumiera como positivista. Al contrario, en *Estifelio* hay un verso que dice así: “La codicia, que hoy es positivismo” (José Pascual Almazán, *Estifelio. Leyenda sajona (1533)*, pról. de Jorge F. HERNÁNDEZ, México, Conaculta / Libros del Umbral (El Pensil, 8), 2002, p. 73). Sin embargo, no podemos ignorar, por sus estudios científicos, que Almazán estaba influido por el espíritu de la época y que, a pesar de ser conservador, se fue adaptando a los cambios políticos hasta participar en gobiernos liberales. En la cita anterior se nota qué aspecto rechaza particularmente del positivismo: el carácter materialista, y a partir de lo analizado anteriormente, me parece que no es descabellado pensar que en *Un hereje y un musulmán* hay justamente una propuesta para modificar los aspectos que se consideran negativos.

³³² De esta manera, la novela de Almazán se ubica entre las posturas conservadoras que se inscriben en el romanticismo afirmando el desarrollo orgánico como motivación de desarrollo, que conciben el pasado como el lugar donde se realizan todos sus anhelos y donde no hay contradicciones. El mundo recreado en *Un hereje y un musulmán* es el de un humanismo mítico. *Vid. supra*, marco teórico, apartado 2.1.

codician y confían en la justicia. No se rebelan y hacen el bien. ¿Qué tipo de educación puede llevar hacia ese destino? El narrador no ahonda demasiado y entre lo que él dice y lo que nos revela la trama, sólo tenemos pocos indicios, como la ciencia práctica y el arte que le inculca Eucardio y el amor a Dios que hereda de su padre (Teófilo significa amigo de Dios), o el tipo de instrucción que recibe Elvira:

La educación moral de aquella joven se perfeccionaba considerablemente a pesar, o más bien a consecuencia, de su conversación casi exclusiva con Dolmos y el doctor. Las tranquilas afecciones del corazón se desarrollaban plácidamente en aquél círculo sin rivalidad y sin la menor nube de egoísmo; y la inteligencia adquiría un vuelo nada común al lado de aquellos hombres [...] El alma de Elvira tomaba (permítasenos la expresión) cierto tinte varonil.³³³

El núcleo familiar, el entorno masculino, el equilibrio entre ciencia y religión, la unión entre individuos afines —recordemos que mientras los primos se casan y viven en la ciudad, los indígenas quedan separados de los blancos, viviendo en comunidad en el campo— son valores determinantes para la educación de esta joven, así como seguramente lo fueron en el caso de Adriano. Lo demás, para una vida feliz, queda en manos de la Providencia.

6. *Notas finales*

Este capítulo ha resultado bastante extenso porque la complejidad y diversidad de elementos que incorpora la novela lo exigieron así. Recordemos que Almazán, en el momento de escribir su novela, era un proscrito. Su proyecto de nación había fracasado y se encontraba en un momento de coyuntura, para elegir nuevos caminos. Con ello podemos explicar que a veces el contenido ideológico llegue a parecer contradictorio. Almazán, a diferencia de Sierra O'Reilly y Cuéllar, parece vacilar en la línea ideológica que debe

³³³ Pascual Almazán, *op. cit.*, p. 890.

seguir. A veces da la impresión de que esconde algo tras ciertas apariencias narrativas, de ahí la mezcla de poéticas: romántica, utopía humanista, realista-positivista (en cada una de ellas se nos muestran aspectos positivos pero también fisuras).

Hemos navegado en una marea confusa, en donde se crítica y defiende al clero casi simultáneamente, los piratas no son buenos ni malos, los musulmanes deben ser tolerados pero al mismo tiempo causan daño... La novela está diciendo muchas cosas simultáneamente a partir de estas contradicciones y ambigüedades. En este capítulo se han abordado sólo algunas de ellas, y parece importante señalar que quizá, al matizar el bien y el mal como se hace en esta novela, Almazán se está defendiendo de los ataques liberales de los que fueron objeto los conservadores luego de la Reforma, quizás también trataba de adaptarse a las nuevas ideologías que triunfaban en la política pero volcando en ellas su concepción de mundo profundamente cristiana. Al principio del capítulo señalé que, en 1870, las zonas abandonadas del país se estaban poblando con extranjeros, ¿acaso no está proponiendo Almazán un tipo de extranjero para colonizar esas tierras al presentar como protagonistas a una familia de los Países Bajos? —y no olvidemos que Maximiliano de Habsburgo provenía de esa región y tenía lazos familiares con Carlos V—. Por otra parte, si los indios en la ciudad son una amenaza: ¿está aludiendo con ellos a Benito Juárez?

La lectura de esta novela crea numerosas interrogantes, sobre todo en relación con las preguntas y respuestas que formula sobre el presente en que fue escrita. Para acercarnos un poco más quizás habría que dedicar un estudio exclusivo para conocer el pensamiento del autor a partir de otros documentos, así como la relación que entabló con el gobierno oficial después de la Reforma. Sin embargo, considero que se han atado suficientes cabos como para entender el tipo de recreación de la Colonia que se desarrolla en esta novela, los suficientes para emprender el examen comparativo del siguiente capítulo.

Tres novelas, tres “colonias”: poéticas, ideales e ideologías

A partir del análisis de tres novelas hemos podido observar cómo tres autores distintos, en ideología y situación espacio-temporal, vuelcan sus preocupaciones del presente en diversos hitos del pasado colonial, y cómo, a partir de esas inquietudes y condicionamientos históricos, cada uno desarrolla una concepción particular de ese pasado en esas novelas pertenecientes a un mismo género, pero que presentan diferencias fundamentales en su configuración. El propósito del presente apartado es hacer una síntesis comparativa que ponga en contraste las diversas recreaciones del pasado —sus convergencias y divergencias— y sus posibles significados, en el contexto mexicano, tanto en el marco ideológico, como en el de la concepción de la Historia y de la literatura —en lo que atañe a corrientes literarias y poéticas de la novela histórica—.

1. Del romanticismo al realismo

En la introducción se hizo el señalamiento de que las novelas que estudiamos entran en la periodización canónica que abarca el primer y segundo romanticismo. *La hija del juicio* es un claro ejemplo de novela romántica, por el tipo de trama amorosa; por la exaltación del individuo capaz de superar las adversidades y acceder al ideal —amor y libertad—, que comulga con sus emociones; la concepción de la Historia y la nostalgia del pasado. Y también muestra algunas particularidades del romanticismo mexicano que explicamos en el primer capítulo, como el esfuerzo educativo y la orientación social, los cuales determinan que la pasión romántica y el individualismo no sean llevados a revoluciones extremas, sino controladas por el racionalismo que encarna el Prepósito, porque, gracias a él, el mundo trastocado puede volver al orden.

Del mismo modo, la nostalgia no excluye la crítica ni la advertencia de una necesidad de cambio, porque en su búsqueda de identidad o de justificación social, los mexicanos podían voltear al pasado para encontrar sus raíces, pero la negación absoluta del presente, aunada a la exaltación del pasado, implicaría negar la Independencia, así como la razón de ser de la clase letrada que pugnaba, desde finales de la Colonia, por crearse un espacio en la nueva sociedad que ella misma contribuía a forjar.³³⁴ La mirada de estos románticos huye del presente problemático al pasado para encontrar su origen en los momentos heroicos, para advertir los errores y poder superarlos. Pero el movimiento no termina ahí, da un segundo vuelco que se orienta hacia el futuro, representado por la joven pareja y su matrimonio al final de la novela. Esta proyección última es una tendencia que seguirán muchos escritores mexicanos en sus novelas, como ocurre con las analizadas en los capítulos precedentes, y que probablemente tiene sus raíces en el pensamiento criollo de finales del siglo XVII.

De acuerdo con Luis Villoro, en la segunda mitad del siglo XVII Nueva España vive un auge económico y cultural que entusiasma a los criollos, haciéndolos proyectarse hacia el futuro pensando que esa realidad representa el potencial de riquezas mayores: “Su optimismo no es más que la conciencia de la amplitud extrema del horizonte al que pueden proyectarse; es pues una nota general que nos indica la proyección del criollo hacia un mundo futuro, aún irreal. Pero ese movimiento es distinto en las diversas capas sociales, llegando a combinarse, en algunos casos, con sentimientos contrarios”.³³⁵ De manera que este tipo de proyección no es exclusiva de una clase o una ideología, y tomará diversas

³³⁴ Véase Luis VILLORO, *El proceso ideológico de la revolución de Independencia*, 2ª ed., 1ª. reimp., México, Conaculta (Cien de México), 2002. Aquí hay que advertir que Justo Sierra O’ Reilly provenía de una familia pobre, y se forjó un lugar en la sociedad y en la vida política gracias a sus estudios en Derecho Canónico y Civil.

³³⁵ *Ibid.*, p. 22.

formas. Prosperidad y optimismo “implican el cobro de conciencia de las trabas que el orden existente opone a la acción”,³³⁶ y en el caso de los criollos letrados, los que no pertenecen al grupo hegemónico y que no tienen un lugar en la vida económica de la Nueva España, vislumbrarán un tiempo en que estén integrados en las relaciones económicas y políticas, pero no como simples obreros, sino en el centro de la vida futura.

De manera que no es absurdo que, inconformes con su propio tiempo —de independencia o de triunfo liberal, sí, pero también de revoluciones intestinas y reacomodo social—, los escritores posteriores a la Independencia, hereden ese tipo de proyección y lo vuelquen en sus novelas. Y es justamente el romanticismo, con su búsqueda de identidad del individuo y su relación con la comunidad, el caldo de cultivo perfecto para dar cauce y forma literaria a estas preocupaciones en la novela histórica porque “así como el romanticismo se vuelca al pasado para paliar sus angustias del presente, la novela histórica intenta, mediante respuestas que busca en el pasado, esclarecer el enigma del presente”.³³⁷

Los análisis precedentes han puesto en evidencia que, ya para 1869, luego del triunfo del liberalismo y de que Benito Juárez se reafirmara en el poder, el realismo ya había aparecido en México. Y no debemos olvidar que esta corriente literaria tiende a mantener y afirmar el *statu quo*, tal como ocurre en las novelas de Cuéllar y Almazán.

La novela de Cuéllar da un claro ejemplo de novela realista, pues se vale de tramas típicas románticas para impugnarlas con ironía y así negar sus valores, como las pasiones exaltadas, el individualismo y la libertad absoluta. También el vínculo entre pasado y presente se rompe con rechazo y distanciamiento. Paradójicamente, en esta novela realista ya no interesan las ruinas, ni recrear corporaciones o instituciones del pasado, ni el color

³³⁶ *Ibid.*, p. 27-28.

³³⁷ Noé JITRIK, *op. cit.*, p. 19.

local, sino la degradación social —preocupación central del escritor realista, opuesta a los excesos del individualismo romántico, en los que cree observar el origen del caos— y en la medida que la recreación de la sociedad responde más a cánones costumbristas propios del siglo XIX, el pasado se equipara con el presente.

Los valores ilustrados de la razón siguen vigentes y se emparejan con la concepción positivista del mundo y el anhelo de orden, encarnados en las figuras de Carlos, Primo de Verdad y Revillagigedo, personajes emblemáticos que se rescatan del pasado por su carácter ejemplar en medio de un mundo caótico y vicioso.

Sin embargo, *El pecado del siglo* no puede negar su herencia romántica. En primer lugar porque la ataca con sus mismas armas. En segundo, porque el pasado —no el inmediato de las guerras civiles y las invasiones, sino el colonial— sigue siendo un recurso para referirse al presente y proyectarse al futuro que encarna la pareja recién casada, en la que se vuelca un idealismo, la búsqueda de identidad, así como un anhelo de rebelión y trascendencia, del que difícilmente podrán desprenderse los escritores mexicanos.

Por su parte, la novela de Almazán procura la reconciliación de las poéticas: se apropia del idealismo romántico, la nostalgia, el nacionalismo, la exaltación de la naturaleza y la utopía, pero las adapta a una concepción orgánica del mundo —en la medida en que hay un principio suprahistórico que guía los acontecimientos en una dirección determinada—.

De acuerdo con Hayden White, el organicista no explica el mundo a partir de leyes físicas, químicas o biológicas, sino que

tiende a hablar de los “principios” o “ideas” que informan los procesos individuales discernidos en el campo y todos los procesos tomados en su conjunto. No funcionan como agencias causales, salvo en historiadores de orientación decididamente mística o teológica, en cuyo caso por lo general son interpretados como manifestaciones del propósito de Dios

para su creación. En realidad, para el organicista, tales principios e ideas funcionan no como restricciones de la capacidad humana para realizar en la historia un objetivo distintivamente humano [...] sino como garantías de una libertad humana esencial.³³⁸

En el caso de Almazán, como lo advertimos en su momento, el principio ordenador es la Providencia y la libertad del individuo que consiste en adecuarse a sus designios o rechazarlos.

El planteamiento organicista de la novela se empalma en ciertos puntos con el positivismo, y así se manifiesta en las descripciones realistas de la mayoría de los personajes y lugares. En esta obra “conservadora” la rebelión, las pasiones, el individualismo y lo dionisiaco están excluidos de la concepción de mundo ideal, sin embargo, algunos tópicos románticos aún ejercen cierta fascinación, en la medida en que contribuyen a forjar proyectos y concepciones de mundo, en que presiden la búsqueda de identidad en el pasado y fundamentan la proyección hacia el futuro. La novela de Almazán, congruente con la tendencia a asumir las contradicciones, de concebir el tiempo como una evolución paulatina llena de resonancias pasadas, adopta la nueva poética realista sin por ello desechar los valores románticos que resultan oportunos para la configuración de una poética con una ideología propia.

El análisis de estas tres novelas nos demuestra que el romanticismo pervive en la literatura de 1871, y que su amplitud y complejidad le permite tomar diversas formas y adaptarse a ideologías verdaderamente dispares, que no se reduce a lugares comunes y recetas sino que afectan al significado mismo de las novelas. El romanticismo no desaparece, se transforma, pervive incluso en la negación. Es un romanticismo social que sale del presente problemático para remontarse al pasado en busca de la identidad de un

³³⁸ De acuerdo (*op. cit.*, pp. 26-27). En el caso de Almazán, como lo advertimos en su momento, el principio ordenador es la Providencia y la libertad del individuo consiste en adecuarse a sus designios o rechazarlos.

pueblo, pero sin caer en la total idealización —como llegaba a ocurrir con los escritores europeos— sino asumiendo las contradicciones de origen, los errores y los aciertos, para proyectar estos últimos hacia el futuro.

Quizá podemos pensar que una de las razones de la supervivencia del romanticismo consiste en el carácter predominantemente pesimista del realismo, porque adoptarlo al cien por ciento implicaría asumir que no hay esperanza, y me parece imposible que los escritores mexicanos, tan afanados en las transformaciones sociales, pudieran aceptar esa tesis sin oponer numerosas reservas.

Lo que sí podemos afirmar es que la elección de una u otra corriente literaria o de algunos de sus elementos, así como su reformulación o refuncionalización, está directamente vinculada con una postura ideológica, la situación espacio-temporal del momento en que fue escrita, pero también con el tipo de problemáticas que se desarrollan en cada novela. Así, por ejemplo, ninguna de las novelas puede partir del romanticismo individualista puesto que los escritores se caracterizan por sus preocupaciones sociales y su experiencia en la caótica historia del México independiente les ha dejado claro que el individualismo puede derivar en caudillismo y en más revueltas sociales, de manera que las propuestas de las novelas refuncionalizan el romanticismo, lo vuelven eminentemente social y moderado a partir de ideales ilustrados. Y, en vista de la corta historia del país y las esperanzas en que México acceda a la modernidad y el bienestar, el pasado no será visto con pura nostalgia e idealización —el pasado en el presente no es sólo lo bello, también puede ser lo terrible, lo nocivo, las cadenas que se arrastran—, sino como punto de partida con miras al futuro.

Sin embargo, no todo es refuncionalización, en cada poética hay una “estructuración ideológica inherente”, y una novela que cuestiona el orden existente —como lo hace *La*

hija del judío— se estructurará a la manera romántica; pero aquella que afirme el *statu quo* tenderá a identificarse con el realismo.

Del cambio de ideologías y situaciones históricas deriva también un paulatino distanciamiento del género de la novela histórica con respecto del romanticismo que le dio origen. La novela histórica se definirá a sí misma paulatinamente, mostrará su capacidad de adaptarse a diversas ideologías y corrientes literarias, la riqueza y vitalidad que le permite ser, en el siglo XXI, un género de actualidad.

2. *El tiempo de la novela histórica*

Las tres novelas que abordamos en este análisis nacieron en periodos críticos de la Historia. Se trata de momentos de reestructuración, posteriores a la culminación de una guerra cruenta y al encumbramiento de un determinado grupo político. Mientras *La hija del judío* fue escrita al final de la guerra de castas y de los intentos separatistas de Yucatán con respecto de la República mexicana, luego del triunfo de Miguel Barbachano en el gobierno de Yucatán —quedando fuera del poder los mendecistas como Sierra—; *El pecado del siglo* y *Un hereje y un musulmán* surgen en el periodo inmediatamente posterior al triunfo del liberalismo y la Reforma sobre los conservadores y el Segundo Imperio, un momento de reacomodo y reestructuración, en el que ambos escritores están inhabilitados para la toma de decisiones trascendentes: fueron exiliados por Benito Juárez.

Son novelas que relacionan el pasado con el presente y tienen una función explicativa vinculada con este último; están estrechamente ligadas a los movimientos literarios, ideológicos y socioculturales en boga, pero al mismo tiempo desarrollan una poética particular. En esa medida, corresponden con los rasgos generales de la novela histórica delineados en el primer capítulo de este estudio.

De igual manera, comparten las marcas genéricas que advierte Celia Fernández Prieto en la novela histórica romántica, y que citamos en el primer capítulo de este estudio: las tres novelas estudiadas se ubican en un periodo histórico perfectamente identificable: la Colonia, tal como las novelas europeas tendían a remitirse a la Edad Media, e igualmente introducen marcas cronológicas y topográficas precisas que permiten situar los hechos narrados; conviven personajes históricos y ficticios en la diégesis, de tal manera que el peso de la acción recae siempre en los segundos; el narrador extradiegético —situado en el mismo plano temporal que el lector— funge como figura de saber y desarrolla las funciones narrativa e ideológica. *La hija del judío* es un claro ejemplo de novela histórica romántica.

Asimismo, las novelas posteriores a 1868 comienzan a separarse de este paradigma e introducen elementos realistas que responden al interés por “el retrato de la sociedad presente”.³³⁹ la descripción romántica del pasado cede su lugar a retratos costumbristas, aumenta el diálogo y, en el caso de *Un hereje y un musulmán*, la diversidad de perspectivas en la contraposición trama/narrador. Por otra parte, con respecto de *El pecado del siglo* se puede añadir que la ubicación temporal de la diégesis tiende a convertirla en “la novela histórica del pasado inmediato al presente”.³⁴⁰

Ahora toca hilar un poco más fino, porque cada novela recrea la Historia y la imbrica con la ficción de una forma diferente y en ello —además de la forma en que incorporan el romanticismo y el realismo— radica su poética particular: en la elección y caracterización de un periodo y sus figuras históricas, en la relación de estas últimas con los personajes ficticios subyace una concepción del tiempo y la Historia que prefigura y configura.

³³⁹ Celia FERNÁNDEZ PRIETO, *op. cit.*, p. 111.

³⁴⁰ *Ibid.*, p. 113.

La hija del judío se centra en el siglo XVII, el momento en que la Colonia estaba consolidada, el punto medio entre la Conquista y la Independencia. El lector tenderá a asociar este siglo con una sociedad estructurada y pacificada, de manera que sus fisuras se revelarán inherentes al sistema, y se apoyará, para hacer esta conjetura, en el carácter extensivo de la novela, que apela a instituciones propiamente coloniales y a referencias a acontecimientos cuya amplitud temporal va más allá del siglo recreado.

Lo histórico es perfectamente identificable. Está representado por corporaciones y los personajes que las encarnan; el acontecimiento es de crisis social y política —el gobierno del conde de Peñalva y la hambruna que se desató en ese periodo, pretérito con respecto del presente de la diégesis— e involucra a todos los estratos sociales representados. Su importancia es de carácter local. No es un hecho que marque el destino de un país o un pueblo, más bien funciona como un ejemplo representativo de los conflictos que ha padecido la provincia de Yucatán a raíz de una organización política y social ordenada desde el centro. La Historia son las instituciones vistas desde la periferia.

La relación que se establece entre los acontecimientos históricos y los ficticios es de carácter causal: durante el gobierno de Peñalva se originan conflictos que afectan a los personajes ficticios y trascienden hasta el presente de la diégesis, cuyos protagonistas también son ficticios. Así, la Historia es el trasfondo condicionante. Los hechos verificables no están en el centro de la acción y los personajes históricos, como el Deán y el conde, tienen un papel secundario o antagónico en la medida que representan un sistema nocivo que debe terminar.

Aunque la mayoría de los personajes y acciones son ficticios, el narrador aporta la impresión de objetividad —de que realmente está contando Historia— a partir de varias estrategias: desde el principio se presenta como un narrador confiable que ha consultado

documentos del pasado para narrar su historia, y refuerza sus aseveraciones con los comentarios de un personaje igualmente confiable —una voz de autoridad—, el padre Noriega; asimismo predomina la descripción de espacios públicos —algunos de los cuales son conocidos por los lectores de mediados del siglo XIX—, y el relato de intrigas políticas: enfrentamientos y alianzas entre diversas corporaciones, conflictos entre autoridades y luchas de poder.

El narrador, como figura de autoridad, guía la lectura y ofrece conclusiones que explican el sentido de los acontecimientos y de esta manera limita el margen de las interpretaciones posibles. Parte de un modo de explicación contextualista en la medida en que aísla un elemento del campo histórico y procede luego a relacionarlo con diferentes áreas del contexto —corporaciones, organización política y social—, en el momento en que ocurrió y “tanto hacia atrás en el tiempo, a fin de determinar los ‘orígenes’ del suceso, como hacia delante en el tiempo, a fin de determinar su ‘efecto’ y su ‘influencia’ en sucesos subsiguientes”.³⁴¹

En este sentido, *La hija del judío* aborda problemáticas que persisten en el momento en que fue escrita —con el que se establece una relación de continuidad—. Algunas las señala el propio narrador: el centralismo y los cambios de gobierno que no modifican las estructuras fundamentales y sólo realizan “parches”. Otras las deduce el lector si conoce un poco de la Historia de Yucatán —y que serían muy familiares para el lector de la época—, como el problema indígena, la corrupción y los monopolios.

En la medida en que se establecen relaciones causales y nexos entre diferentes tiempos y espacios, incluyendo el presente del narrador, podemos observar una visión dinámica del tiempo. El pasado está en el presente: es la tradición —la cultura, las

³⁴¹ Hayden WHITE, *op. cit.*, p. 29.

instituciones, los grupos sociales, el sistema político— que pugna constantemente por sobrevivir en medio de los esfuerzos innovadores; son las pulsiones retrógradas de Juan de Zubiaur que se opone al matrimonio de su hijo, y el esfuerzo juvenil por realizarse, por liberarse de las ataduras que la tradición le impone; son los errores del sistema que propician y prolongan las injusticias, a las que se opone el individuo amparado por la colectividad, la corporación jesuita, un grupo con tendencias renovadoras.

Si tomamos en cuenta que se asume la Independencia como un paso necesario para la evolución —tal como lo sugiere Noriega— y el narrador propone transformaciones sociales y políticas que vayan más allá de lo superficial, de la apariencia y la nomenclatura, ello implica que en la novela subyace una visión del tiempo como algo cambiante, no estático. El presente —de la diégesis y del narrador— es algo inacabado, en él perviven las fuerzas retrógradas del pasado que se oponen a las tendencias innovadoras que tienden a la evolución. La Historia es un proceso en constante transformación y mantiene relaciones causales con el presente.

A diferencia de *La hija del judío*, en *El pecado del siglo* se recrea un acontecimiento de finales del siglo XVIII, un momento cercano a la Independencia y que, por lo tanto, el lector fácilmente asociará con crisis y desmembramiento social, tal como ocurre en la novela. Y, al mismo tiempo, en la medida en que la distancia entre el presente de la diégesis (1789) y el presente del narrador (1869) es sólo de ochenta años, el lector tenderá a percibir la cercanía entre ambas épocas: el vínculo a partir de los ideales ilustrados y la amenaza en la degradación social.

Lo histórico está representado por dos personajes perfectamente identificables, que han pasado a la Historia de bronce —ya eran paradigmáticos en *México a través de los siglos*—: Francisco Primo de Verdad y el virrey segundo conde de Revillagigedo, los

cuales tienen un papel secundario en los acontecimientos narrados y carecen de la connotación negativa que sí tienen Peñalva y el Deán en *La hija del judío*, pues son figuras autorizadas que emiten juicios de carácter moral y procuran el bienestar social. La Historia, con mayúsculas, ya es algo intocable, un manual de consultas en el que destacan las figuras de autoridad como ejemplos a seguir. La concepción del tiempo es estática en la medida en que el sistema político “deseado” ya se ha instalado en el poder, ya no es algo que se desee cambiar.

En un sentido inverso, el acontecimiento histórico del crimen, del cual parte la narración, y en el que se ven involucrados todos los personajes, carece de trascendencia política e histórica: es un ejemplo paradigmático de degradación social. De acuerdo con Vicente Riva Palacio, quien consigna este acontecimiento en *México a través de los siglos*, es un “episodio de poca importancia para la vida de un país, pero de gran influencia para el crédito de un gobernante”³⁴² por la forma tan veloz en que fue resuelto. Este acontecimiento histórico del asesinato coincide con el presente de la diégesis y, a diferencia de lo que ocurría en *La hija del judío*, es más difícil separarlo de los hechos y personajes ficticios.

En la medida en que el acento de la novela está en la crítica social, disminuye el papel de lo histórico: privan las descripciones costumbristas y la tendencia a la subjetividad. El espacio público es reflejo de la degradación social. Predomina la descripción de emociones de los personajes y la recreación de espacios e intrigas de carácter privado, las cuales explican y dan lugar al acontecimiento histórico, de manera que

³⁴² Vicente RIVA PALACIO, *op. cit.*, t. II, p. 610-611. Ya en 1870 —un año después de la publicación de *El pecado del siglo*— Manuel Payno, al presentar la relación del asesinato, inicia destacando la buena fama de la que gozaba la labor administrativa y policial de Revillagigedo (*vid. supra*) y afirma que con aquel suceso “acreditó su actividad y su energía” (Manuel PAYNO, *op. cit.*, p. 274).

se da una relación inversa a la que se establecía en *La hija del judío* entre historia y ficción, además el vínculo es menor en la medida en que no afecta a las grandes figuras de la Historia.

Pero la descripción de los personajes no tiende a la diversidad, sino a la reducción: los personajes son representantes de fuerzas o leyes que están por encima de ellos y en las que no pueden incidir. Una de estas leyes, por ejemplo, consiste en que la falta de educación conduce al mal y a la degradación, así las clases gobernante y media-trabajadora tenderán a sobrevivir gracias a que tienen más fácil acceso a la educación. Subyace una concepción mecanicista en la medida en que la explicación consiste en la búsqueda de leyes, en que “se inclina a ver los ‘actos’ de los ‘agentes’ que habitan el campo histórico como manifestaciones de ‘agencias’ extrahistóricas”.³⁴³

Así, aunque los nexos con el presente en que se escribió la novela están más difuminados que en la novela de Sierra O’Reilly, por medio del rechazo y el distanciamiento que infunden en el lector, igualmente existe un vínculo a partir de las agencias extrahistóricas que explican dos ocurrencias distanciadas temporalmente como manifestaciones de un mismo fenómeno.

El triunfo de los liberales y de un sistema acorde con sus ideas ya no exige reformas políticas sustanciales ni un cambio de orden, como sí ocurría en *La hija del judío*, y si el sistema vigente es el deseado, ahora la raíz de los problemas debe buscarse en otro lado: en la sociedad degradada. La novela muestra las leyes que nos rigen en una historia del pasado —en la Historia—, así como las normas de conducta a seguir. El lector se reconocerá en el espejo que le ofrece la novela, pero como si fuera otro, vivirá la agnición y la catarsis en el ejemplo que se ofrece ante sus ojos.

³⁴³ Hayden WHITE, *op. cit.*, p. 27.

La relación con el pasado está prefigurada por una visión estática y sincrónica del tiempo. No hay continuidad, el bienestar futuro depende de la ruptura con los vicios sociales que pertenecen a una etapa intermedia de la evolución con la que hay que romper —porque la cercanía de esa etapa amenaza el presente—; hay que parecerse a aquello que se le contrapone, a los personajes ilustrados que prefiguran la etapa última de la evolución. El individuo ideal es aquel que rechaza categóricamente los vicios en que está inmersa la sociedad a la que pertenece, sin trastocar el orden, dando el ejemplo con su educación, con su trabajo, y alzándose así por encima de una sociedad viciosa y trastocada.

Finalmente, la diégesis de *Un hereje y un musulmán* se ubica en el siglo XVI, el tiempo de la integración y el acomodo social. Lo más distante al presente del narrador, pero también muy parecido, en la medida en que ha triunfado el liberalismo y ahora toca reacomodarse en este nuevo sistema político. Las preguntas, en el siglo XIX, son: ¿cómo conciliar las ideas conservadoras en el marco del triunfo liberal?, ¿cómo pueden los derrotados, sin renunciar a sus ideas, integrarse al orden que imponen los vencedores?

Además de los paralelismos con el presente del narrador que surgen de la recreación del siglo XVI, en ese siglo también podemos identificar resonancias de otros espacios y tiempos pasados, desde la antigua Grecia, pasando por la Edad Media y el Renacimiento, así como alusiones a acontecimientos posteriores que integran a ese siglo en un todo coherente.

En esta novela encontramos numerosos personajes históricos que representan instituciones y grupos sociales como la Inquisición con Pedro Moya de Contreras, la Real Audiencia con el virrey Martínez de Almanza y el oidor Vasco de Puga, y piratas como Francis Drake. Ninguno de ellos tiene papel protagónico, conviven con numerosos personajes ficticios, y estos últimos llevan la recreación un paso más allá que *La hija del*

judío, en la medida en que no sólo son representantes de un grupo social o una idea, sino que los retratos costumbristas, al estilo del realismo, crean una gama mucho más amplia y compleja de personajes que diversifican a la sociedad representada, de manera que la Colonia está caracterizada por sus instituciones y grupos sociales, pero también, y sobre todo, por sus individuos, personajes ficticios, que encarnan defectos y virtudes de la sociedad —y en este sentido la novela de Almazán se aproxima más a la de Cuéllar, aunque con una visión predominantemente positiva—.

Estos personajes ficticios parecen más “coloniales” que los de *El pecado del siglo* en la medida en que están rodeados de numerosos personajes y acontecimientos históricos, y aún podemos percibir su relación con las corporaciones del pasado. La Historia está en todos lados: en el pasado, el presente y en los acontecimientos posteriores a la diégesis, también en el presente del narrador; enmarca y afecta la vida pública y privada de los personajes —históricos y ficticios—, su pasado y su presente. La Historia, como la propia novela, es acumulativa.

La impresión de objetividad se logra a partir de la narración de numerosos acontecimientos históricos —señalados como tales por el narrador, pero que un lector medianamente instruido también es capaz de identificar— y/o de carácter público, que enmarcan y afectan la vida privada de los protagonistas y de los personajes secundarios; también se logra a partir de las constantes menciones de obras y personajes renacentistas que ayudan a situar los acontecimientos en una época determinada.

De la misma manera contribuye la escasez de comentarios por parte del narrador sobre lo que ocurre en la diégesis. Este último, además, demuestra una cultura sumamente amplia, lo que lo vuelve un narrador confiable en cuanto a sus conocimientos históricos.

Sin embargo, también hay un segundo movimiento, de carácter subjetivo, que describe individualidades, advierte, en la interacción de la perspectiva del narrador y la trama, la relatividad del bien y del mal en las acciones individuales, que trasciende a la caracterización de las instituciones. Pero este movimiento tiende, como ocurría en *El pecado del siglo*, a las generalizaciones en la medida en que los personajes encarnan virtudes o defectos de carácter moral. Es una subjetividad disimulada por la constante presencia de lo histórico que la enmarca.

En esta novela el pasado no es ni completamente positivo ni negativo: es así, con sus defectos y virtudes. Sin embargo, en el marco humanista se destacan valores como el estoicismo y los ideales cristianos que se contraponen al presente del narrador, con sus guerras intestinas y la ausencia de orden. Ante la tendencia revolucionaria decimonónica que rompe los vínculos con el pasado en beneficio del progreso,³⁴⁴ que cree en la originalidad y el carácter único de su presente,³⁴⁵ Almazán opone una visión orgánica que establece lazos entre todos los periodos y acontecimientos, regidos por fuerzas sobrehumanas que el individuo debe asumir con una actitud estoica cargada de fe, tolerancia y amor al prójimo. Y esta visión se concilia con algunos planteamientos positivistas, corrigiendo sus excesos materialistas y científicistas, en la perspectiva del nuevo orden social que se está conformando en el presente en que fue escrita la novela.

El tiempo es una especie de movimiento centrípeto. En cada corte sincrónico se observan las resonancias de otros tiempos: en el presente resuena el pasado y en él radica el potencial del futuro. En cada momento de la historia actúan fuerzas contrarias que están por

³⁴⁴ Recordemos la concepción evolutiva que introduce Gabino Barreda sobre las etapas de emancipación de México con respecto a España que se desarrollaron en el capítulo tercero de este análisis.

³⁴⁵ Recordemos el comentario irónico que el narrador dirige a los espiritistas, en el que compara sus principios con supersticiones como la creencia en las brujas y el poder de Satanás. *Vid. supra*.

encima de los individuos, los cuales fungen como agentes de esas fuerzas. Y los acontecimientos históricos son resultado del triunfo momentáneo de una de ellas, el cual está determinado por un principio suprahistórico que está más allá del entendimiento del hombre —de ahí la condena emocional de Eucardio, el hombre que quiere conocer y abarcar todo—. Así, los movimientos de negación, como la piratería y la Inquisición, están destinados a desaparecer pues en su origen llevan la semilla de su destrucción y porque, además, el bien está en todos lados, en el pirata que siente compasión, en los inquisidores que atenúan el rigor de la institución,³⁴⁶ o que, al procurar justicia, son iluminados por la Providencia.

La concepción del tiempo resiste a la violencia de la modernidad: es lento, lleva paulatinamente a la sociedad por el camino de la ilustración. No hay necesidad de revoluciones que lo cambien todo. Las cosas llegan en su momento, como la libertad de Adriano, y el papel del individuo es esperar estoico y actuar con fe, tolerancia y bondad. Pues si el trayecto de la civilización está determinado de antemano y se dirige hacia un fin, el papel del individuo es decidir qué hacer con su propio tiempo, puede contribuir al plan divino o bien oponérsele; es claro que lo más recomendable es elegir la primera opción.

En el análisis de las poéticas de estas tres novelas históricas podemos observar que la elección de un periodo y un acontecimiento histórico —como ocurre con la elección entre realismo y romanticismo— está en relación directa con el tipo de problemática que se desea abordar, así como con la postura ideológica que prefigura la obra, ambas —problemática y postura ideológica—, a su vez, están íntimamente relacionadas con el presente en que se escribe cada una de las novelas históricas analizadas. El recrear la Colonia no implica

³⁴⁶ Véase Pascual ALMAZÁN, *op. cit.*, p. 919.

necesariamente nostalgia ciega o recreación de momentos heroicos que prefiguran la Independencia. Más allá de la controversia indigenismo/colonialismo, la Colonia es un hito significativo, un punto de ruptura y encuentro en torno al cual reflexionarán nuestros escritores de acuerdo con sus preocupaciones particulares.

En la recreación de la Historia, en la forma de vincularla con la ficción, subyace una concepción del tiempo particular: si es cambiante y dinámica, se concibe a partir de corporaciones, se crean lazos causales y relaciones de continuidad en los que el individuo y su comunidad cobran un papel fundamental en el camino de la transformación; mientras más estática sea la concepción del tiempo, el individuo tiene menos injerencia en la Historia, y en esa medida tiene mayor participación en la novela como representante de valores morales, sus papel es acomodarse a principios que están por encima de él, ya sean los de orden, la ilustración y el progreso, o uno divino, incomprendible para el hombre pero que, como el anterior, da lugar a la libre elección y, al mismo tiempo, deja claro cuál es el camino correcto.

La impresión de objetividad depende del tipo de relación que se establezca entre Historia y ficción, así como de su vínculo con los espacios públicos y privados: en la medida en que los hechos históricos se observen como condicionantes de los acontecimientos ficticios y prive la descripción de espacios y acontecimientos de carácter público, particularmente político, mayor será la impresión de objetividad; si, por el contrario, los acontecimientos de carácter ficticio son los que determinan el acontecimiento histórico y predomina la descripción costumbrista que privilegia aspectos morales de la vida privada que trascienden a los espacios públicos, entonces aumentará la impresión de subjetividad. También el tipo de hecho histórico determinará esta impresión: mientras más

evidente sea la trascendencia política y social del acontecimiento, la narración ganará en objetividad e historicidad.

Finalmente, me parece importante mencionar que la novela histórica funciona como una manera de responder a cuestionamientos del presente por medio de un doble distanciamiento: el que llevan a cabo todas las obras de ficción al suspender momentáneamente la relación referencial y de esta manera “pintan la realidad agrandándola con todas las significaciones que ellas mismas deben a sus virtudes de abreviación, de saturación y culminación”,³⁴⁷ y el distanciamiento temporal, que permite hablar de la realidad como si fuera otra, ajena y pasada, pero que al mismo tiempo nos obliga a relacionarla con nosotros mismos en la medida en que vivimos la intratemporalidad y estamos acostumbrados a relacionar los hechos pasados con nuestras preocupaciones del presente y nuestras proyecciones hacia el futuro, y en que apela a nuestra historicidad, como miembros de una comunidad, herederos de una tradición que se encamina a un destino determinado,³⁴⁸ porque el saber que adquiere dimensiones históricas “es capaz de reestablecer el lazo entre lo colectivo y lo individual, que un pensamiento no histórico disocia”.³⁴⁹

3. *La sociedad ideal*

En las tres novelas se ha podido observar que en el pasado recreado se proyecta una determinada concepción de mundo. Llama la atención, en primer lugar, la ausencia de las masas como actores sociales. El sector bajo tiene una participación ínfima en *La hija del*

³⁴⁷ Paul RICOEUR, *Tiempo y narración I...*, op. cit., p. 153.

³⁴⁸ Para ahondar en la intratemporalidad y el historicismo véase Paul RICOEUR, *Historia y narratividad*, op. cit., pp. 186-214.

³⁴⁹ Noé JITRIK, op. cit., p. 16.

judío, sus miembros están al servicio de individuos y corporaciones, y se venden al mejor postor. No están contemplados en la propuesta de reforma del narrador. Los conflictos atañen al sistema político y a la clase alta, cuyo mejoramiento equivale —según parece sugerir la novela— a la solución de los problemas de la provincia. Se advierte así una fuerte desvinculación con respecto de las bases sociales. Lo mismo ocurre en *Un hereje y un musulmán*, en que apenas advertimos a uno que otro personaje que proviene del sector bajo, y no como individuos, sino como representantes de una idea, un grupo, un oficio, o un valor moral: los piratas, el barbero, las brujas condenadas por la Inquisición, el verdugo.

En *El pecado del siglo* las masas, el pueblo bajo, lo constituyen perdularios que cometen actos viles a cambio de dinero, carecen de espíritu de comunidad y sentimientos de piedad. Pocas veces ayudan sin esperar un beneficio monetario y no viven una redención final. Sin embargo, a diferencia de *La hija del judío*, sí están ahí, en todas partes de la ciudad. Aparecen como un problema social y no queda claro cómo podrían integrarse a la sociedad futura.

Otro tema son los indígenas. En una relación inversa a la anterior, en *El pecado del siglo* simplemente no aparecen. En *La hija del judío* son una amenaza; fueron sometidos en la Conquista y son explotados en la Colonia por diversos grupos, y de esta manera se denuncian las causas de un problema que persiste en el presente de la narración y que deriva en la guerra de castas. Pero no se aborda a partir de la perspectiva de los indígenas, sus malestares y necesidades, sino como la otredad amenazante. Y en la medida en que se sugiere que la explotación es una causa del problema, se deduce que ésta terminará cuando se acabe “aquello” que la origina. Un cambio de conducta de los blancos. Nada más. No parece haber posibilidad de integración entre esas otredades que conviven en un mismo espacio.

Un hereje y un musulmán aporta una visión similar: no es posible la integración, los blancos y los indígenas han de vivir en comunidades separadas. El mundo indígena se dejó atrás con la conquista, tuvo vicios y virtudes, su sistema de dominación era similar al español que ofrece la ventaja de la labor misionera, de manera que no hay razón para añorarlo. Los indígenas que se encuentran en la ciudad pueden resultar amenazantes, pero en el campo tienen las virtudes del buen salvaje, incluso se pueden aprovechar sus conocimientos de herbolaria y visitar las ruinas prehispánicas con un espíritu arqueológico. De acuerdo con lo que ocurre en el relato, lo mejor es educar a los indígenas —y también al mulato—, quitarles su idioma —aquello que los vuelve una otredad amenazante por desconocida—, para así someterlos, colonizarlos imponiéndoles una visión de mundo y luego dejarlos en sus comunidades en el campo.

Cada novela proyecta un ideal de sociedad en el que destacan ciertos grupos —que incluyen a los probables lectores de la obra—:³⁵⁰ en *La hija del judío* es la élite joven y culta que, con su rebeldía e idealismo, llevará a cabo las reformas necesarias que los miembros de un sistema anquilosado se resisten a realizar; en la novela de Cuéllar es la clase trabajadora y culta, racional e intachable moralmente que guiará con su ejemplo a los demás —como lo hace Carlos con su novia— en el camino de la madurez moral e intelectual, y es también la clase política que impondrá orden y promoverá la ilustración; curiosamente, en la novela de Almazán lo representa el heredero de la cultura humanista, nacido en México pero educado en los Países Bajos, un estoico cristiano que acate las leyes y confíe en los designios de la Providencia, el cual puede identificarse con la élite ilustrada en la medida que estudió jurisprudencia y heredó un patrimonio considerable gracias al trabajo honesto de su padre. El lugar de todos ellos está en la ciudad.

³⁵⁰ Recordemos que la gran mayoría del pueblo era analfabeto en el siglo XIX.

La proyección hacia el futuro, en las tres novelas, descansa en lo que podemos llamar parejas fundacionales. El matrimonio final entre personajes que encarnan a las clases sociales y las cualidades morales idealizadas, representa el final de una era y el principio de otra, es la nueva familia que heredará sus valores a sus descendientes. Ellos aparecen en medio de una serie de personajes que no tienen hijos o, si los tienen, por una u otra razón están condenados a desaparecer. Cada matrimonio reúne las cualidades morales ideales.

En *La hija del judío* se funden en la pareja los impulsos rebeldes de don Luis, bien encauzados por la educación jesuita y por la afiliación a esta corporación y sus ideales, con la docilidad de María hacia su familia, su educación religiosa y su modestia, que se conjuga con su disposición a defender su amor a capa y espada. Además, en el matrimonio se unen el heredero de un comerciante campechano y María, que es al mismo tiempo la hija de “la más rica heredera de Mérida”³⁵¹ —benefactora de la sociedad en momentos de crisis— y la protegida del gobernador más honesto que tuvo la provincia, de manera que juntos representan la reconciliación de campechanos y yucatecos en el poder por el bienestar de la provincia. En esta pareja se reconoce la herencia española pero también la necesidad de ser otros, mejores que los padres.

En *El pecado del siglo* la pareja de Carlos e Isabel no tienen un papel protagónico, pero están destinados, así lo advierte el narrador, a ocupar el “primer término” en el futuro.³⁵² El joven médico, educado, trabajador y honesto, se une con la hija de un comerciante, y la educa para los nuevos tiempos, de manera que cuando Isabel es capaz de cuestionar y rechazar los vicios de sus padres —léase: la herencia colonial, sobre todo en lo relativo al fanatismo religioso y la incapacidad para poner a circular el capital propio del

³⁵¹ Justo SIERRA O'REILLY, *op. cit.*, t. I, p. 164.

³⁵² José Tomás de CUÉLLAR, *op. cit.*, p. 353.

comerciante—, está lista para emprender una nueva familia. Ellos son la ruptura con la inmoralidad, el ideal de ilustración.

Y finalmente, la pareja fundacional, en la novela de Almazán, consiste en un par de jóvenes estoicos que son capaces de resistir la tragedia confiados en el destino que les depara la providencia, personajes que apenas sufren, con una educación eminentemente humanista, masculina y cristiana. Como su familia proviene de los Países Bajos, podemos vislumbrar una velada propuesta de restaurar la monarquía española o, por lo menos, de un descendiente de los Habsburgo —recordemos que en las monarquías era bien visto el matrimonio entre parientes cercanos y que Adriano y Elvira son primos hermanos—. Pero, al mismo tiempo, en el estoicismo de los personajes podemos interpretar una resignación hacia el nuevo gobierno. El futuro de Adriano, como abogado, será legislar, contribuir al orden, evitando así obstaculizar los designios del plan divino.

En el caso de don Luis no sabemos qué estudió, pero es irrelevante en la medida en que pertenece a la élite y su herencia le asegura un futuro —paradójicamente, a pesar de las propuestas renovadoras en la novela, don Luis no es un profesionalista moderno, sino que vive de sus rentas y así repite jerarquías sociales anquilosadas, como el marquesado que hereda a su hijo—. En *El pecado del siglo* y *Un hereje y un musulmán* nos encontramos con la proyección de una sociedad moderna en la medida en que los protagonistas tienen profesiones útiles al país, las profesiones liberales por excelencia: médico y abogado.

En las tres novelas, el comercio tiene sus bemoles: en la primera el riesgo está en los monopolios y el contrabando, y recordemos que el prototipo de comerciante, don Juan de Zubiaur, destaca por su escasa ilustración; en la novela de Cuéllar el comerciante, además de extranjero —español, para ser precisos—, no circula el dinero, sólo lo acumula o lo deja en manos muertas, y está condenado a desaparecer; en *Un hereje y un musulmán*

simplemente es un extranjero, y no es bien visto en la sociedad capitalina. No hay una construcción del comerciante nacional, no es una profesión que se desee para nadie, al contrario, parece destinada a desaparecer. El campo no es el lugar de estos protagonistas y la agricultura queda descartada también, si acaso queda en manos de los indígenas, con quienes los blancos ciudadanos no tienen ningún contacto. Y la minería es una actividad que no desean ni indígenas ni blancos en la novela de Almazán.

Entonces el lector se pregunta: ¿de dónde vendrá la riqueza del país si los hombres ideales que plantean estas novelas están desligados del comercio, la agricultura, la minería y la industria?, ¿cómo crecerá económicamente si el futuro es de los médicos y los abogados?

Como hemos visto, ninguna de las tres novelas contempla un cambio radical en la estructura social. Las masas no están en condiciones de tomar decisiones trascendentes o de tener una participación activa en la política —una postura que resulta muy familiar, incluso para los lectores del siglo XXI—. En la novela de Sierra O'Reilly el futuro descansa en la élite con tendencias renovadoras que realicen las reformas necesarias en el sistema político, que ya fueron consignadas en el papel, pero que falta llevar a la práctica. En la de Cuéllar la denuncia es de carácter moral: *la sociedad* está viciada y se requieren reformas educativas que inculquen moralidad y amor al trabajo. Y en la de Almazán se promueve la aceptación de las cosas tal como las ordena la Providencia, a partir de ideales estoicos y cristianos que coadyuvarán a la realización de estos designios.

En estas novelas se vuelcan los ideales de la sociedad letrada, que protegen a una élite política que desea instalarse en el poder o ya se ha instalado en ella, que no toman en cuenta a las masas o que simplemente las consideran en la medida de cómo deben adecuarse al nuevo orden. En un caso se acude a la Historia para explicar y justificar la

necesidad de un cambio político que trascienda a lo social —siempre enfocado en el bienestar y las necesidades de la élite—. En los otros dos, proporciona los ejemplos paradigmáticos de *lo que debe* y *lo que hace* el individuo para convertirse en partícipe de la sociedad perfecta —ya sea emancipándose o asumiendo el anclaje del pasado y de la tradición—.

En todas las novelas se desarrolla claramente un principio jerárquico, y los individuos deben someterse a aquello que está por encima de ellos: así don Luis debe obedecer a los jesuitas —el Preósito por encima de todos— quienes, por su parte, actúan de acuerdo con los intereses de su corporación; Carlos, respetuoso del orden y la moralidad, respeta a sus semejantes, aún a los más inmorales, y cuando alguien le pide consejo, como doña Mariana, lo intima a acudir a una autoridad superior —Primo de Verdad—. Y Adriano, por su parte, se somete estoico a la justicia que, a su vez, atiende a los designios de la Providencia.

En la novela de Cuéllar la autoridad política es intocable porque representa el principio de orden e ilustración; en la de Almazán, es humana y susceptible de cometer errores, pero igualmente intocable porque la guía un principio suprahumano que le dará las herramientas para hacer justicia y remediar sus faltas. Sólo en la novela de Sierra O'Reilly se desarrolla un enfrentamiento entre autoridades y proyectos políticos: uno anquilosado y otro con tendencias renovadoras, pero ese conflicto será resuelto desde arriba, gracias al Preósito, sin el enfrentamiento o la intervención directa de otros sectores de la sociedad.

En resumen: las sociedades utópicas en las tres novelas comparten la misma lengua, son de raza blanca, viven en las ciudades y se vinculan con la tradición cristiana en la medida en que comparten sus valores morales —aún *El pecado del siglo*, que disocia esos valores de la institución religiosa para convertirlos en una especie de religión de estado—;

las integran hombres letrados que se distancian, de una u otra manera, de los sectores bajos de la población; algunos de sus miembros son gobernantes o —en el caso de *La hija del judío*— representan el poder político, y el resto se debe someter a su arbitrio.

En estas obras, como se ve, no hay un retrato fiel ni de la historia ni de la sociedad, crean un mundo ficticio a partir de lo que Antonio Cándido llama la “relación arbitraria y deformante que el trabajo artístico establece con la realidad, incluso cuando pretende observarla y trasponerla rigurosamente, pues la mimesis es siempre una forma de *poiesis*”.³⁵³ Pintan aspectos de la realidad en la medida en que la fantasía “precisa modificar el orden del mundo justamente para hacerlo más expresivo”.³⁵⁴

Los autores configuraron cada una de las tres novelas analizadas a partir de una posición específica en la sociedad, en el marco de la cultura mexicana y sus tendencias literarias, y es a partir de ellas que interpretan su entorno. En sus creaciones, además, modifican el orden del mundo, deforman la realidad, resaltan ciertos aspectos y ocultan otros de manera que la obra expresa artísticamente angustias, ideales y anhelos profundos, algunos propios, otros comunes a la cultura o el sector social al que pertenecen.

4. *Trampas y paradojas*

Si reflexionamos en el planteamiento utópico como “creación de un nuevo modelo normativo hacia donde debían encaminarse los nuevos esfuerzos de la voluntad humana”,³⁵⁵ comprenderemos que las proyecciones ideales de las tres novelas analizadas siguen este mismo camino y se enmarcan en una tendencia general, en México, que Ruedas de la Serna describe de la siguiente manera:

³⁵³ Antonio CÁNDIDO, *Literatura y sociedad...*, *op. cit.*, p. 37.

³⁵⁴ *Idem.*

³⁵⁵ Jorge RUEDAS DE LA SERNA, *op. cit.*, p. 32.

Nuestras élites culturales posteriores a la Independencia se forjan un proyecto mental, con fuertes resabios ilustrados, totalmente refractarios de las presiones provenientes de los estratos marginalizados de nuestra “cultura” [...] La cultura [...] debía derramarse a la sociedad, para instruirla y moralizarla. En esta operación la literatura jugaba un papel al que se le concedía enorme importancia, la de persuadir más eficazmente que los discursos directos. Este modelo mental, que no se sustentaba en la realidad, constituyó la utopía, transferida al futuro, que permeó toda nuestra literatura romántica y buena parte de la posterior.³⁵⁶

Pero si recordamos, con Jean Servier, que “utopía” “se convirtió en el sustantivo que designa todo proyecto irrealizable” y que el adjetivo “utópico” “subraya el carácter imposible de un deseo, de una intención”,³⁵⁷ nos encontramos con la primera trampa ideológica que subyace en las novelas analizadas: si bien es cierto que no se asume explícitamente el carácter “utópico” de las sociedades ideales que proyectan, los podemos inferir por su carácter ideal y por el hecho de que no se realizan, sino que sólo existen en potencia, en el presente de la diégesis. Son sociedades doblemente imposibles en la medida en que no se realizan en la ficción pero tampoco pueden tener lugar fuera de la novela a causa de su fuerte desvinculación con la realidad social.

Al volcarse en el pasado para proyectarse en el futuro estas novelas vacían el presente, lo dejan en suspenso. Cuestiones materiales como la economía y la desigualdad social son completamente soslayadas. Y la propuesta más clara, la educación, además de que sólo puede proporcionar resultados a futuro, no ofrece soluciones a problemas materiales: la educación, tal como la plantean estas novelas, ayudará a convertir a la México en un país de ilustrados, a adecuar a la población a los ideales de la clase letrada. Sí, la volverá más higiénica, menos “fea” y “necia”, pero no le dará de comer. Y si la sociedad ideal es de doctores y abogados ¿quién pagará sus gastos?

³⁵⁶ *Ibid.*, pp. 91-92.

³⁵⁷ Jean Servier, *op. cit.*, p. 7.

En el momento en que fueron escritas estas tres novelas comenzaba un periodo de estabilidad política, más o menos adecuada a los ideales de sus escritores: es cierto que el grupo de Sierra O'Reilly no estaba en el poder pero Yucatán había logrado sofocar la guerra de castas y se había reconciliado con México bajo el régimen federalista, luego de negociar bastantes concesiones que beneficiaban al estado. Cuéllar estaba exiliado, sí, ¡pero su ideología liberalista había triunfado! y él continuaba su actividad periodística en San Luis Potosí. La monarquía había sido derrotada, es verdad, pero la política positivista no difería mucho de los ideales de Almazán, quien conservaba un puesto al servicio del gobierno. ¿Entonces qué les impide proponer medidas para las problemáticas del presente? ¿Acaso les dolía tanto la periferia que se negaban a colaborar con el gobierno con propuestas concretas? ¿Debían ser ellos, y no otros, con sus ideales —aunque no fueran muy diferentes de los de los demás— los redentores de la nación? La respuesta no parece tan simple.

Como vimos en el primer capítulo, la proyección al futuro era una tendencia generalizada de los románticos mexicanos, ¿acaso los hombres *de ideas*, encerrados en su burbuja, desvinculados de la realidad social, no tenía mucha “idea” de cómo resolver cuestiones materiales en el presente? ¿Eran conscientes de los sacrificios que implican las transformaciones sociales y económicas y no querían pagar el precio? ¿O simplemente no estaban conformes con la sociedad que les tocó vivir y optaron por negarla?

En el momento en que no ofrecen una solución de continuidad entre pasado, presente y futuro, y dan el salto del primero al tercero, el presente queda vacío. Pareciera que sólo queda esperar el advenimiento del futuro redentor. ¿Acaso no hay nada por hacer en el presente? ¿Por qué no actualizan en el “como si” de la novela la realización de su proyecto ideológico, volviéndolo un “como si” presente?

Colocando en el futuro a protagonistas como don Luis, Carlos y Adriano e idealizando a personajes como el Prepósito, Revillagigedo y Primo de Verdad, las novelas repiten la estructura social, los mitos y los ideales criollos, de manera que se inscriben en el romanticismo moderado que describe Ruedas de la Serna.³⁵⁸ Estas novelas románticas se centran en el yo, entendido como identidad criolla, y en él quieren englobar la identidad nacional, de manera sólo dan cuenta de la realidad de una forma sumamente parcial.

Al adoptar la poética romántica en su proyección a futuro de una sociedad letrada, las propuestas de estas novelas están condenadas a quedar solamente en el papel porque, como decíamos en el primer capítulo, la ironía romántica consiste en la consciencia de escisión, de que el acceso a la utopía sólo puede ser momentáneo y fugaz. Nuestros escritores proyectaron sus ideales en las novelas con la conciencia trágica de que existe esa otra sociedad, la masa inculta e ignorante, “viciosa” y “apática”, de la que no es tan fácil deshacerse: querer realizar la utopía en el presente conduce al genocidio —ya anunciado en el final apocalíptico de *El pecado del siglo*, aunque eludiendo la responsabilidad humana— y el totalitarismo —que serán, con toda su responsabilidad humana, las dictaduras del siglo XX—, y nuestros escritores deciden quedarse en la paradoja del presente como callejón sin salida, con los ojos puestos en un futuro sin fecha de inicio.

Y si lo que importa es el futuro, ¿entonces de qué sirve la mirada al pasado? ¿Qué significa la recreación de la Colonia? En el primer apartado señalamos que la vuelta al pasado representaba la búsqueda de identidad. Y es de notarse que en las novelas que analizamos no está en juego la controversia indigenismo/colonialismo. Ninguna asume el pasado indígena como propio: en las novelas de Sierra O'Reilly y Almazán la herencia hispánica —blanca y católica— es innegable y se acepta sin chistar, puede haber errores

³⁵⁸ Vid. *supra* o cfr. Jorge RUEDAS DE LA SERNA, *op. cit.*, pp. 103-104.

pero de ninguna manera se niega, y la novela de Cuéllar afirma igualmente esa identidad, aunque advirtiendo la necesidad de acceder a valores más universales (emancipación mental y religiosa) para que la sociedad acceda a la etapa superior de la evolución. La Colonia es, pues, el punto de origen para definir la identidad mexicana. No antes, no después, ahí es donde comenzó todo.

Las dos primeras se sitúan en una paradoja, que ha advertido Edmundo O’Gorman en torno al conflicto liberales/conservadores como común a ambos bandos, y que consiste en negar que el acceso a la modernidad y el progreso —representado por Estados Unidos— requiere un cambio de mentalidad, en la forma de concebirse a sí mismos: “hacerse de la prosperidad de Estados Unidos pero sin renunciar al modo de ser tradicional por estimarse éste como de la esencia de la nueva nación. Ambos quieren, pues, los beneficios de la modernidad, pero no la modernidad misma”.³⁵⁹ Y si bien es cierto que en *El pecado del siglo* se plantea la necesidad de la emancipación religiosa, no es menos cierto que Carlos, el ideal de la clase media, no deja de ser profundamente católico.

Por otra parte, lo que se recupera del pasado no son necesariamente las manifestaciones heroicas o las tendencias independentistas, no es la revuelta de Martín Cortés o la de Guillén de Lampart, por ejemplo. Si acaso podemos observar en el Prepósito de *La hija del judío* gérmenes de algunas ideas de independencia, pero no podemos soslayar que lo que destaca como ideal en las tres novelas es el restablecimiento del orden y la justicia, no las revueltas. No importa lo que fue sino lo que puede ser, se trata de ubicar en el pasado el germen del orden que se anhela. De manera que en las tres novelas se vuelcan, en algunos personajes de la Colonia, los ideales de la sociedad letrada y al

³⁵⁹ Edmundo O’Gorman, *México. El trauma de su historia. Ducit amor patriae*, México, Conaculta (Cien de México), 1999, p. 40.

materializarlos en el “como si” pasado los escritores le dan legitimidad histórica a su proyección de sociedad futura.

Recordemos una aseveración de Ruedas de la Serna citada en el primer capítulo de esta investigación, que ahora cobra mucho más sentido: “quieren descubrir la veta que les revele ser ellos, y no otros, los elegidos por el genio de la historia, ahora convertida en la nueva potencia providencial. Y para ello es preciso que se reflejen en las obras del pasado, para reconocerlas como propias”.³⁶⁰ Paradójicamente, los personajes en que la sociedad letrada fundamenta su origen y sus proyecciones son los menos vivos: tan puros, nobles y correctos, tan rígidos y poco humanos, que no parecen viables.

En otro orden de ideas, cabe destacar que la Colonia no es un pasado totalmente clausurado como la etapa oscura, la Edad Media americana, porque es ambivalente, en ella se encuentran aspectos positivos y negativos —sólo en *El pecado del siglo se plantea* clausurarla, pero no es algo que ya haya sucedido—. En su recreación se abren ventanas hacia el futuro. Pero también es una herida que supura, que sigue siendo dolorosa. Por eso tienen que volver a ella, porque el presente no es del todo satisfactorio y en él se pisa sobre arenas movedizas: las guerras y los triunfos no han dado todos los frutos deseados, la aplicación de las leyes se ha encontrado con numerosos obstáculos y resistencias, los proyectos siempre encuentran detractores.

El pasado no sólo ayuda a legitimar un proyecto —en el “como si” de la novela se vuelcan los elementos del presente problemático y en el desenlace los ideales de la sociedad letrada se actualizan como la única posibilidad de futuro—, también es una forma de exorcizar el fracaso en la medida en que, al ubicar los orígenes de los conflictos presentes en un pasado remoto, se acentúa la dificultad para resolverlos, así como la ausencia de

³⁶⁰ Jorge RUEDAS DE LA SERNA, *op. cit.*, p. 2.

responsabilidad por parte de los actores sociales del presente decimonónico en el fracaso de su proyecto. El pasado, en continuo contraste con el presente, también permite atenuar la sensación de derrota en la medida en que se puede observar un punto de progreso, aunque sea mínimo:³⁶¹ ya sea la libertad de imprenta, el fin de la inquisición, la prohibición de las corridas de toros, etcétera.

Sin embargo, la evasión del presente tiene grandes costos: significa soslayar los errores, la responsabilidad en el fracaso. Además, las aspiraciones, proyectadas hacia un futuro sin fecha, son condenadas a la imposibilidad.

En estas novelas históricas del siglo XIX el “como si” tiende a difuminarse a partir de las alusiones a la Historia, los datos cronológicos y topográficos precisos, el narrador como figura de saber. Con estos elementos se crea la ilusión de que está contando Historia,³⁶² de manera que el tipo de Colonia que proyectan las novelas también tiene fuertes implicaciones históricas: al revelar una realidad parcial en la que las masas están excluidas —negándoles un espacio de representación y de acción—, al no proponer personajes que se hagan cargo de la producción económica en la nueva sociedad postergan la solución de problemas cruciales en su presente. El idealizar a la sociedad letrada también se traduce en negar que requiera alguna transformación o que necesite integrarse con otros grupos sociales, de manera que será un sector que legisle para sí mismo, procurando exclusivamente su bienestar.

³⁶¹ Es la misma actitud que podemos observar en Payno quien —con una actitud negativa hacia el español peninsular, como la que se manifiesta en la novela de Cuéllar— advierte “El crimen que se ha referido [el asesinato de la familia Dongo] fue, como se ve, cometido por tres españoles, de una condición y clase no común. En ochenta años que van transcurridos no se ha vuelto a perpetrar en la capital otro atentado tan atroz de que sea víctima una familia entera. Esto da una idea del carácter de las gentes que habitan la capital, entre las que no podemos negar que haya algunas de costumbres bien depravadas; y *demuestra también que la civilización, aunque lentamente, adelanta entre nosotros*” (*op. cit.*, p. 297. Las cursivas son mías).

³⁶² Recordemos que las reflexiones en torno a la “veracidad” y las herramientas de análisis de la novela histórica fueron necesarias en el primer apartado de este trabajo en vista de que es un género híbrido que propicia confusiones.

Las fisuras inherentes a los planteamientos serán reveladas por la propia Historia: ¿qué otra cosa es la Revolución mexicana si no la explosión de una masa silenciada e ignorada? El hecho de que durante la época porfiriana fuesen los extranjeros los principales beneficiados en las ramas de la industria, el comercio y los servicios, así como la terrible desigualdad social³⁶³ son una clara evidencia de la falta de un proyecto de economía propiamente nacional, impulsada por mexicanos. Los levantamientos obreros de finales del siglo XIX y principios del XX, en todo el país, son una muestra palpable de la incapacidad de la élite ya no digamos de incluir en su proyecto a otros grupos sociales sino tan sólo de voltear a verlos para percibir su malestar y tomar medidas precautorias. Finalmente, el problema indígena sigue siendo un asunto no resuelto: ¿qué hacer con ellos?, ¿dejarlos como están?, ¿absorberlos culturalmente?, ¿aniquilarlos?, ¿incitarlos a que se eduquen en la escuela occidental y disfruten de Sky en sus casas y al mismo tiempo presionar para que permanezcan como piezas de museo muy del gusto de algunos turistas?

Los proyectos positivistas, defensores del *statu quo*, de Almazán y Cuéllar fracasaron. No se acabó con la miseria y las supersticiones, tampoco se vio realizado el gobierno de los ilustrados —los ideales de cartón no toman en cuenta la realidad de la naturaleza humana—: Juárez se perpetuó en el poder más de lo deseado por muchos —más allá de la legalidad— y el general Díaz se convirtió en dictador, ambas consecuencias lógicas del excesivo culto al sistema. Afirmar el *statu quo* con tanta fe deriva en imposiciones y freno a la democracia, resistencia a los cambios políticos y negación de los errores. Uno de los costos fue el estallido de la Revolución mexicana.

La Historia le dio la razón al proyecto de Sierra O'Reilly: triunfaron el liberalismo moderado y el federalismo, el sistema con el que nos regimos actualmente, así como la

³⁶³ Cfr. Luis GONZÁLEZ, “El liberalismo triunfante” en *Historia general de México...*, p. 683.

visión dinámica de progreso como fuerzas conservadoras e innovadoras en pugna. Los cambios moderados en el sistema político son un paliativo para el malestar social, una válvula de escape que permite la continuidad del proyecto. De esta manera el gobierno para la élite sobrevive y sigue rindiendo frutos.

Conclusiones

A partir de la llamada “historia de bronce” aprendimos a ver el siglo XIX como la pugna entre conservadores y liberales. El fracaso de los primeros se tradujo en olvido, el triunfo de los segundos le dio legitimidad al proyecto liberal, que se volvió incuestionable: todos los fracasos y tropiezos en el camino del progreso son achacables a las tendencias retrógradas de aquellos —que resurgen una y otra vez a lo largo de la Historia—, o a la maldad de Estados Unidos, el líder del progreso que no permite la competencia.

Edmundo O’Gorman, tomando una actitud revisionista en su labor historiográfica, puso en evidencia que bajo este maniqueísmo se ocultan paradojas y problemas fundamentales como la propia responsabilidad en los fracasos en el camino al progreso, y “una ficticia comprensión del propio acontecer” que deriva en “una evasión de nada menos que de la propia historia”.³⁶⁴

Las novelas elegidas y analizadas aquí se caracterizan por negar una realidad social plural, por asumir sólo una parte de la Historia, aquella que ayuda demostrar planteamientos fijados a priori, de manera que las construcciones ideales no pueden tener un anclaje sólido en la realidad del contexto a que refieren y, en cambio, caen constantemente en las paradojas de los ideólogos y políticos mexicanos del siglo XIX, tanto conservadores como liberales.

La recreación de la Colonia, en estos textos, no consiste en una búsqueda que pretenda replantear o cuestionar al sujeto que enuncia, o al grupo al que pertenece, sino que se construye una imagen del pasado en la que el emisor y su proyecto ideológico aparecen como representantes de un principio suprahistórico; así se legitima su papel en la Historia y

³⁶⁴ Edmundo O’GORMAN, *op. cit.*, p. 59.

se fundamenta su proyección futura. El otro, conservador o revolucionario según sea el caso, aparece en estas recreaciones como una fuerza que se opone al progreso o al bienestar social y, por tanto, está destinado a desaparecer tarde o temprano; es el chivo expiatorio al que se le atribuye la responsabilidad de los fracasos del presente de enunciación.

Al difuminar la participación del individuo en el acontecer histórico, subordinándolo a fuerzas suprahumanas como la Providencia, el Progreso, o a seres superiores, casi mágicos, como el Prepósito de San Javier, se niega la importancia de la acción individual y colectiva en las transformaciones, se diluye la responsabilidad de ciertos sectores sociales en los acontecimientos, en la medida en que ellos “cumplen su misión” sujetándose a designios más altos —verdades trascendentales— que no pueden estar equivocados. Estas concepciones teleológicas permiten, además, culpar al “otro” —ya sea el sistema político, económico y social de la Colonia, y sus representantes, la institución religiosa, los impulsos revolucionarios que violentan la evolución natural, o simplemente el oscurantismo de un periodo anterior— del retroceso, en la medida en que lo conciben como antagonista que se opone a los movimientos progresistas de la Historia.

En esta visión no hay posibilidad de conciliación: los individuos y los grupos disidentes deben ajustarse a un plan trazado de antemano, si no lo hacen, están condenados a desaparecer. El progresista —ya sea en el sentido laico que le dan Cuéllar y O’Reilly, o en teológico de Almazán— no es responsable de la caída del otro, es la propia Historia, en el proceso de selección natural, la que se encargará de deshacerse de los elementos nocivos. Tampoco hay lugar para la autocrítica, porque se trata de legitimar un proyecto ideológico y político, el del grupo al que pertenece cada autor, dándole validez a partir de un principio suprahistórico.

Si consideramos que con la modernidad surge la concepción de la Historia como una serie de fuerzas en pugna, en continua reinvención y transformación, así como la noción de que la construcción y ejecución de un proyecto moderno implica en sí mismo la aniquilación de edificaciones previas, y que, a su vez, este proyecto sólo puede sostenerse ante la amenaza de fuerzas antagónicas manifestándose como verdad absoluta, recreándose en sus éxitos, absorbiendo o silenciando las voces disonantes,³⁶⁵ entonces resulta aún más comprensible la necesidad de autoafirmación por parte del sujeto que enuncia, revelándose como única posibilidad de futuro, y de negación de la participación del otro —el del pasado y el del presente— en el proceso evolutivo de cara a la construcción de un futuro, una necesidad subyacente en las novelas aquí analizadas. Éstas funcionan como un medio de difusión y tendrán cierta incidencia en el imaginario de sus lectores.

La educación es fundamental para la propagación y hegemonía de un proyecto ideológico, ella promueve normas de comportamiento, configura formas de pensar, fortalece lazos de identidad entre determinadas comunidades y grupos sociales. Para los hombres de letras del siglo XIX era una herramienta indispensable pues mostraría el “verdadero” camino que, paulatinamente, ganaría adeptos, sin que, aparentemente, hubiera necesidad de ejercer ningún tipo de violencia sobre los antagonistas.

La novela histórica es un recurso, en esta labor educativa, para mostrar lo indiscutible de los presupuestos: les da validez histórica al fundamentarlos en el pasado, mientras que la proyección al futuro da continuidad al planteamiento, lo hace parecer

³⁶⁵ Recordemos que Fausto, el desarrollista, no puede sentir que su obra está culminada mientras siga escuchando las campanas de la iglesia y la pareja de ancianos aún ocupe un mínima parte de la tierra donde Fausto edificó su magna obra.

viable, y resulta tranquilizador en la medida en que proporciona un sentido de transición al presente caótico y angustiante.

Las generaciones posteriores podemos mirar retrospectivamente estos planteamientos y conocemos lo que ocurrió después: la Historia demostró que los antagonismos no desaparecen y el precio de negar o soslayar la diversidad y la otredad consiste en la multiplicación de desigualdades e inconformidad, en la imposibilidad de construir sobre bases sólidas que engloben a toda la sociedad. Podemos observar que la educación aún no ha llegado a todos los estratos sociales y es incapaz —afortunadamente— de uniformar el pensamiento: las verdades absolutas se revelan cada vez más como imposibilidad y la educación parece incapaz de transformar a la sociedad. Queda entonces la eliminación de la otredad por medio de la violencia y la negociación, o el reconocimiento de ésta en todas sus manifestaciones: sociales, políticas, económicas e históricas.

La comparación de tres obras reveló las particularidades de cada novela, las diferentes concepciones del pasado y de la historia, y sólo a partir de ellas se extrajeron las generalidades enunciadas en los párrafos anteriores.

El análisis de estas tres novelas constituye una evidencia más de la necesidad de volver a la Historia, de abordar, con una mirada crítica los planteamientos e ideas desarrolladas en el siglo XIX, tanto en literatura como en los textos históricos, así como los juicios heredados en torno a ellos.

A pesar de que en los últimos veinte años la historiografía académica ha cuestionado fuertemente algunos planteamientos promovidos por la “historia de bronce”, como los relacionados con los motivos y actores de la Independencia, o las dicotomías maniqueas conservadores *versus* liberales, imperio *versus* Reforma, aún no se ha logrado

transformar el “discurso social” en lo profundo, pues los libros que estudian las nuevas generaciones a nivel primaria y secundaria, las telenovelas y los discursos patrios en las fechas conmemorativas siguen repitiendo la visión de la realidad que nos heredaron los hombres del siglo XIX: nuestra incapacidad para convertirnos en una nación moderna es culpa del malvado Estados Unidos, que no ha querido ayudarnos, y de los trescientos años de colonización, que pesan como una cadena que reapareció por primera vez con el nombre de conservadores. En el sueño de la sociedad letrada se oculta una realidad soslayada. Y para asumir nuestra responsabilidad en el presente, para transformarlo, es necesario problematizarlo, poner en tela de juicio las generalizaciones que hacemos sobre el pasado, volver a las construcciones previas que dieron origen a semejantes generalizaciones. Nuestro presente requiere transformaciones fundamentales, y para ello exige el redescubrimiento de la identidad, no como algo dado e ideal sino problemático.

El análisis precedente es una pequeña contribución al enorme trabajo por hacer. Por mi parte, aún quedan muchas novelas históricas por analizar, que espero serán objeto de estudios posteriores. También hay caminos no explorados que pueden rendir numerosos frutos más adelante: por un lado, el estudio de la recepción de las obras puede enriquecer el conocimiento del contexto en que fueron producidas, así como explicar el impacto de su planteamiento ideológico y el destino posterior de las obras. Por otro, está el estudio de las estrategias retóricas empleadas en la configuración ideológica que, además de importar como condicionante de la recepción, sería una contribución al estudio de la tradición retórica en México: al desentrañar sus vínculos con la literatura del siglo XIX quizás podremos descubrir nuevas herramientas de análisis que faciliten nuestro trabajo.

En este momento es necesario resaltar que hacen falta investigaciones que faciliten el estudio de la novela histórica mexicana del siglo XIX, pues los estudios con que contamos

actualmente no atienden a la especificidad de estas novelas y soslayan, en muchos aspectos, acaso por su afán descriptivo, la importancia de las herramientas históricas en la interpretación. De hecho, para realizar esta investigación, fueron mucho más útiles las reflexiones de historiadores como José Ortiz Monasterio y Tomás Pérez Vejo, que las poéticas de la novela histórica consultadas.

Con respecto a los estudios literarios que abordan las novelas analizadas observé también una tendencia a destacar aquellos aspectos que coinciden con lo que ya se ha dicho de las tendencias literarias del siglo XIX en general, a acomodar sus características en cajones previamente etiquetados, a asumir lo que ya se ha dicho antes sobre los escritores, más que en observar la especificidad y las características propias de la obra.

Me parece que la actitud que debemos asumir los literatos debe cuestionar los paradigmas, las concepciones heredadas sobre la literatura del siglo XIX, porque fueron estas mismas concepciones, pero sobre todo los prejuicios con que se formaron los paradigmas, los que las condenaron al olvido, a dormir el sueño de los justos durante décadas, porque ¿quién quiere leer otra novela más que critica a la Inquisición? —si se trata de enterarse basta leer una de Riva Palacio y con eso es más que suficiente—.

Un camino más fructífero me parece el que toma Ortiz Monasterio quien, valiéndose de las herramientas que le da la interdisciplinariedad, pone en tela de juicio esos paradigmas y, partiendo de las novelas, revela la forma en que se constituyeron, los amplía y los enriquece, además de que contribuye así al conocimiento de nuestra propia Historia.

Cuando se trata de destacar las cualidades literarias de las producciones en México durante el siglo XIX, en comparación con la literatura europea o nuestra literatura actual, el resultado puede ser apabullante, especialmente cuando la función ideológica de las obras mexicanas se considera un defecto. Entonces surgen historias literarias, como la de Carlos

González Peña, donde la mayoría de la producción parece tener tantos defectos que al lector no le quedan ganas de acercarse a ella. Éste camino, que fue un necesario primer acercamiento a nuestra literatura, ya no se muestra fructífero.

Estudios recientes, a los que se suma éste, procuran demostrar que es necesario dejar de juzgar a estas novelas con los parámetros estéticos del siglo XX, pues fueron escritas con una marcada intención ideológica que es indispensable considerar y apreciar a la hora de interpretarlas, porque no es externa a la obra, está en ella y la configura. Y para analizarlas lo mejor es valernos de todas las herramientas que ellas exijan y que estén a nuestro alcance, aún las que proporcionan otras disciplinas como la sociología, la historia y la filosofía.

Por las circunstancias histórica y social en que fueron creadas, ninguna de estas novelas decimonónicas —no las anteriores al modernismo— presentará grandes innovaciones estilísticas con respecto de los modelos europeos. Me parece que una senda más fructífera para darlas a conocer, y que sean significativas para el lector actual, es abordando, libres de prejuicios, su dimensión ideológica, con una actitud cuestionadora que enriquezca nuestra comprensión histórica y nuestros conocimientos sobre las manifestaciones literarias del siglo XIX, no aisladas, sino como pasado de nuestro presente literario, sin el cual este último no sería posible.

Bibliografía

Bibliografía directa

ALMAZÁN, Pascual, *Un hereje y un musulmán* en Antonio Castro Leal, estudio preliminar, selección y notas preliminares, *La novela del México colonial*, 2 t., 4ª ed., 1ª reimp., México, Aguilar, 1979, t. II, pp. 847-970.

CUÉLLAR, José Tomás de, *El pecado del siglo* en Antonio CASTRO LEAL, estudio preliminar, selección y notas preliminares, *La novela del México colonial*, 2 t., 4ª ed. 1ª reimp., México, Aguilar, 1979, t. I, pp. 191-401.

SIERRA O'REILLY, Justo, *La hija del judío*, 2 t., 2a. ed., edición y prólogo de Antonio CASTRO LEAL, México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos, 79-80), 1982.

Bibliografía indirecta

ALGABA MARTÍNEZ, Leticia, "Cuatro novelas históricas mexicanas del siglo XIX. Estudio de historia literaria comparada", tesis doctoral, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 1996.

-----, "El pecado del siglo: una cala en la novela histórica" en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, eds., *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas (Ediciones Especiales, 45), 2007, pp. 45-59.

-----, "'La novela y la historia' *La hija del judío* de Justo Sierra O'Reilly" en Antonio MARQUET, coord., *Tema y variaciones de literatura 2*, México, UAM: Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, 1993, pp. 133-145.

- “Las licencias del novelista y las máscaras del crítico. Una polémica en torno a *Monja y casada, virgen y mártir*, de Vicente Riva Palacio”, tesis de maestría, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 1996.
- ALMAZÁN, José Pascual, *Estifelio. Leyenda sajona (1533)*, pról. de Jorge F. HERNÁNDEZ, México, Conaculta / Libros del Umbral (El Pensil, 8), 2002.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, “La literatura mexicana en 1870. La novela mexicana” en *Obras completas XII. Escritos de literatura y arte*, selección y notas de José Luis Martínez, México, SEP, 1988, t. I, pp. 230-236.
- ANDERSON IMBERT, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana 1. La colonia. Cien años de República*, 2ª ed., México, FCE (Breviarios 89), 1997.
- ARIAS CAMPOAMOR, J. F., *Novelistas de Mejico. Esquema de la historia de la novela mejicana (De Lizardi a 1950)*, Madrid, imp. en la Casa de Silverio Aguirre, 1952.
- BELLINI, Giuseppe, *Historia de la literatura hispanoamericana*, 2ª ed. corregida y aumentada, Madrid, Castalia (Literatura y Sociedad), 1990.
- BRUSHWOOD, J. S., *México en su novela*, 1ª. ed. en esp., tr. de Francisco González Aramburo, México, FCE (Breviarios, 230), 1973.
- , *The romantic novel in Mexico*, Columbia, USA, University of Missouri Studies, 1954.
- CARBALLO, Emmanuel, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, colab. Jesús Gómez Morán y Elizabeth Salazar Hernández, México, Océano / Conaculta, 2001, pp. 228-229.
- CARILLA, Emilio, *El romanticismo en la América hispánica*, 2 t., Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica II. Estudios y Ensayos), 1967.
- CASTRO LEAL, Antonio, “Prólogo” en Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán*, 3ª. ed., México, Porrúa (Colección de Escritores Mexicanos, 83), 1972, pp. VII-XXIII.

- CLARK DE LARA, Belem, “Advertencia editorial” e “Introducción” en José Tomás de Cuéllar, *Obras 1. Narrativa 1. El pecado del siglo. Novela histórica [Época de Revillagigedo-1789]*, edición crítica, estudio preliminar, notas e índices de Belem Clark de Lara, México, UNAM: Coordinación de Humanidades / Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007.
- , y Elisa SPECKMAN GUERRA, eds., *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, 3 t., México, UNAM: Coordinación de Humanidades, 2005.
- , “Prólogo” y “La palabra periodística a la luz de la modernidad” en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, eds., *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas (Ediciones Especiales, 45), 2007, pp. 11-23 y 145-165.
- CHAVES, José Ricardo, “El fistol del musulmán. Crimen y religión en la obra de José Pascual Almazán”, en Enrique Flores y Adriana Sandoval, eds., *Un sombrero negro salpicado de sangre*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas, 2008.
- ESQUIVEL PREN, José, “Historia crítica de la literatura yucateca” en *Enciclopedia yucatanense conmemorativa del IV centenario de Mérida y Valladolid, Yucatán*, dirigida por Carlos A. Echánove Trujillo, México, Gobierno de Yucatán, 1946. v.5.
- FRANCO, Jean, *Historia de la literatura hispanoamericana. A partir de la Independencia*. Barcelona, Ariel, 1975.
- GAMBOA, Federico, *La novela mexicana*, Ed. preparada por José Emilio PACHECO. México, UNAM: Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura / Universidad de Colima, 1988.

- GARCÍA RIVAS, Heriberto, *Historia de la literatura mexicana, t. II. México independiente. Siglo XIX*, México, Textos Universitarios S. A., 1972.
- GOIC, Cedomil, *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana II. Del romanticismo al modernismo*, Barcelona, Crítica, 1990.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*, 11ª ed, México, Porrúa, 1972.
- , *Novelas y novelistas mexicanos*. Ed. Emmanuel Carballo, México: UNAM, Coord. Difusión Cultural, Dirección de Literatura / Universidad de Colima, 1978.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. 1ª. ed. en esp., 4ª. reimp., tr. de Joaquín Díez-Canedo. México, FCE, 1978.
- HERNÁNDEZ LANDA VALENCIA, Verónica “Una novela de la Historia: *La hija del judío*. Una aproximación”, tesis de licenciatura, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 2006.
- JIMÉNEZ RUEDA, Julio, *Historia de la literatura mexicana*, 3ª ed. México, Botas, 1942.
- , *Letras mexicanas en el siglo XIX*, 19ª ed., México, FCE, 1989.
- MILLÁN, María del Carmen, *Diccionario de escritores mexicanos. Panorama de la literatura Mexicana*, México, UNAM: Centro de Estudios Literarios, 1967.
- MIRANDA CÁRABES, CELIA (estudio preliminar, recopilación, edición y notas), *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, 2ª ed. Ensayo de Jorge Ruedas de la Serna. México, UNAM: Coordinación de Humanidades / Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998.
- ORTÍZ MONASTERIO, José, “José T. de Cuéllar y su drama *Deberes y sacrificios*” en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, eds., *José Tomás de Cuéllar. Entre el*

nacionalismo y la modernidad, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas (Ediciones Especiales, 45), 2007, pp. 25-43.

OVIEDO, José Miguel, *Historia de la literatura hispanoamericana 2. Del romanticismo al modernismo*, Madrid, Alianza, 1997.

READ, John Lloyd, *The mexican historical novel*, Nueva York, Instituto de las Españas en Estados Unidos, 1939.

ROSADO AVILÉS, Celia Esperanza, *La novela histórica de Eligio Ancona. Una literatura con múltiples campos de acción*, [Mérida], Yucatán, Instituto de Cultura de Yucatán, 2004.

SANDOVAL, Adriana, “El Memorial ajustado de Carlos Bustamante, *El pecado del siglo* de Cuéllar y ‘La familia Dongo’ de Payno”, en Enrique Flores y Adriana Sandoval, eds., *Un sombrero negro salpicado de sangre*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas, 2008.

UNZUETA, Fernando, “La novia del hereje y La hija del judío, o entre el romance y la comedia” en *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*. Lima-Berkeley, Latinoamericana, 1996. pp. 171-194.

URBINA, Luis Gonzaga, *Antología del centenario: estudio documentado de la literatura durante el primer siglo de independencia*, 2 v., coord. Justo Sierra, compiladores Luis G. Urbina, Pedro Enríquez Ureña y Nicolás Rangel, México, SEP, 1985.

VARGAS, Margarita, “Romanticism” in *Mexican literature. A history*, Edition by David William FOSTER, Austin, USA, University of Texas Press, 1996.

WARNER, Ralph Emerson, *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, México, Auntigua Librería Robredo, 1953.

Bibliografía de referencia

- ABRAHMS, Meyer Howard, *El espejo y la lámpara: Teoría romántica y tradición crítica acerca del hecho literario*, tr. Gregorio Araoz, Buenos Aires, Nova, 1962.
- ARGULLOL, Rafael, *El Héroe y el Único. El espíritu trágico del romanticismo*, Madrid, Taurus, 1999.
- BALDERSTON, Daniel, "Introduction", in Daniel Balderson (ed.), *The Historical Novel in Latin America. A Symposium*, Gaithersburg, U.S.A., Ediciones Hispamérica, 1986. pp. 9-12.
- BALLESTERO, Manuel, *El principio romántico*, Barcelona, Antrophos (Pensamiento Crítico / Pensamiento Utópico, 54), 1990.
- BARREDA, Gabino, *Estudios*, 3a. ed., sel. y pról. de José Fuentes Mares, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario, 26), 1992.
- BARRIENTOS, Juan José, *Ficción-historia: la novela histórica hispanoamericana*. México, UNAM: Dirección de Literatura, 2001.
- BÉGUIN, Albert, *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*, tr. Mario Monterforte Toledo, México, FCE, 1981.
- BERLIN, Isaiah, *Las raíces del romanticismo*, tr. Silvina Marí, ed. de Henry Ardí, Madrid, Taurus (Pensamiento), 2000.
- BERMAN, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, tr. Andrea Morales Vidal, 13ª ed. en esp., México, Siglo XXI, 2001.
- BOBADILLA ENCINAS, Gerardo Francisco, "La poética de la novela histórica mexicana del siglo XIX: la historia y la cultura como testimonio mítico", tesis doctoral dirigida por Rafael OLEA y Françoise PERUS, México, El Colegio de México: Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2002.

- BURKE, Peter, *El Renacimiento*, tr. Carme Castells, Barcelona, Crítica (Biblioteca de Bolsillo), 1999.
- CAMPOS GARCÍA, Melchor, “*Que los yucatecos todos proclamen su independencia*” (*Historia del secesionismo en Yucatán, 1821-1849*), Yucatán, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 2002.
- CÁNDIDO, Antonio, “Introducción” en *Introducción a la literatura brasileña (resumen para principiantes)*, México, UNAM: Centro Coordinador de Estudios Latinoamericanos, 2005, pp. 15-19.
- , “La literatura como sistema” en *Formação da literatura brasileira (momentos decisivos)*, Belo Horizonte, Editoria Italiaia, 1981, vol. I (1750-1836). Consultado en una traducción de Jorge Ruedas de la Serna.
- , *Literatura y sociedad, estudios de teoría e historia literaria*, tr., presentación y notas de Jorge Ruedas de la Serna, México, UNAM: Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (Literatura y Ensayo en América Latina y el Caribe, 4), 2007.
- CHAVARÍN GONZÁLEZ, Marco Antonio, “Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuz: una subordinación didáctica a las estructuras narrativas”, tesis de maestría, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 2006.
- DÍAZ-TRECHUELO SPINOLA, María de Lourdes, Concepción Pajaron y Parody y Adolfo Rubio Gil, “El virrey don Juan Vicente Güemes Pacheco, segundo conde de Revillagigedo”, en *Los virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos IV*, dir. y est. prel. José Antonio Calderón Quijano, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1972, t. I, apdos. “I. El mejor alcalde de México” y “3. Gobierno interior del virreinato”, pp. 91-123 y 141-157.

- FERNÁNDEZ PRIETO, Celia, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, 2ª ed., Navarra, España, Universidad de Navarra, 2003.
- FLORESCANO, Enrique, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus (Pasado y Presente), 2002, pp. 269-374.
- GARCÍA PEINADO, Miguel Ángel, *Hacia una teoría general de la novela*, Madrid, Arco Libros, 1998.
- GENETTE, Gérard, *Figures III*, Paris, Éditions du Seuil (Poétique), 1972.
- GIRARD, René, *Mentira romántica y verdad novelesca*, tr. Joaquín Jorda, Barcelona, Anagrama, 1985.
- GONZÁLEZ MUÑOZ, Victoria, *Cabildos y grupos de poder en Yucatán (siglo XVII)*, Sevilla, Diputación provincial de Sevilla (Sección Historia. V Centenario del descubrimiento de América, 19), 1994.
- GÜEMEZ PINEDA, Arturo, *Liberalismo en tierras del caminante. Yucatán 1812-1840*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1994.
- HAUSER, Arnold, “Rococó, clasicismo y romanticismo” en *Historia social de la literatura y el arte II. Desde el rococó hasta el época del cine*, tr. A. Tovar y F. P. Varas Reyes, introd. Valeriano Bozal, México, Mondadori (DeBolsillo), 2005, pp. 9-244.
- HERNÁNDEZ LÓPEZ, Conrado, coord., *Historia y novela histórica: coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, Zamora, Michoacán, México, El Colegio de Michoacán, 2004.
- Historia general de México*, México, El Colegio de México: Centro de Estudios Históricos, 2000.
- Historia mínima de México*, 2ª ed., 11ª reimp., México, El Colegio de México: Centro de Estudios Literarios, 2001.

- ILLADES, Carlos, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Conaculta (Sello Bermejo), 2005.
- y Adriana SANDOVAL, *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*, México, UAM / Plaza y Valdés, 2000.
- JITRIK, Noé, “De la historia a la escritura: Predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana” in Daniel Balderson, ed., *The Historical Novel in Latin America. A Symposium*, Gaithersburg, U.S.A., Ediciones Hispamérica, 1986, pp. 13-29.
- , *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*, Buenos Aires, Biblos, 1995.
- LARSEN, Neil “A Note on Lukács’ *The Historical Novel* and the Latin American Tradition” in Daniel Balderson (ed.), *The Historical Novel in Latin America. A Symposium*, Gaithersburg, U.S.A., Ediciones Hispamérica, 1986, pp. 121-128.
- LÓPEZ COGOLLUDO, fray Diego, “El gobierno del conde de Peñalva” en *Historia de Yucatán*, 5ª ed., prol. de J. Ignacio Rubio Mane, México, Academia Literaria (Grandes Crónicas Mexicanas, III), 1957, pp. 742-744.
- LUKÁCS, Georg, “La forma clásica de la novela histórica” en *La novela histórica*, 3ª ed. en español, tr. Jasmin Reuter, México, Era (Biblioteca Era. Ensayo), 1977, pp. 15-102.
- MARIÑO, Ana I., “Panorama económico de la República Restaurada” en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (eds.), *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas (Ediciones Especiales, 45), 2007, pp. 167-180.

- MEYER, Alicia, “Estudio preliminar” en Alicia Meyer y Ernesto de la Torre Villar, eds., *Religión poder y autoridad en la Nueva España*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Históricas (Historia novohispana, 72), 2004.
- MIRANDA CÁRABES, Celia, “Estudio preliminar” en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998. pp. 53-72.
- NAVARRO, Joaquina, “Introducción” en *La novela realista mexicana*, Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala (Destino Arbitrario, 8), 1992, pp. 15-39.
- O’GORMAN, Edmundo, *México. El trauma de su historia. Ducit amor patriae*, México, Conaculta (Cien de México), 1999.
- ORTÍZ MONASTERIO, José, *Historia y ficción: Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora / Universidad Iberoamericana: Departamento de Historia, 1993.
- , *México eternamente: Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora / FCE, 2004.
- PANI, Erika, *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México-Instituto de Investigaciones José María Luis Mora: Centro de Estudios Históricos, 2001.
- PAYNO, Manuel, “La familia Dongo”, en Manuel Payno y Vicente Riva Palacio, *El libro rojo*, México, Conaculta (Cien de México), 2006, pp. 274-297.
- PÉREZ VEJO, Tomás, *España en el debate público mexicano, 1836-1869. Aportaciones para una historia de la nación*, México, El Colegio de México / Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008.

- PIMENTEL, Luz Aurora, *El relato en perspectiva: estudio de teoría narrativa*, México, Siglo XXI / UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 1998.
- PIÑERO, Antonio, “Evangelio de los ebionitas” en Antonio Piñero, ed., *Las fuentes del cristianismo*, Córdoba / Madrid, Ediciones Almendro / Universidad Complutense, 1993, pp. 395-400.
- PONS, María Cristina, “ ‘Cuando se acerca el fin’: Introducción” y “La novela histórica: aproximaciones hacia su conceptualización y dinámica de cambio” en *Memorias del olvido. Del paso, García Márquez, Saer y la novela histórica de fines del siglo xx*, México, Siglo XXI, 1996, pp. 15-109.
- PRAZ, Mario, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, vers. Mario Cruz, Caracas, Monte Ávila, 1970.
- QUEZADA, Sergio, *Breve Historia de Yucatán*, México, El Colegio de México: Fideicomiso Historia de las Américas / FCE (Sección de Obras de Historia), 2001.
- QUIRARTE, Vicente, “La ciudad se convierte en personaje (1850-1860)” y “La musa militante (1861-1872)” en *Elogio de la calle. Biografía literaria de la ciudad de México 1850-1992*, México, Cal y Arena, 2001. pp. 35-187.
- RICOEUR, Paul, *Historia y narratividad*. Introd. Ángel Gabilondo y Gabriel Aranzueque [traductor], Buenos Aires, Paidós / Universidad Autónoma de Barcelona: Instituto de Ciencias de la Educación, 1999.
- , *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, 5ª ed. en español, tr. Agustín Neira, México, Siglo XXI, 2004.
- , *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, 4ª ed. en español, tr. Agustín Neira, México, Siglo XXI, 2004.

- , “El entrecruzamiento de la historia y de la ficción” en *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, 1ª ed. en español, tr. Agustín Neira, México, Siglo XXI, 1996, pp. 900-917.
- , *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, 5ª. ed. en español, tr. de Graciela Monges Nicolau, México, Siglo XXI (Lingüística y Teoría literaria), 2003.
- RIVA PALACIO, Vicente, *México a través de los siglos: historia general y completa del desenvolvimiento social político y religioso militar artístico científico y literario de México, desde la antigüedad remota hasta la época actual*, 5t., México, Cumbre, 1962.
- ROCHER SALAS, Adriana Delfina, “La actividad de las órdenes religiosas en Campeche. Siglo XVIII”, tesis doctoral dirigida por Gisela von Wobeser y Rosa Martínez de Codes, Madrid, Universidad Complutense de Madrid: Facultad de Geografía e Historia, 2002.
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge, “La novela corta en la Academia de Letrán” en MIRANDA CÁRABES, Celia (estudio preliminar, recopilación, edición y notas), *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998, pp. 53-72.
- , “Los orígenes de la visión paradisíaca de la naturaleza mexicana (tópicos del romanticismo mexicano)”, tesis de maestría, México, UNAM: Facultad de Filosofía y Letras, 1986.
- , “Presentación” en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, UNAM: Coordinación de Humanidades, 1996, pp. 8-13.
- SERVIER, Jean, *La utopía*, tr. Ernestina Carlota Zenzes, México, FCE (Breviarios, 319), 1982.

- STAPLES, Anne, “La lectura y los lectores en los primeros años de vida independiente” en *Historia de la lectura en México*, 2a. ed., 3a. reimp., México, El Colegio de México, 2005, pp. 94-126.
- TOLLINCHI, Esteban, *Romanticismo y modernidad. Ideas fundamentales del siglo XIX*, 2 vols, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1989, vol. II, pp. 577-1295.
- UNZUETA, Fernando, “Introducción” y Primera Parte: “Hacia una teoría (histórico-) genérica del romance nacional” en *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*. Lima-Berkeley, Latinoamericana, 1996. pp. 11-134.
- VILLORO, Luis, *El proceso ideológico de la revolución de Independencia*, 2ª ed., 1ª. reimp, México, Conaculta (Cien de México), 2002.
- WHITE, Hayden, “Introducción: la poética de la historia” y “I. La imaginación histórica entre la metáfora y la ironía” en *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, 1ª. ed. en español, 2ª. reimp., tr. de Stella Mastrangelo, México, FCE (Sección de Obras de Historia), 2002, pp. 13-85.
- ZEA, Leopoldo, *El positivismo y la circunstancia mexicana*, México, FCE / SEP (Lecturas mexicanas, 81), 1985.

Hemerografía indirecta

- ABREU GÓMEZ, Ermilo, “Sierra O’Reilly y la novela” en *Contemporáneos*, núm. 35, abr. 1931, pp. 39-73
- ALGABA Martínez, Leticia, “Los protagonistas de *Monja y casada, virgen y mártir*” en *Literatura Mexicana*, 7:2 (1996), pp. 335-350.
- CASTRO, Miguel Angel, “Entre tañidos y susurros. *La hija del judío* de Justo Sierra O’Reilly” en *Inquisición Novohispana*, vol. III., Ed. de Noemí Quezada, Martha

Eugenia Rodríguez y Marcela Suárez, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Antropológicas / UAM, 2000, pp. 149-163.

CLARK DE LARA, Belem, “*El comerciante en perlas* (1871), de José Tomás de Cuéllar ¿Una novela histórica?” en *Literatura Mexicana*, XI:1 (2001.1), pp. 79-112.

DOMENELLA, Ana Rosa, “Lo dicho y lo omitido en *La hija del judío* de Justo Sierra O’Reilly” en *Inquisición novohispana*, vol. II, Ed. de Noemí Quezada, Martha Eugenia Rodríguez y Marcela Suárez, México, UNAM: Instituto de Investigaciones Antropológicas / UAM, 2000, pp. 156-175.

MAGAÑA ESQUIVEL, Antonio, “Justo Sierra O’Reilly y la novela ‘histórico-romántica’.” en *El Nacional*, 8 oct., 1964.

POOT HERRERA, Sara, “*La hija del judío*: entre la inquisición y la imprenta” en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 40:2 (jul-dic 1992), pp. 761-777.

SOLARES LAVARRE, Francisco José, “Discurso Contrahistórico: paradigma narrativo en dos novelas sobre la época colonial latinoamericana” en *Revista Iberoamericana*, 69:204, jul-sept 2003, pp. 631-651.

Hemerografía de referencia

GRUZINSKI, Serge, “La ‘segunda aculturación’: el Estado ilustrado y la religiosidad indígena en la Nueva España (1775-1800)” en *Estudios de Historia Novohispana*, México, 8 (1985): 175-201.

RUBIAL GARCÍA, Antonio, “Ángeles en carne mortal. Viejos y nuevos mitos sobre la evangelización de Mesoamérica”, en *Signos Históricos*, revista de la UAM Iztapalapa, núm. 7, enero-junio 2002, pp. 19-51.

-----, “La mitra y la cogulla. La secularización Palafoxiana y su impacto en el siglo XVII” en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, v. XIX, núm. 73. Zamora, El Colegio de Michoacán, invierno 1998, pp. 237-272.

Fuentes electrónicas

PORTALIÉ, Eugène, “Enseñanzas de san Agustín de Hipona” en *Enciclopedia católica*, tr. Dave Ofstead [en línea], Lima, ACI-Prensa, 1999.
<<http://ec.aciprensa.com/a/agustinensenanzas.htm>>. [Consulta: 12 de agosto, 2008.]

Índice

Introducción	I
Consideraciones en torno a la novela histórica decimonónica	1
1. Historia y ficción: dos formas de narrar	1
1.1 ¿Qué es un relato?	5
1.1.1 Relato de ficción	6
1.1.2 Relato histórico	7
1.2 Intersecciones y diferencias entre relato histórico y relato de ficción.	8
2. Ecos en las paredes... La Historia en la concepción romántica	10
2.1 Romanticismos: el tiempo en la conciencia y actuación individual.	12
2.2 Una mirada al pasado	18
2.3 Un pasado corto y un presente problemático... Concepción histórica de los románticos mexicanos	22
3. Novela histórica	29
Corrupción y decadencia: la representación de la sociedad colonial yucateca en <i>La hija del judío</i> de Justo Sierra O'Reilly	39
1. Corrupción, centralismo y decadencia	42
2. Las ruinas del presente	48
3. Motivaciones históricas en la recreación de la Colonia	51
4. El futuro en sus manos	55
Entre calaveras, beatos y brujas... <i>El pecado del siglo</i> de José Tomás de Cuéllar	60

1. El tiempo y el espacio	62
2. Sociedad ¿novohispana?	67
3. Tramas y tipos morales	69
4. Para dejar atrás el pasado...	78
<i>Un hereje y un musulmán: en busca de la utopía. La novela de Pascual Almazán .</i>	84
1. El humanismo entre todos los tiempos	88
2. De todos los espacios... uno para comenzar de nuevo	96
3. Del absurdo a la razón, del caos al orden	105
4. La balanza de la justicia	115
5. Libertad y Providencia en el camino a la utopía	118
6. Notas finales	124
Tres novelas, tres “colonias”: poéticas, ideales e ideologías	126
1. Del romanticismo al realismo	126
2. El tiempo de la novela histórica	132
3. La sociedad ideal	144
4. Trampas y paradojas	151
Conclusiones	160
Bibliografía	167